

Jorge Montesino
Mitología Guaraní

El Génesis

Las leyendas indígenas y mitológicas

Las leyendas tradicionales, populares y religiosas

Museo Mitológico “Ramón Elías” de Capiatá

Crónicas de los sitios geográficos reales en los que transcurren las acciones de los mitos y leyendas del Paraguay.

Asunción 1999

Prólogo

Más allá de toda pretensión antropológica, este libro quiere ser el reflejo de lo que ha perdurado con mayor fuerza en el imaginario colectivo del pueblo paraguayo. Sin pretensiones científicas, el autor sólo quiere ser la pluma que brinda una versión literaria, y por ello más agradable a la lectura, de aquellos mitos y leyendas que han sabido quedarse para siempre en la memoria del pueblo.

La intención es reunir en un solo volumen los mitos y leyendas guaraníes y del Paraguay. Aquellas que han formado un corpus y que han sobrevivido a través del tiempo.

La memoria de un pueblo merece ser escuchada.

Esa es la premisa con la que he realizado la construcción literaria de mitos y leyendas que circulan de boca en boca y de los cuales existen variadísimas versiones. Algunas más literarias y otras más documentales. Algunas para un lector adulto y otras para un público infantil.

El volumen se divide en cinco “libros”. El Libro Primero es el conjunto de mitos que conforman El Génesis, interpretado por quien ha escrito estas páginas como aquel segmento en el que las historias confluyen hasta que al fin se da nacimiento a las razas Tupi y Guaraní.

He incluido las otras historias, las que son desarrolladas por los Tupi y los Guaraní en su crecimiento como nación en un libro aparte y conjuntamente con las leyendas que tienen que ver con la vida indígena precolombina y colonial, el Libro Segundo denominado Las Leyendas Indígenas y Mitológicas. Allí podremos encontrarnos con la gran construcción de Paragua, el Mbaeveraguasu con el que buscaba reconstruir las maravillas de la Atlántida de donde provenía. Allí podremos encontrarnos con el primer Perurima, único sobreviviente de la gran expedición en busca de la Atlántida perdida, que los dos hermanos llevaron adelante en su vejez. Allí nos encontraremos con muchas otras historias que de una u otra manera están estrechamente vinculadas a la historia del Libro Primero y a la vida y costumbres indígenas en general.

El Libro Tercero, en cambio, recoge otras leyendas, las de carácter popular, tradicional y religioso. Aquellas que han surgido durante la historia más reciente sobre todo desde el inicio de la colonización europea hacia aquí, como por ejemplo la que protagoniza “la niña Francia”, o la que nos habla del “karai vosã”, dos leyendas que tienen sus raíces en el siglo pasado y que aún hoy se mantienen vigentes en vastas regiones.

Existen otros mitos que se desarrollaron en las tierras que hoy son parte del Paraguay. Cada tribu creó los suyos propios. Cada parcialidad tuvo su propia cosmovisión y creencias. Sus propias leyendas. Muchas de ellas se interinfluyeron de parcialidad a parcialidad modificando y dándoles sus toques propios a leyendas cuyos orígenes se pierden en la historia. Los Axé-Guayaquí tienen el Tigre Azul, los Mbyá, el Colibrí Lanza Relámpagos, las tribus del Gran Chaco una infinidad de invenciones que no han perdurado con tanta fuerza en la memoria de los actuales habitantes del Paraguay. Esos mitos no están contenidos en este libro.

Aquí, sólo se pretende condensar aquellos mitos y leyendas que son más comunes y que han perdurado en la vida diaria de los paraguayos. Notables estudiosos como doña Branislava, León Cadogan, Chase-Sardi nos han dado libros más específicos sobre la vida, las costumbres, los mitos, las leyendas y todos los aspectos que hacen a una visión antropológica más aguda sobre estos temas. Estudios de un valor incalculable a los que muchas veces no les damos el lugar que se merecen.

La intención de este libro que dejo salir de mis manos es muy simple. Fijar lo que ha quedado y despertar el interés en cada lector. Que se sepa de la vinculación del cerro Kavaju con el Moñái; que nuestros hijos puedan ver las lágrimas de Kerana en la cumbre del cerro Yaguarón, que se conozca el país a través de la mitología y de las leyendas, una buena excusa para aprender a querer a nuestra tierra con un sentimiento de Nación que a veces no fijamos verdaderamente.

El Autor

Orientación lingüística básica

Téngase en cuenta para la lectura de los términos en guaraní las siguientes reglas:

El signo ~ sobre vocales o consonantes les imprime a éstas un sonido nasal.

La letra “y” se pronuncia en guaraní con un sonido gutural.

El símbolo(‘) es mudo y cuando aparece se debe hacer una inflexión, un corte en la pronunciación de la palabra. Ese símbolo se llama pusó.

La letra “j” en las palabras en guaraní debe pronunciarse como la “y” en castellano.

La letra “h” en guaraní debe pronunciarse como la “j” en castellano pero más suave.

Las palabras en guaraní que no poseen acento pintado son siempre agudas, o sea que se acentúan en la última sílaba.

Libro Segundo (Parte I)

Las Leyendas Indígenas y Mitológicas

La leyenda de Karãu

Vista desde la cumbre del cerro Kavaju.

La tarde iba preparándose para el sueño, dejaba tras de sí los multicolores vestidos de fiesta que había llevado durante el día. Como siempre, rumores de aves en retirada completaban la cercanía de la noche. La gran dama de negro preparaba las lentejuelas del universo para pasarse a sus anchas. La luna era en ese momento apenas un hilo de plata, una pulsera finísima tejida con la luz del sol, elevándose desde la otra orilla del río.

Frío.

Agosto reina.

Hoy las rosadas mieses florales de los tajy han estallado, pero bajo el hermoso manto de flores aletean las oscuras sombras del más allá.

Aletean en torno del joven indio que se prepara para la gran ceremonia.

Aletean en torno de la anciana que se prepara para la otra vida.

Aletean en torno de la choza y de los árboles y de las flores y de las estrellas, que rodean la fuerza del joven y la agonía de la anciana.

La anciana clama por el hijo que en ese momento no tiene oídos para su madre.

El joven guerrero escucha ahora tan sólo los latidos de su deseo. Presiente el encuentro amoroso. Lo avizora en los tambores que resuenan en la noche recién nacida, en los ruidos de los animales que se deslizan en busca de sus presas, en el zumbido apenas audible de las flores que se fecundan unas a otras. El joven guerrero no tiene oídos para el clamor de su madre. Y su madre está muriendo.

El médico de la aldea sujeta las manos de la anciana entre las suyas y cierra los ojos para no ver a los enviados del más allá que vienen a llevársela.

Supuesta cueva del Moñái en la ladera del cerro Kavajú, ubicado en el departamento Cordillera.

El joven guerrero se aferra a su bastón emplumado y parte, dejando atrás la choza donde vive. Aún existe un instante en el que duda y se detiene. Las estrellas lo miran esperanzadas, las flores de los lapachos gritan: ¡vuelve junto a tu madre! El joven guerrero gira su altiva cabeza y mira en dirección de la choza que acaba de abandonar. Su madre clama: vuelve, hijo mío, sólo quiero despedirme. Pero el joven no la ha escuchado. Cegado por la pasión de su juventud, retoma el camino y las estrellas dejan caer lágrimas celestiales.

Ahora los pasos del joven son firmes.

A medida que avanza, la noche se cierra sobre él y los tambores acercan sonidos cada vez más potentes. En la planta de sus pies descalzos, Karãu, el joven guerrero, siente el pulso de la tierra latir al unísono con su pecho. Los perfumes del fuego comienzan a llegar hasta su piel e inician el proceso de enardecer a cada uno de sus músculos. Su mirada se enciende cuando llega al círculo en el que la tribu danza sus sueños.

Orgullosa de sus prendas, orgulloso de su cuerpo, Karãu se hace un lugar en el círculo de fuego, se apoya en su bastón emplumado y con su mirada lanza-relámpagos comienza a buscar entre las jóvenes más bellas a aquella que lo ha estado llamando sin saberlo.

¡Ahí está!

La mirada de aquella mujer ha cruzado, por un instante brevísimo, sus brillos de río con la mirada del vanidoso guerrero. Lo ha enceguecido, lo impulsa a la conquista. Esquivada, la joven desaparece de inmediato en el racimo de hembras teñidas de fuego.

Karãu duda. Ha sido como una aparición que ahora vuelve para hacerse ver tan sólo por un momento. El guerrero sale del círculo y camina con firmeza por el exterior de ese pequeño sol tribal que forman los indios en su fiesta de la Luna Nueva. Camina sigiloso como el jaguarete sobre las ramas de los árboles. Se diría que sus ojos, su piel, sus pasos, todo él rugen cada vez que la aparición juega a incitarlo.

De pronto, lo que parecía una aparición está ante la vista de todos.

¿Ha dado un salto, o simplemente la magia de su belleza extrema la ha puesto allí, junto al fuego? Karãu se detiene y entra en el círculo. Sólo el fuego los separa. Sólo el fuego los une. Cualquiera otro se quemaría. Ellos, en cambio, están allí como si estuvieran en su ámbito más natural.

Sus cuerpos hacen el fuego.

¿Quién cazarán a quién?

Es la mujer vestida de llamas la que inicia el movimiento, y los tambores, que se habían callado para escuchar el crepitar de esas llamas, inician un tam-tam cada vez más intenso. Karãu se mueve en sentido contrario, no

dejará que los papeles se inviertan. Él quiere ser el cazador y va al encuentro de la joven por el lado opuesto. Le da alcance y rodea la pequeña cintura de la joven con su brazo derecho. Ella echa sus brazos al cuello del joven y él la desprende del piso como arrancando una planta exótica de la orilla del río.

Ahora danzan.

Todas las cosas giran a alta velocidad.

Las manos en los tambores. Los pies de Karãu y la joven. Sus cuerpos. El fuego. Las estrellas. La finísima curva de la luna. El círculo de la tribu.

Todas las cosas giran a alta velocidad.

Se desenfrenan.

El alma. Los corazones. La carne. Los pensamientos. La pasión.

Una sombra sola está quieta en medio de la alocada carrera.

Una sombra a espaldas de Karãu.

Tu madre ha muerto dice la sombra, y los tambores callan. Enmudece el aire de la noche y todo lo que giraba abandona su impulso y se deja ir en un último movimiento que ya no atiende al movimiento...

Tu madre ha muerto, repite ahora en medio del silencio la sombra quieta.

No molestes, viejo. Ahora no es momento. Ahora no es tiempo de llorar.

Karãu, teñidas sus palabras por el fragor sensual del momento, no comprende que su madre ha muerto. La tribu en pleno no comprende el desamor de Karãu y, sintiéndose culpables, cada uno de los presentes, esconde su mirada en el piso de tierra. Las llamas retroceden, ceden en la hoguera dejando paso al reinado de las cenizas. La joven, objeto del deseo desenfrenado de Karãu, escapa hacia el bosque. Karãu olvida la fiesta, a su madre muerta, al viejo médico que le ha dado aviso, y corre tras ella.

La persecución ya no es simbólica sino real: el jaguarete persigue a la hermosa gacela.

Karãu huele en el aire el perfume de la joven y entra en el bosque.

Como si fuera una premonición, la estela de flores de tajy que va dejando tras sus largas zancadas, se deshace y las flores, antes perfumadas, caen marchitas y con un hedor de muerto. Karãu se interna en el monte que cada vez se hace más y más espeso. Cae repetidas veces enredado entre las lianas que ahora proliferan por doquier. Ya no hay flores ni suaves fragancias, todo es oscuridad impenetrable. El suelo que pisa es un barro pegajoso.

Un crujido, el canto de un ave, un movimiento de hojas y Karãu cambia de rumbo.

Ya no sabrá regresar.

El cielo, ahora ausente, lo sabe, pero Karãu ya no puede ver el cielo, sólo un cerrado techo de hojas que le impiden la orientación. Como si fuera un canto de sirenas, cualquier ruido lo atrae. Karãu piensa solamente en la bella joven que ha escapado de sus brazos.

Karãu es ahora otro hombre. El deseo se ha transformado en obsesión primero y en desesperación después. Ha perdido su preciado bastón emplumado. Su cuerpo arañado por la vegetación presenta rastros de sangre. Su rostro se ha hinchado producto de las picaduras de los insectos. Su temple es ahora obstinación.

Toda la noche tras un imposible.

Karãu sale ahora a un claro, ve un cielo bajo y cerrado por nubes oscuras.

Nuevas esperanzas le trae el pantano neblinoso que tiene frente a sí.

Avanza.

Las pestilentes aguas hasta la cintura.

Apariciones entre la niebla.

Ve a la joven que se aleja caminando suavemente sobre el inmundo lodazal.

Ve a la madre muerta que asoma entre las aguas y se hunde nuevamente. Escucha sus gritos: ¡Sálvame, hijo!
¡Sálvame, por favor!

Una y otra vez la bella joven y la madre muerta aparecen y desaparecen ante los azorados ojos de Karãu. Una y otra vez Karãu intenta alcanzar a las mujeres con su voz, pero de su garganta no sale un solo sonido.

El agua ahora le llega al cuello y sin embargo Karãu sigue avanzando.

Ya no hace pie.

Karãu se hunde y vuelve a salir a flote en el pantano.

Ya no es un hombre.

Apenas una masa informe entre el barro.

De pronto un grito lastimero alza su cuerpo flaco y de entre los pajonales un ave negra extiende sus alas y se pierde entre la niebla. Un ave condenada a vagar en los pantanos. El cuerpo del color del barro. El grito del color del arrepentimiento tardío. Un ave triste: el karãu.

La leyenda de Pombéro

Éstas son las tierras de Carapeguá,
ciudad ubicada en el departamento
Paraguarí: escenario de la leyenda del pombéro.

En medio de la noche Itivere despertó con la sensación de que algo rondaba su choza. Salió y anduvo un buen rato por los alrededores del monte con pasos sigilosos pero nada pudo ver ni escuchar. Sólo algunos pájaros nocturnos, breves aleteos y graznidos apenas perceptibles.

Itivere piensa en Guyravera, su amada esposa.

Guyravera descansa, enorme la curva de su vientre. Habita en él la vida de un nuevo ser que pronto brillará para ellos. Guyravera sueña paraísos de paz y ni siquiera en sueños atisba la desgracia que el destino les ha entregado hace ya un buen tiempo.

Itivere mira al cielo cara a cara al jaguaveve que parece estar quieto pero que, él lo sabe, pronto se irá. Mira confiado a la desgracia, la desafía. Cree que enfrentando al astro, las desgracias huirán muertas de miedo. Confía en su poder. En su fuerza hay algo natural que siempre lo ha sacado a flote en los momentos más acuciantes. Confía en sus propias fuerzas.

Itivere no ha escuchado los silbidos fuertes y agudos que desde hace varias lunas rodean el poblado y en particular su choza. Un silbido que parece salir de la oscuridad misma de la noche. Un silbido cargado de magia, algo que Itivere desprecia.

Desde cientos de años atrás los akahendy merodean los poblados guaraníes. Siempre con la esperanza de engendrar en una mujer de suprema belleza que mejore las extrañas características de su raza. Los akahendy, homúsculos pequeños, nunca descubrieron las distintas formas de generar el fuego. En las noches más oscuras roban los tizones de los fogones y los llevan hasta sus poblados. Son expertos, eso sí, en preparar elixires y filtros con hierbas y mieles. Son expertos en esa magia que proviene del poder de las hierbas.

El cuerpo de estos pequeños seres, que no superan la estatura de un niño de diez años, está cubierto de vellos de una gran suavidad los cuales les crecen incluso en las palmas de las manos y en las plantas de los pies.

Pueblo rencoroso, los akahendy, marcan a sus víctimas tocándolas con sus velludas manos. Una caricia imperceptible que provoca un escozor de extraña sensación en las niñas y que les hace amigas de las sombras para siempre.

Los akahendy son más veloces que el viento y para no ser descubiertos se mimetizan como si fueran ñandúes empollando, o como troncos secos o como matorrales. La forma de su cuerpo y sus extrañas vestimentas hechas de pieles, plumas y hojas les ayudan a despistar a sus enemigos.

Capaces de la amistad, los akahendy esperan la ofrenda de los pueblos que cerca de los matorrales les dejan caña, tabaco y miel. La respuesta generalmente no se hace esperar. Los akahendy retribuyen las ofrendas con huevos de pájaros, panales llenos de miel, y otras delicias del monte. Pero también son muy vengativos cuando la ofrenda no llega.

Guyravera ya siente los primeros síntomas del parto. Se recuesta dentro de la choza y al poco tiempo, cerca de la medianoche, nace una niña. Itivere escucha un silbido largo y profundo. Sale a ver, siente pasos y un tizón encendido escapa del poblado hacia el monte a gran velocidad. Itivere lo entiende todo. Los akahendy han robado el fuego de la vida a su pequeña hija. Lleno de furia intenta perseguir al duende pero sus fuerzas se acaban bien pronto. Es imposible perseguir a quien corre más rápido que el viento. Desesperanzado vuelve al poblado. Su niña es más hermosa de lo que hubiese podido imaginar pero él sabe que el fuego de la vida ya no le pertenece. Ha sido tocada por las heladas manos del akahendy.

Itivere se revuelve en su propia impotencia. Sabe que con la fuerza no podrá lograrlo. Entonces decide granjearse su amistad. Tal vez de esa forma logre liberar a su hija del maleficio. Itivere deja ofrendas a los duendes. Una y otra vez las ofrendas desaparecen pero no son retribuidas. Signo inequívoco de que la amistad no será dada.

Ha crecido la niña. Su padre la observa con pena. Trata de seguir sus movimientos pero al menor descuido Iramara se pierde de la vista de los suyos. La niña prefiere los lugares oscuros del monte. La penumbra es su aliada y se siente atraída irremediablemente hacia ella.

Una tarde en que Iramara se ha desprendido de la vigilancia de su padre y se encuentra en lo espeso del monte trepada a un añoso árbol, es sorprendida por un hombrecillo que se presenta ante ella de improviso y festeja su gusto por las sombras.

“Si te gusta la sombra y la oscuridad de los montes, entonces también te gustará la miel, tanto como a mí” dice el hombrecillo.

La niña acepta la miel que el duende le alcanza y siente que la presencia de aquel ser le hace sentirse más segura. Menos rara. Aceptada y halagada la niña entabla una conversación fluida con el duende que no se limita tan sólo a esa tarde, sino a muchísimas tardes más.

El hombrecito le realiza permanentes obsequios y la niña se siente a gusto con él.

Ahora, Iramara es una adolescente hermosa. Ha pasado mucho tiempo desde aquel primer encuentro con Timbe, el duende, y se han hecho muy amigos.

El hombrecito le ha estado embrujando con la magia de sus brebajes. Iramara ya está lista para la gran expedición de la que siempre hablan cuando están juntos. Partir a tierras lejanas, abandonar la aldea a la que nada ni nadie la ata, irse por los caminos del monte... Iramara lo siente en su sangre joven en la que el deseo también empieza a bullir, no sólo por el desarrollo natural sino, y sobre todo, por los brebajes que Timbe le proporciona.

Itivere y Guyravera se han vuelto taciturnos de tanta tristeza. Su hija, la luz de sus ojos, los desprecia. No contesta a sus preguntas. Se encierra en un ensimismamiento en el que ellos ven el fin. Ambos han decidido irse de la aldea. Llevarse lejos de allí a Iramara, arrancarla de las garras de los akahendy y comenzar una nueva vida más allá del horizonte. Lo han pensado mucho y al fin se han decidido. No encuentran otra forma de salvar la vida de su amada hija.

Pero los akahendy también han decidido con respecto a la vida de Iramara.

“Ha llegado el momento”, dice Timbe a sus congéneres.

“Hoy traeré a Iramara”, repite el duende y una multitud de hombrecitos aúllan de placer y lanzan risotadas sin sentido mientras se revuelcan en el campo pelado.

“Mañana partiremos”, dice Itivere a Guyravera.

La mujer calla, presiente que todo será inútil pero no contrariará a su esposo.

Itivere vigila su choza. Duerme Guyravera. Duerme Iramara. Pero la noche no duerme. La oscuridad de unas nubes densas y negras va cubriendo el cielo. Se escucha un silbido. La luna ya ha desaparecido del cielo. Algunos relámpagos caen en la lejanía como agujas de fuego.

Un descuido apenas y la niña ha desaparecido. Itivere descubre la hamaca vacía. No recuerda haberse dormido. Despierta a Guyravera. Iramara se ha ido.

“Volverá” dice la madre. Pero la niña ya no ha de volver.

Cerca de los pantanos, en la zona más oscura, se puede ver lo que Itivere y Guyravera no quieren imaginar. Allí están Iramara y Timbe. El duende la convence para partir. Le da de beber los zumos mágicos y se la lleva. La niña va sentada en un especie de trono que los akahendy han construido sobre dos varas. Varios hombrecitos se turnan para llevar las varas sobre sus hombros.

Cuando llegan a su destino la tierra y los árboles y los matorrales parecen despertar. De todos lados surgen más y más hombrecitos. Hediondos y zaparrastrosos. Excitados por la presencia de la bellísima adolescente rodean el pequeño trono con frenesí ensordecedor. Gritos. Zapateos. Risas y un olor inmundos que casi desmaya a Iramara. Nuevamente Timbe le alcanza zumos mágicos y la niña entra en un estado de sopor del que ya no saldrá nunca más. Ella no imagina que será fecundada por estos pequeños monstruos, no entiende del todo lo que sucede, no entiende la lascivia de los hombrecillos diabólicos. Pero está allí en medio de la turba y nada puede hacer.

Itivere, al amanecer, viendo que su hija no regresa, decide reunir a su tribu y partir en su busca. Allí van los bravos indios en busca de las tierras de Karapegua, en busca de los akahendy para exterminarlos. Dos días caminaron los indios hasta llegar a las planicies de Karapegua que tienen frente a ellos. Amanece nuevamente y el jefe, Itivere, siente la proximidad de su hija. La vé y corriendo a su encuentro la toma entre sus brazos y sale del círculo de duendes, incendiándolo todo. Los indios ponen fuego a todos los matorrales y el fuego se extiende de inmediato rodeando a los hombrecitos infernales.

“Ahora están donde deben estar”, dice Itivere con su hija en brazos mientras se aleja caminando por la orilla de un río. La venganza está hecha y el guerrero siente que su hija está a salvo aunque la observa temblar en sus brazos. Un sudor helado cubre el cuerpo de la niña que poco después muere. Su padre con el llanto incontenible la entierra junto al río y regresa vencido a su aldea.

Aunque Itivere creyó haber destruido a la raza de los akahendy con aquel monumental incendio, algunos de ellos lograron escapar. Itivere y Guyravera murieron poco después de pena y desconsuelo. Los akahendy sobrevivientes se distribuyeron por distintas tierras y aún hoy continúan haciendo de las suyas en los alrededores de los poblados. Se les conoce con el nombre de Pombéro, a raíz de sus manos velludas y continúan dando su protección a quienes les acercan ofrenda de tabaco, caña y miel. Aparecen en los lugares donde se los nombra y atacan de vez en cuando a las adolescentes insistiendo con su manía de fecundar a las mujeres bellas para mejorar su raza. Se los encuentra solos, y utilizan andrajos mugrosos como vestimenta, llevando casi siempre un roto sombrero de paja que les cubre el rostro.

La leyenda del Ñanduti

Como el humo de las grandes quemazones, un techo bajo de nubes negras cubría la aldea de los Guerreros del Sol. Las nubes se arrastraban enceguedas por la fuerza de los vientos. Los habitantes de la tribu sabían que esa oscuridad era circunstancial y se preparaban para el próximo esplendor del Sol. Nadie estaba triste porque sabían que el astro de oro volvería a brillar sobre sus cabezas alzándose con toda su fuerza. Nadie, excepto Ñandu Guasu, el hijo del jefe de “los grandes avestruces”.

Desencajado, se revuelve en su hamaca de fibras.

¿Cuánto tiempo lleva así?

¿Cuánto tiempo lleva su madre intentando hechizos para librarlo de aquel tormento?

“¡Oh, Sapuru, hermosa ninfa indígena, abandona esta tierra y nunca vuelvas!” piensa para sí la madre de Ñandu Guasu, viendo a su hijo sufrir por el amor no correspondido.

Sapuru desafía al Sol.

Paradoja: Sapuru envía su mensaje de esperanza montado en las nubes y en el viento.

“Sapuru se quiere casar y se lo ha dicho a sus padres”, dijo la machu con tono malicioso al oído de Ñandu Guasu. De inmediato el guerrero está en pie escuchando lo que la vieja viene a decirle. “Sapuru se casará con el hombre que le haga el más raro y valioso presente”. La machu hizo una pausa para palpar con sus ojos sesgados las reacciones de Ñandu Guasu. “Claro que será muy difícil superar los que ya ha recibido –agregó la machu– aunque dicen que el regalo que trae Jasy Ñemoñare es más hermoso y raro todavía. Trae collares, pendientes y brazaletes de un metal raro, blanco y brillante, y dicen que lo ha sacado de la luna misma una noche en que ascendió hasta allí con su magia de descendiente directo de la reina de la noche”.

Ñandu Guasu la escucha y se siente demolido por la evidencia verbal de la vieja.

Ñandu Guasu piensa en la muerte.

En su muerte.

Canta el kogohé y Ñandu Guasu huye de la vieja, del canto y de la muerte.

Corre por el bosque el joven guerrero.

Corre con sus piernas de acero.

Corre ahuyentando a las nubes negras, al canto maléfico, a los augurios de la vieja machu, al viento que retuerce el cielo. Trepa a los árboles, los traspasa. Cruza los manantiales y sobre todas las cosas va extendiendo con furia la furia del Sol. Todo se ilumina a su paso.

Corre haciendo el día hasta que cae la noche.

Ahora, Ñandu Guasu, con paso reposado, recorre el monte que ha hecho suyo durante el día. Presiente el hallazgo, lo huele en el aire. Es un perfume finísimo, casi imperceptible. Una sonrisa se dibuja en su rostro de hombre. Ha llegado junto al árbol muerto. El árbol que el rayo de los cielos ha destruido con su fuego. Ñandu Guasu acaricia el tronco muerto y en el lugar que ha tocado nace un brote pequeño y verde. Ñandu Guasu levanta la mirada advirtiendo la presencia viva de la más encantadora obra de la naturaleza que jamás había visto. Un tejido blanco y brillante, empapado en rocío, lleno de reflejos, hecho con dibujos de una perfección celestial. Un manto nacido para Sapuru. Sin dudas un regalo insuperable.

De pronto, de entre el follaje, surge la figura de Jasy Ñemoñare. El también quiere a Sapuru. Ñandu Guasu no tiene armas pero lo enfrenta. Un duelo por amor. Por el amor de Sapuru. Rodeos. Fieras miradas. Ruedan los contrincantes. La luna los mira. Una piedra, una herida mortal, la sangre corre y la luna llora porque su hijo ha muerto. Jasy Ñemoñare yace bajo la luz de la luna.

Ahora Ñandu Guasu trepa hacia las ramas que sostienen el codiciado manto. Su rostro iluminado por la certeza de tener a Sapuru para siempre. El joven alarga sus manos y el finísimo tejido se deshace en una baba pegajosa e informe. Es un hechizo. Es una quimera. Es un imposible. Jamás podré tener entre mis brazos a la bella Sapuru, se lamenta en sus pensamientos Ñandu Guasu y lágrimas de rabia ruedan por su rostro.

De un salto está en el suelo y corre rumbo a su aldea.

Corre con sus piernas de acero.

Corre cubriendo la luz lunar con un manto negro que todo lo ensombrece.

Corre ahuyentando a los hechizos, a la muerte y a la fría luz de la luna.

Corre haciendo la noche con su llanto hasta que nace el día.

Ahora Ñandu Guasu se revuelve en su hamaca. Sueños terribles agitan su espíritu. Habla en lenguas extrañas mientras duerme. Grita. Su madre, acongojada lo despierta. Lo saca del infierno. Ñandu Guasu calla. No cuenta su travesía por el monte. Se lo ve con el semblante ensombrecido por la pena y por la rabia. El sol ya está en lo alto cuando el joven decide sincerarse con su madre. Se sientan juntos, a orillas del río, y con la mirada perdida relata lo sucedido: la travesía, el claro en el monte, la muerte de Jasy Ñemoñare, la joya de aquel tejido, la desazón final.

La madre se levanta y simplemente dice: “Llévame a ese lugar”.

El joven la mira, primero sorprendido y luego con una sonrisa esperanzadora.

“Confía en mí”, dice la madre, y parten.

No corren por el monte, lo sobrevuelan con la fuerza del amor.

Ahora están en el sitio del hallazgo. La madre observa el cuerpo de Jasy Ñemoñare cubierto de insectos y luego dirige su mirada a la maravilla del tejido allá en lo alto. La fuerza del sol parece haberle dado más vida, más brillo, más luz. La madre observa con detenimiento, no se arriesga a tocar la tela, sabe que el mínimo roce la destruirá. Se limita a mirar el constante movimiento del pequeño animal. Sus idas y vueltas. Su colgarse y descolgarse continuo, casi sin pausas.

Ñandu Guasu se ha dormido.

Sobre una rama repone las fuerzas que ha gastado durante la noche.

La madre aprende la urdimbre del tejido maravilloso. Sigue los pasos de la araña. La madre comienza a tejer un manto hecho a imagen y semejanza del que tiene ante sus ojos. Lo teje con sus propias canas. Lo teje con amor. Lo teje sabiendo que hará feliz a su hijo.

Cuando Ñandu Guasu despierta, su madre descubre ante sus ojos el tejido que ha hecho con sus canas. El joven sorprendido mira la obra de su madre y mira el tejido prendido de las ramas: son idénticos. Con temor el joven toma entre sus manos la suavísima urdimbre. La madre cuenta cómo lo ha hecho y el hijo, con su natural ingenio, le dice: “lo llamaremos ñandu atí.”

“Ve y entrega esta ofrenda a Sapuru” dice la madre.

Los descendientes de Ñandu Guasu y Sapuru continuaron tejiendo aquel delicado encaje que hoy conocemos como ñanduti, homenaje eterno al talento y sabiduría de la madre de Ñandu Guasu, y nombraron a las arañas, tejedoras naturales y primigenias de aquella maravilla, con el nombre de ñandu con el que hoy las conocemos en nuestro idioma guarani.

La leyenda del Urutau

Es la calma hora de la siesta, cuando la sombra aparece apenas a nuestros pies. Uruti, la hija del mburuvicha de los guarani sale de la aldea. Guía sus pasos la pasión por un hombre. Un guerrero. Un solitario que ha desafiado las fuerzas de la naturaleza con el poder de sus ancestros.

Uruti llega junto al tajy florido que está al borde de la fronda espesa. Allí deberán encontrarse. Allí espera al amado. Allí, inquieta y ardorosa, Uruti se sienta y se pone de pie una y otra vez a la sombra fresca del lapacho. Jaguarainga no llega. Algo lo ha retrasado.

Cuando Uruti está a punto de retirarse aparece el guerrero solitario deseoso de ver a su amada.

La tarde se enciende nuevamente y los nubarrones que poblaban el alma de Uruti con desencantos desaparecen como si un gigante los hubiera soplado con fuerza alejándolos para siempre.

Estoy aquí, viéndolos. Uruti la bella princesa guarani y Jaguarainga, el fuerte guerrero, plebeyo pero orgulloso de ser descendiente de los primeros habitantes de estas tierras. No sabe él, sepámoslo nosotros, que su madre ha sido la hermana del gran jefe guarani.

El diálogo meloso de los jóvenes. Las caricias.

él le ha traído como ofrenda una piel de tigre aún caliente y algunas heridas en los brazos y en el pecho, rasguños de la fiera con la que ha tenido que luchar a plena luz del día, para llegar junto a su amada. Orgulloso de su triunfo, el guerrero descansa en el regazo de su amada. Ella cura sus heridas con hojas de ceibo y palabras de amor.

Los enamorados sienten pasos y voces.

La niña se asusta.

El guerrero le pide calma.

“Es la voz de mi padre, debo irme”, dice la niña.

“Ya es tarde para huidas, enfrentemos la situación”, le contesta el guerrero.

Ambos se ponen de pie y de esa forma reciben a la comitiva que se acerca hacia ellos.

Reprende con voz firme el padre a la hija y ésta pretende poner excusas a la presencia del guerrero junto a ella. Pero Jaguarainga, altivo y seguro de sí mismo, enfrenta la situación y confiesa su amor por Uruti al gran jefe guaraní.

Indignación es lo que ha logrado con su confesión de amor. Una indignación que esconde un odio ancestral. La tribu a la que pertenece Jaguarainga es una tribu esclava de los guaraní. Con soberbia, Arakare, el padre de Uruti, destrata y menosprecia al guerrero. El joven se defiende recordando al viejo jefe que su tribu ya era dueña de estos lugares cuando la suya aún no existía como pueblo y le advierte que el alejarse de los consejos de la naturaleza poniendo por encima la ansiedad de poder le pesará en el futuro, en un futuro muy cercano.

“Hoy pueden ser dueños de estas tierras y esclavizar a las tribus ancestrales, hoy tienen el poder, pero si continúan alejándose de la madre tierra, se volverán esclavos en muy poco tiempo”, dice el joven. El viejo jefe lo maldice y lo hace echar fuera de su presencia.

La niña vuelve a la aldea con sus padres y sus padres la envían al templo mayor para que los sacerdotes conjuren el daño de la pasión y el ardor de su alma. Uruti deberá consagrarse como vestal del templo y alejarse de todo hombre por siempre jamás.

Se resiste Uruti, mientras las otras vestales del templo la animan diciéndole que pronto olvidará lo sucedido. Que los sacrificios, los ayunos y la disciplina la convertirán en otra mujer.

Pasa el tiempo y Uruti ha superado las pruebas para ser consagrada vestal del templo.

Hoy es el día.

Su padre y su madre están presentes en el templo.

Los sacerdotes realizan los ritos iniciales de la ceremonia.

Uruti, vestida de blanco como las demás vestales está lista para la danza espiritual.

Las melodías de los dioses resuenan en ecos profundos y las vestales comienzan su danza circular. Cuando la música cesa, las vestales quedan con la vista clavada en el techo del templo. Hay algo allí que llama la atención de las vírgenes. Pero antes que nadie pueda darse cuenta ya las mujeres han bajado la vista. Sólo Uruti, como si escuchara una música del más allá, inicia una danza extraña a la santidad del templo, extraña a las vestales, extraña a los sacerdotes. Es una danza de una sensualidad como no se ha visto. Su cuerpo transformado en las llamas de una gran fogata. Cada desplazamiento una insinuación. Los movimientos ondulatorios de Uruti cesan de pronto y cae al piso desmayada.

Los sacerdotes, alarmados por la expresividad lujuriosa de Uruti, se reúnen y entienden que el espíritu de castidad no ha penetrado en el alma de la joven. ¿Qué hacer?

La ira despierta en el gran jefe Arakare.

Como es posible que de su simiente haya nacido tan baja mujer, que se rehúsa a ser casta y pura para la eternidad. Que corre tras un bastardo. ¿Qué clase de hija ha tenido?

Minutos más tarde los guardias del templo reclaman la presencia de los sacerdotes en las afueras del lugar. Han sorprendido a un indio trepado a los techos del templo. Han sorprendido a Jaguarainga espiando la ceremonia de las vestales. Tratando de impedir la consagración de Uruti. Y lo ha conseguido. De inmediato Arakare condena al maldito a la muerte y a su hija a presenciar el castigo.

“Morirá. El verdugo le aplastará la cabeza, cortará su cuerpo en pedazos que serán devorados por la tribu y sus huesos se tirarán en un claro del bosque para que su alma no tenga reposo”, esas son las palabras que usa Arakare para sentenciar a Jaguarainga.

El guerrero intenta defenderse pero nadie atiende sus reclamos. Invoca el amor por Uruti y eso enardece aún más al gran jefe: “Llévenlo y átenlo al árbol. Ofrézcanle mujeres, manjares y vino, para que gozando de los placeres terrenales sufra más a la hora de la muerte”.

Los preparativos para el castigo-sacrificio comienzan de inmediato. Los guardias traen mujeres, manjares y bebidas al prisionero que todo lo rechaza. Las vestales y Uruti, mientras tanto, preparan un plan para liberar al guerrero. Mezclan a las bebidas jugo de adormideras rosadas y ninfeas azules. Una vez que todos comienzan a beber, pues sin ese paso no hay ritual, comienzan a caer dormidos como troncos. Es aquí cuando vuelve a aparecer en escena Uruti. Llega para liberar al prisionero. Desata las cuerdas que lo mantienen unido al árbol y luego de solazarse en caricias y declaraciones de amor eterno escapan del lugar llenos de esperanza. Desean alejarse lo más pronto posible hasta que la ira de Arakare se aplaque. Toman el rumbo del naciente. Van unidos en el amor. Huyen pero en la huida no hay rencores. En sus almas no hay espacio para otra cosa más que para el amor.

Días después una nutrida comitiva de trescientos guaraní armados hasta los dientes y encabezados por el jefe de los guerreros de Arakare y antiguo pretendiente de Uruti atrapan a los fugados y los regresan al templo. Ahora el castigo es doble. A Jaguarainga se le impone la misma forma de muerte que fuera sentenciada por el gran jefe y a Uruti, la condena para las vestales mancilladas, que es tan terrible como aquella: ser devorada por la boa de templo. Una terrible y gigantesca pitón con poderes de augur. Ruega la madre de Uruti por su hija, implora ante Arakare por la vida de Uruti pero éste no le perdonará la afrenta. La suerte está echada.

Un rugido terrible hace temblar todo el templo, ¿se está cumpliendo la sentencia? ¿de dónde ha venido aquel terrible rugido que aún desde el eco continúa haciendo temblar las poderosas paredes? ¿Qué es lo que está pasando allí afuera? Dos guardias horrorizados penetran en el templo y dan aviso: Juaguarainga ha dado muerte a la serpiente gigante. La ha partido en dos luego de librarse de sus ataduras. Al ver que la serpiente se enroscaba a los pies de amada, logró zafar de las ataduras y como un pocco arrebato el hacha de uno de los guardias y de un sólo golpe partió en dos a la terrible boa. Sus dos partes aún siguen agitándose y manchando de sangre las paredes del templo.

Jaguarainga continúa disputando con los guardias hasta que al fin cae rendido.

Arakare perdona la vida de Uruti aconsejado por los sacerdotes y ratifica la condena de Jaguarainga, sacrificio que deberá ser presenciado por Uruti. La sentencia se cumple sin ritual. El verdugo le aplasta la cabeza, troza su cuerpo muerto y tira los huesos. Luego del sacrificio libera a Uruti que corre hacia su padre. Uruti llora, grita y maldice a su padre que se mantiene impávido ante los reclamos infructuosos de la bella Uruti.

Uruti se marcha del templo seguida por su madre, Ojampi, que decide seguir a su hija a donde vaya en lugar de cuidar del anciano y malvado jefe de los guaraníes. Las señales de desastre para la tribu de Arakare no se hacen esperar. Los sacerdotes se las hacen saber, pero el viejo jefe ha perdido la capacidad de entender esas cosas y no hace caso de los avisos. “Los malos augurios se cumplen sólo con los cobardes y yo soy un hombre valiente”, dice Arakare. “Nada ni nadie me doblegará”. Los dioses para hacer más penosa su soledad deciden convertir a la bella Uruti en un pájaro nocturno que llora todas las noches y descansa durante el día y a su madre en un árbol seco sobre el cual se posará el urutau.

El viejo Arakare ya no puede conciliar el sueño. Su tribu fue perdiendo sus posesiones y él fue perdiendo el poder. Arakare envejeció rápidamente y murió solo, escuchando el lamento terrible del urutau durante todas las noches de su vida y aún después de muerto.

La leyenda del guavira

Corren las primeras épocas de la colonización. Corren como los primeros caballos que atravesaron la mar océano. Corren como las nubes que vienen empujadas por los mismos vientos que ensancharon las velas de las primeras carabelas. Corren como lo han hecho en todos los tiempos, sin detenerse, avanzando siempre en pos del futuro inalcanzable.

Los bravos indios de esta tierra se enfrentan a los conquistadores que vienen con su soberbia en busca de Eldorado. Dispuestos a todo por un pedazo de oro, los hombres de allende el mar se internan en los bosques de las nuevas tierras y se enfrentan cuerpo a cuerpo con los aborígenes.

En una de aquellas luchas un guerrero español cae prisionero del temido cacique Jaguati.

Jaguatí tenía una hija muy hermosa pretendida por varios de sus mejores guerreros a los cuales ella había rechazado uno a uno.

Cuando el hombre blanco llegó a la aldea fue encerrado en una jaula.

Allí, avergonzado y temeroso, pasó sus primeros días sin probar bocado. Pensaba en su dulce amada que había dejado en las ahora lejanas tierras europeas. Imaginaba que ya no volvería a verla. Sufría por ella. Se veía sacrificado por aquellos salvajes de los cuales no entendía ni siquiera el idioma. Lloraba en silencio.

En esos pensamientos estaba cuando sintió la penetrante mirada de Apykasu, la joven y bella hija de Jaguati. Ella le entregó dulcemente una vasija con agua fresca y él, sediento, aceptó. Desde entonces fue Apykasu quien llevó los alimentos destinados al prisionero. Su figura le había impactado al punto de sentirse totalmente enamorada del extranjero.

Apykasu entonces habló con su padre. Le pidió que le entregara al prisionero porque se había enamorado de él, que le perdonara la vida. El cacique se mostró condescendiente con su amada hija. ¿Cómo iba a negarle un deseo? Además quería que su hija le diera descendientes.

Apykasu inició la seducción del extranjero. Ante las atenciones de la joven el hombre se mostraba amable pero distante y no daba muestras de corresponderle. Como si estuviera en otro lado y no en aquella aldea.

Apykasu le hizo mantas y adornos. Le preparó platos especiales. Le hizo entender que le amaba y al fin, vencida por la desdicha del amor no correspondido, Apykasu ordenó que lo enviaran a la hoguera. Fue un simulacro lamentable ya que el prisionero, aún al borde de las llamas, no se inmutó. Prefería la muerte a ser infiel a la promesa que le había hecho a su amada. Prefería morir antes que faltar a su palabra.

Terminada la farsa de la hoguera Apykasu intentó por todos los medios comunicarse con el apuesto joven hasta que al fin lograron entenderse. Entonces ella suplicó su amor una y otra vez. Pero él, con absoluta sinceridad le confesó que no podía amarla, que le agradecía lo que ella había hecho por su vida pero que era un imposible porque había dado su palabra a otra mujer.

Apykasu lloró mucho aquel día encerrada en su choza.

Su padre intentó consolarla pero ella insistía en que estaba enamorada del extranjero.

Una voz amiga que Apykasu no reconoció la sacó de triste llanto. “Ve a ver a la kuña Paje” murmuró alguien a través de una abertura de la choza en medio de la noche. Apykasu salió a ver quien le aconsejaba pero sólo encontró el silencioso sueño de la aldea.

De inmediato, Apykasu se puso en marcha. Al llegar a la casa de la hechicera, Apykasu encontró que ésta le estaba esperando. “Pensé que ya no vendrías”, le dijo. “Hace días que estoy esperándote. Cuéntame todo”, dijo la hechicera acomodándose en su poltrona.

Apykasu le contó sus desdichas y sus penas paso a paso sin olvidarse de ningún detalle.

“Es muy sencillo lo que debes hacer”, dijo la Kuña Paje.

“¡Quiero saberlo ya!”, respondió la joven inquieta.

“Mañana bien temprano vas a invitar al extranjero a dar un paseo. Llévalo hasta la falda del primer cerro elevado que veas. Allí encontrarás un papagayo que te preguntará qué buscas. Dile que quieres encontrar los frutos del guavira y él te conducirá hasta los árboles donde podrás tomar la fruta. Dale de comer esos frutos a tu extranjero en forma abundante. Tienen una propiedad mágica: se olvidará de todo lo que vivió en sus tierras y entonces quedará a tu voluntad. El resto tendrás que hacerlo tú misma”.

Sonriente y reconfortada por las palabras de la hechicera, la joven princesa volvió a su aldea con el espíritu cambiado. A la mañana siguiente, Jaguati no podía creer el espíritu alegre de su hija. Apykasu se levantó de buen humor e hizo como la hechicera le indicara. Invitó al extranjero a dar un paseo. Divisó el cerro. Se dirigió hacia él y encontró al papagayo parlante que les habló atentamente ante el asombro del extranjero. Más tarde conducidos por el animal encontraron los jugosos frutos del guavira de los cuales el extranjero tomó los más grandes deleitándose con ellos.

Está demás decir que el hechizo se hizo realidad. El extranjero quedó para siempre en la aldea y Jaguati tuvo una numerosa descendencia producto del amor de su hija con el hombre blanco.

La leyenda del Jaguaru

Navega el eximio remero cerca de la costa. Sus ojos escrutan la topografía de cada sitio. Se siente dueño del río pero no por eso deja de investigar su costa, sus profundidades, sus secretos.

Mira con asombro la extraña cueva que se abre ante sus ojos.

Es como una boca monstruosa y oscura que espera sobre la barranca. Nada se puede divisar de su interior. Oscuridad total. Guarán enfila su canoa hacia la abertura. En un primer momento nada puede ver. Lo negro absoluto. Ahora, habituado comienza a percibir las paredes de la cueva. Se diría que posee como los murciélagos una visión que proviene de los ecos. Guarán se guía más por el ruido de sus remos en el agua, aquí poco profunda. El olor es nauseabundo en esta pocilga. Lo aguanta todo en el afán de conocimiento el joven Guarán. Pero llega un momento en el que debe regresar. Es mucha ya la distancia recorrida y a juzgar por los ecos hay aún mucho por delante. Guarán decide tomar consejo de sus mayores. Su espíritu aventurero no le impide ser juicioso ante lo desconocido. Regresa Guarán sin inconveniente alguno y al fin, luego de un largo trecho, logra salir a río abierto nuevamente.

Guarán ha llegado a la aldea. Se encamina hacia la choza del más anciano de los de su tribu. Se sienta en silencio junto a él. El viejo le invita una infusión que hierve en el fogón. Beben. “¿Qué has descubierto ahora, Guarán?”, pregunta el anciano como leyendo los pensamientos del joven. “He encontrado una cueva cavada en la barranca del río. He entrado en ella y parece no tener fin. Pero por lo que se huele allí debe estar ocupada por algún animal enorme. Me gustaría cazarlo”, responde Guarán ansioso. “Mala cosa lo que has descubierto muchacho, mala cosa...”

Sorprendido por la respuesta el joven cacique espera la continuación. Un largo silencio queda suspendido en el aire como levitando hasta posarse en el suelo suavemente. Entonces el anciano vuelve a hablar: “Muchos, en mis tiempos, buscaron esa cueva y no pudieron encontrarla. Muchos guerreros fuertes y nobles esperaron al monstruo de aquella caverna inaccesible por años junto a la orilla de río, mas el monstruo siempre les encontraba desprevenidos. En esa caverna habita el jaguaru, de eso no tengo dudas. Te ayudó la bajante pero el mérito es tuyo. Ahora ya sabemos dónde está pero ¿qué podemos hacer? Nunca podremos sorprenderlo. Eso es ley...”

“Pero, ¿qué clase de animal es el jaguaru?, preguntó Guarán. “Eso no sabría decírtelo pero es enorme y espantoso. Nadie que lo haya visto cara a cara ha vivido para contarle. Dicen que se parece a un gigantesco lagarto. Dicen que tiene cabeza de tigre. Dicen que agita su cola con una fuerza jamás vista, arrancando árboles de cuajo con un solo golpe, dicen que se alimenta del bofe de las mujeres jóvenes... dicen tantas cosas del jaguaru”.

Guarán recuerda haber escuchado alguna historia acerca del jaguaru cuando muy niño y un escalofrío corre por su espalda. ¿Por qué no siguió avanzando? Hubiese sorprendido al monstruo y lo hubiese matado, salvando a todo su pueblo de la terrible amenaza.

Pasaron los días y las semanas.

Guarán anduvo merodeando el lugar donde descubriera la cueva pero ya no pudo encontrarla. “Que existe estoy seguro, yo no soñé esa cueva” afirmaba para sus adentros el cacique. Había mantenido el secreto pero no evitaba el sitio del río donde suponía que se encontraba la cueva.

Varias lunas han pasado desde aquel misterioso hallazgo.

Guarán siente que algo está por suceder. él mismo en persona, junto a los guerreros más fuertes de la tribu, marcha hacia aquel lugar. No divisan nada especial. Sólo la costa del río y calma. Mucha calma. Cada garza en su lugar. Los pájaros en absoluta tranquilidad. Ni un pez salta fuera del agua. La calma tan acentuada resulta sospechosa pero nada puede decir el joven cacique. Ni un indicio ante los ojos de los guerreros.

Es el atardecer. Están de vuelta en la aldea.

Cada uno se ocupa de sus tareas hasta que, entrada la noche, la aldea se concentra en el sueño. Jukyete, la esposa de Guarán siente que el joven no está bien. Lo ve dormir agitado. Una transpiración fría recorre su cuerpo. De pronto se levanta sobresaltado, se pone de pie y mira a su alrededor. Sólo la noche y el silencio. A lo lejos se escucha el lamento del urutau. Guarán desea fervientemente que su mirada penetre en la oscuridad. Jukyete desea fervientemente que su esposo pueda reposar en paz. Le frota ungüentos que ella misma ha preparado hasta que al fin el guerrero duerme tranquilo. Ahora es ella, la mujer, quien siente dentro de su cuerpo aquella ansiedad enorme que despertó a su marido. Se queda de rodillas junto a su esposo. Quisiera correr alrededor de la aldea, tal es la fiebre que le ha quedado encerrada en el cuerpo. El suave ondular de la brisa es para ella como un huracán sobre su piel. Trabajan los sistemas de su cuerpo de una manera exagerada.

Jukyete observa el descenso de las llamas en las hogueras. Observa el sueño de su esposo y de los guerreros en sus hamacas. Su cuerpo alerta siente ahora el sacudón del follaje en dirección al río. Debe ser el viento, piensa la mujer. Debe ser el viento..

Jukyete, vencida por el cansancio, cae acurrucada junto a su Guarán.

Más allá del temblor de los nidos, más allá del crugido de las ramas quebradas, más allá de los pasos que hacen retemblar el monte, la tribu duerme. Una sombra de barro. Una cabeza de barro. Un cuerpo de barro. Un monstruo de barro es el que asoma sus fauces abiertas en medio del silencio de la noche. Nada se mueve. La fetidez del monstruo todo lo invade, todo lo cubre, todo lo aletarga. Yérguese el fenómeno y muestra un pecho blanco y al parecer vulnerable. Adelanta su cabeza protegiéndose y atacando, todo a un mismo tiempo. En un abrir y cerrar de ojos la boca del monstruo rodea a Jukyete y la aprisiona. El terror desvanece a la joven que no tiene tiempo ni siquiera de gritar. El monstruo da un salto felino, agita con furia su larga cola y desaparece tal como ha venido. Los guerreros siguen en el sueño. Unos ancianos ven pasar la sombra espantados pero sus piernas no responden y no pueden avisar nada a nadie.

En lo alto del cielo se prepara una tormenta.

Riñen las nubes chocando unas contra otras. Saltan las chispas del duelo y caen quebradas y verticales sobre el río. La tribu despierta con el primer ramalazo de la tormenta. Guarán busca con el brazo a su mujer pero no la encuentra. Se pone de pie y grita su nombre. Interroga a cada uno de sus hombres. Nadie ha visto nada. Al fin aparece un viejecito que dice haber visto la silueta del monstruo llevándose a una mujer. Guarán la ha perdido para siempre. Su grito es desgarrado. Guarán, enloquecido promete venganza.

Desde aquel día prepara a sus guerreros el joven cacique. Prometió venganza y así lo hará. Somete a los mejores a un duro entrenamiento. Día y noche están alertas. Han cavado una fosa para atrapar al maldito.

Navegan el río buscando la maldita cueva pero no pueden hallarla. Saben que en algún momento, la bestia tendrá que salir. Esperan.

Guarán escucha en la noche nublada el retumbar del follaje y sonrío. Ha llegado el tiempo de la venganza. Despierta a los pocos guerreros que duermen y cada uno se coloca en su sitio. La bestia se acerca. Está cebada. Viene por más. Como si percibiera la trampa, el monstruoso animal se acerca lentamente, como tanteando el terreno. Los viejos se encierran en sus chozas. Los niños duermen. Las mujeres espían por las rendijas. Los hombres, tensos, esperan la llegada del que resopla sobre sus cabezas. Calcados de su anterior aparición son los movimientos del monstruo, pone los pies sobre las huellas que había dejado. Alarga el cuello buscando a la víctima pero esta vez no encuentra a nadie. Esta vez encuentra un sorpresivo ataque. Lazos y boleadoras enormes le aprisionan las patas. cae de costado el monstruo, se desploma en la fosa disimulada con hierbas. Se desploma su enorme peso y nubes de polvo blancuzco se elevan impidiendo la visión. De entre las nubes de polvo un rugido espeluznante se eleva quemando el aire. Es Guarán quien clava en las fauces del monstruo una lanza enorme. La lanza vuelve a aparecer salpicando la hedionda sangre en la nuca de la bestia. Las flechas caen en lluvia tremenda sobre el blanco pecho tiñéndolo para siempre de sangre. Con la lanza de Guarán incrustada en la boca se desplomó el monstruo.

Una imagen en la pared posterior del templo de Yaguarón inmortaliza la tremenda lucha.

Libro Segundo (Parte II)

Las Leyendas Indígenas y Mitológicas

La leyenda del Irupé

Cumple con sus ritos la tribu en medio de la noche.

La luna acompaña cada paso. Las doncellas vírgenes danzan en torno al fuego. Corre entre los hombres el vino de mandioca. Canta y baila la tribu. Se exacerban los espíritus.

El joven Chiru cuenta sus hazañas. Acaba de regresar de la ciudad del oro. Cuenta todo con lujo de detalles y las fantásticas aventuras ocupan todo su hablar. Nada de lo que allí pasa parece tener mucha gracia después de haber pisado aquellas tierras doradas.

Bailan las doncellas vírgenes alrededor del fuego.

Coronadas de flores danzan con sus atuendos blanquísimos.

Las llamas que se levantan con fuerza crujiente tiñen la piel de las jóvenes de un rojo incandescente y furioso que enerva los espíritus. Chiru mira a las doncellas. Mira a una doncella en especial. La más joven. La más hermosa. La más áurea. La mira con deseo irrefrenable.

Ahora las doncellas detienen su danza y agitadas descansan junto a un árbol.

Chiru manifiesta su deseo a un hombre que está a su lado.

El hombre le advierte que esas doncellas no pueden ser tocadas. La maldición de Tupã caerá sobre quien ose tocar a las doncellas vírgenes de la tribu.

Chiru, agitado por los espíritus del vino, se acerca a la joven y le ofrece sus brazos para el merecido descanso. La joven rehúsa el ofrecimiento. El muchacho insiste. La acosa. Se le acerca. La joven huye. Se levanta y corre por el monte. Chiru, enceguecido por la negativa la persigue.

Alejada del fuego y corriendo por el bosque, la niña, plateada por la luna parece un espectro encantado. No está dispuesta a entregarse a los brazos de aquel indio ebrio. Llena de miedo, trémula pero decidida se aleja

con sus ágiles piernas. Casi lo ha perdido de vista. Chiru, embriagado, no acierta el camino que ha tomado la joven pero su deseo es irrefrenable y no se detiene. Obstinado avanza. La niña se detiene junto al río. Se ha trepado a una roca saliente y allí aprisiona entre sus manos el talismán defensor de la virginidad. En ese mismo momento ve aparecer a través del follaje a Chiru.

“Al fin te he alcanzado” grita el muchacho poseído por los espíritus del alcohol.

“Huiremos juntos. Te llevaré a la ciudad del oro. Viajaremos sin descanso y la aventura será nuestra única guía. Te ofrezco el paraíso que está más allá de los cerros”. Suplica el joven ante el silencio de la niña que temblorosa aprisiona aún más su amuleto. El hombre se acerca a ella.

Intenta varias veces subir a la piedra en la que está erguida la pequeña doncella.

Le acosa desde abajo Chiru hablándole continuamente de amor y desenfreno.

El silencio es el resguardo de la niña. Mira el río cargado de estrellas. Un reflejo vivo. La luna enorme en su superficie. Todo parece hablarle, incitarla.

Ya trepa Chiru.

Ahora sí está por darle alcance.

La niña no lo duda un instante. Salta y se sumerge en ese espejo de astros y reflejos. Salta detrás el muchacho, guiado por el deseo.

Se desliza la niña hacia lo más profundo.

“Te salvaré y serás mía” balbucea el hombre y se sumerge en las oscuras aguas en busca de la doncella. Una y otra vez va y viene de la superficie a las profundidades hasta que al fin logra alcanzar el cuerpo de la niña. Lo aferra fuertemente y se dirige a la superficie, pero al salir a flote descubre que lo que trae aferrado es una flor. Grande y en forma de corona. Ámbar en el centro y teñida de colores rosados en los bordes de cada pétalo, ancho y carnoso. Sorprendido primero y furioso después, Chiru tomó la flor y sin fijarse en su gran belleza la arrojó lejos de sí.

Chiru siguió sumergiéndose con la esperanza de encontrar el objeto de su deseo pero fue inútil. Al fin, sin fuerzas fue arrastrado por un remanso que se lo llevó para siempre a las profundidades. Los dioses habían dado su castigo al importuno joven y premiado la bondad de la doncella convirtiéndola en una hermosa flor que se eternizaría dando nombre al río que puebla, porque Paraguay significa río de coronas y aquellas coronas llevan el nombre de Irupé.

La leyenda del jurunda

Cerca del río, los chiquilines pescan. Tiran sus precarios anzuelos en cuya punta danzan alguna lombriz y, atentos, esperan el pique. Muchas veces pasan horas hasta que pueden engañar a algún pez. Las más de las veces los peces se acercan al anzuelo, miran a la lombriz que se retuerce todavía bajo el agua, la olisquean y se van quizá riéndose de la ingenua manera de pescar de esos chiquilines.

Pero ellos son felices.

Estar junto a las aguas del río los hace felices.

De vez en cuando se cansan de esperar y entonces se dan un chapuzón.

Claro que no se aventuran a acercarse al remanso que desde el recodo del río los mira con sus negros ojos. Pero en el remanso era donde más gusto da pescar. Allí se pueden atrapar los mejores peces. El remanso es

para los más osados y sólo uno de aquellos chiquilines se atreve a pescar en ese lugar. Es que el riesgo de resbalar y caer es grande. Y si se cae allí...

“Se enfurece el Ypóra y te arrastra hasta el fondo del río, te entierra en el barro te cubre de ramas, te ahoga y ya no te deja regresar. Ni tu cuerpo van a encontrar si te caés ahí...” le dice uno de los amigos al más audaz.

Pero el chiquilín no hace caso.

Lo que más le gusta es tentar al remanso.

Se acerca siempre solo y allí tiende la línea con el anzuelo. Una vez hasta sacó un dorado de allí. Claro que su padre lo felicitó por la pesca pero también le advirtió que no debía arriesgarse tanto, “Ypóra puede enojarse contigo si eres tan obstinado”, le dijo.

Todo reto, toda advertencia era de balde.

El chiquilín no tenía oídos para recomendaciones, obedecía más que nada al llamado de la sangre. Había nacido aventurero y nadie podía impedirlo. Eso pensaba su padre. Aunque no dejara de llamarle la atención y de poner cuidado en él toda vez que podía.

Un día iba del brazo de su madre a una fiesta en el pueblo. Parecía muy contento de acompañarle, pero lo cierto es que al primer descuido, el chiquilín desapareció. ¿Dónde estará? No desesperó la madre, conociendo el temperamento de su hijo, mas al pasar las horas y no verlo regresar comenzó a asustarse. ¿Dónde se habrá ido? se preguntaba la madre ahora desesperada. Al fin decidió buscarlo a orillas de río.

Cuando la madre llegó el chico ya no estaba en la orilla, había caído al agua, el remanso lo había arrastrado pero él había logrado asirse a un tronco y giraba y giraba en el remanso. La madre al verlo dio un grito de espanto y sin pensar que podía ayudarlo mejor de otra manera, se arrojó al agua para salvarlo. “¡No, madre!”, gritó el chiquilín que conocía la fuerza del remanso. Pero ya era tarde. La madre ya era arrastrada por el remolino implacable. Los círculos de agua le apretaban el pecho y la arrastraban hacia el fondo. Aún tuvo tiempo para una mirada última a su amado hijo que, con lágrimas en los ojos contemplaba lo inevitable.

El agua dulce del río le mojaba el cuerpo.

El agua salada de las lágrimas le mojaba el rostro.

Miró hacia el fondo del río y vio dos ojos verdes que también le miraban desde el fondo del agua. Una mirada terrible que surgía de la oscuridad total de las aguas.

“Has sido castigado”, dijo una voz que resonó profunda, “por tu culpa tu madre ha muerto. Ypóra te condena: desde hoy obligatoriamente seguirás el curso de los ríos, intrincado como tus deseos. Pescar era tu alegría, pues pescarás toda tu vida y más aún. Te pondré plumas de colores, volarás a ras del agua y perseguirás a los peces. Pero los chicos como tú te perseguirán por siempre. No te será posible cantar, pero cada vez que lo intentes un graznido seco saldrá de tu garganta para recordarte que tu madre ha muerto por tu culpa.”

Desapareció la mirada luminosa del fondo del río. Y el martín pescador que ahora estaba posado en el tronco se alejó volando sobre el rumor de las aguas.

La leyenda del muelle

Espera el hombre dando rodeos sigilosos alrededor del poblado. El cacique de la aldea ha faltado a su palabra y el joven indio está al acecho. No quiere enfrentarse al cacique, simplemente llega hasta aquí para llevar a su amada lejos de las mentiras y el engaño.

Hace ya varias lunas el cacique prometió a Chihy la mano de su hija, pero faltando a su palabra, ahora la entrega al mejor postor, un cacique poderoso de las costas del Paraná. Una alianza que la tribu necesitaba y la princesa es entregada a otro hombre. Eso Chihy no lo permitirá jamás.

Espera Chihy borrar del rostro de la princesa el amargo llanto.

Ella no sabe de la presencia de su amado tan cerca del lugar pero mantiene la secreta esperanza de que aquel se haga presente y la rescate. Como un fantasma el joven enamorado busca el mejor lugar para controlar los movimientos de la aldea y poder entrar sin ser visto. Dos grandes perros y una vieja paje custodian la puerta de la choza donde reposa su angustia la princesa.

Mira con atención Chihy.

Piensa en un plan para rescatar a la princesa.

Piensa en un plan para unirse con su amor.

La noche deja caer sus negros párpados sobre el monte.

Chihy, amparado en esas sombras baja de su escondite. Los perros están alertas. La vieja paje se ha quedado dormida pero tiene el sueño liviano. Eso lo ha comprobado ya Chihy durante el día. Ayudado tal vez por los duendes del amor, Chihy ve al fin libre su camino. Logra entrar a la choza y despertando suavemente a la pequeña princesa se da a conocer.

“Te he esperado con gran esperanza”, le dice la muchacha. “Calla. Debemos irnos”, le responde cauto el indio y salen a enfrentarse con las fauces del monstruo nocturno. Ni una señal de vida. Ladran los perros a lo lejos, seguramente perseguirán a algún animal que los distrajo. Vuelve a sentarse en el portal la vieja y se adormila nuevamente.

La pareja de jóvenes enamorados corre ahora tratando de alejarse lo más rápido posible de aquel lugar. “Tu padre me ha engañado”, dice él. “A mi también, contesta la joven, nos ha engañado a los dos. No le creía capaz de hacerme esto”. “Lo único que importa es que ahora estamos juntos”, dice Chihy. “Para siempre”, responde la princesa.

Sus miradas rozan el infinito.

Sus cuerpos arden de deseo.

Sus corazones se agitan de pasión.

Toda la noche han escapado poniendo el corazón en la fuerza de sus piernas. Al amanecer fatigados por la huida se detienen frente a un surgente de cristalinas aguas. Allí calman su sed y se echan a descansar. No cuentan con una persecución inmediata, pero se quedan dormidos. Despiertan cuando el sol está alto y los saluda con toda su vehemencia.

“Debemos irnos pronto”, dice Chihy.

Se levantan de la hierba y observan que del otro lado de la surgente los pájaros huyen en bandada. Alguien viene hacia ellos. Intentan la fuga por el otro lado pero se dan cuenta de que están rodeados. Ya se escuchan los gritos de los grupos que les persiguen. Se comunican entre ellos. Llegan desde todos los puntos. Escapar es imposible. Se escuchan los pasos rápidos que se acercan hacia ellos. Aún no los pueden ver pero ya huelen a aquellos sabuesos expertos en la caza.

Chihy abraza a la princesa y la besa ardientemente.

Cuando los cazadores llegan, nada encuentran en el claro. Tan sólo un hermoso y fuerte yvyrapytã abrazado por una frágil planta de muembe, prendida a su tallo como una tierna princesa abrazada a su amante.

El amor de Chihy y la princesa, por gracia de Tupã, se ha tornado eterno.

La leyenda del sapo

Vio con envidia Añá desde su morada de tinieblas cómo Tupã, desprendiendo haces de luz, construía un gracioso y bello pájaro. Muy pequeño y muy hermoso resultó el mainumby que Tupã puso para alegrar los aires de la tierra.

De inmediato y con mucho afán el Rey de las Tinieblas puso manos a la obra pensando en crear una criatura que le supere en belleza. Quería una criatura deslumbrante pero olvidó que en su reino carecía de luz. En su empeño, Añá mezcló las sustancias que le parecieron más apropiadas para su creación. Se aplicó durante mucho tiempo a esta tarea y cuando al fin estuvo satisfecho, al igual que Tupã lanzó la figura que tenía entre las manos para que esta emprenda el vuelo por sí misma.

La creación oscura, en vez de aletear, cayó pesadamente sobre la tierra y se alejó dando unos saltos pesados y grotescos. Los planificados gorjeos resultaron unos gritos graves y desmañados. Croando y saltando el sapo buscó los lugares más húmedos y oscuros para habitar sobre la tierra.

En su afán, Añá creó una figura hecha de tinieblas y oscuridad.

La leyenda de Ypakarai

Tume Arandu es uno de los pocos hombres que saben acerca de la llegada de los karaiete.

Tume Arandu teme la llegada de esos seres extraños y despiadados que pretenderán dar nuevos rumbos a su pueblo. Teme por esos rumbos desconocidos. Teme a esa gente desconocida. Teme porque Tupã lo ha anunciado en la hora primera y ya está escrito en el destino guarani.

En la invisible balanza en la que Tume Arandu sopesa la idea de irse de este mundo, la próxima llegada de los karaiete es un tema que inclina el plato hasta hacerlo tocar el piso.

Tume Arandu no quiere presenciar esa llegada extraordinaria, el rompimiento de las tradiciones. No quiere ser parte de los indígenas masacrados por la civilización. Pero eso también es parte de un designio divino y debe ser respetado. Estaba escrita la súplica de Tume Arandu.

Entonces, antes de entregarse a las transformaciones de la muerte, Tume Arandu suplica a Tupã. Le habla con sencillez y le pide que cuando llegue ese momento aciago haga desaparecer para siempre de la tierra la bella y sagrada ciudad resplandeciente. Haga desaparecer el Mbaeveraguasu y a toda la gente que allí vive y disfruta de la luz inextinguible.

Tupã escucha los ruegos de su hijo dilecto.

Escucha las palabras de Tume Arandu y se dispone a cumplir sus deseos.

Tupã se traslada en la historia.

Avanza hacia el futuro con la velocidad del rayo. Alcanza el momento en que están desembarcando los Karaiete en las playas americanas. Llega hasta Mbaeveraguasu, donde los descendientes de Paragua realizan sus ritos sagrados. Alcanza a escuchar los tres cañonazos de los conquistadores y desencadena el fin para la gente del Mbaeveraguasu.

Los pobladores de Mbaeveraguasu ven con asombro como crece la fuerza del Tupã Ykua. El agua salta cada vez con mayor rapidez y en mayor cantidad. Llama la atención el fenómeno pero no preocupa en primera instancia. Cada hora que pasa la surgente multiplica sus fuerzas.

El agua ahora adquiere fuerza. Saca bravura de sus propias caídas y renovada rebota y repica contra cada obstáculo. Las zonas más bajas de la ciudad comienzan a inundarse.

Crece la superficie de agua y con su crecimiento adquiere olas que van y vienen entre los edificios. Las aguas provocan la caída de algunas piedras. Arrastran los utensilios de la gente, sus pertenencias. El agua va ganando terreno y se vuelve implacable. Ahora comienza a arrastrar a los pobladores más débiles. Engulle a los niños. Voltea a las mujeres. Ahoga a los ancianos. Los hombres tratan de salvar a sus familias. Mbaeveraguasu está quedando bajo el agua. Buscan una salida las impetuosas corrientes recorriendo todas las habitaciones que hasta hace pocas horas eran lugares de felicidad y alegría. ¿Quién nos maldijo? piensan algunos sin saber que todo lo que acontece es por la súplica de uno de los suyos, uno de los fundadores. No entienden el exterminio dispuesto por su dios. No entienden la violencia de las aguas. Pero Tupã sabe que no se podía hacer de otra manera. Y ahora también lo sabemos nosotros. No pasan dos días cuando ya la ciudad resplandeciente está completamente bajo las aguas y gran parte de sus habitantes también. Muy pocos se salvaron de la furia de aquellas aguas.

Tupã vuela nuevamente hacia el futuro, se anticipa a los hechos.

Las aguas están a punto de superar la resistencia impasible de los cerros.

Ahora un frayle recién llegado a la región para la evangelización se acerca a las todavía rugientes aguas. El Tupã Ykua no se ha detenido ni tan sólo un minuto. No ha dado respiro. Yacen el fondo ya cenagoso del pequeño mar los miles de hombres, mujeres y niños de la perdida Mbaeveraguasu.

El frayle se aproxima a las aguas. Las olas golpean las laderas de los cerros. Entonces el fraile bendice aquella gran masa líquida y las aguas se calman. El frayle bautiza el sitio con el nombre de Ypakarai y las aguas duermen un sueño plácido y tranquilo.

Tupã regresa hacia otros tiempos donde se lo necesita de inmediato.

El lago de Ypakarai comienza a ser una leyenda.

La leyenda de Suinana

Muchas bajas había sufrido el valiente pueblo Pyturusu en los últimos enfrentamientos con sus enemigos. El peligro de que la impotencia cundiera en los integrantes de la tribu era inminente. Los jefes y sacerdotes se reunieron entonces en uno de los sitios sagrados a deliberar sobre los pasos a seguir. El pueblo aguardaba expectante las resoluciones de sus líderes.

Alguien debía penetrar el territorio enemigo de incógnita y traer noticias ciertas acerca de los movimientos que preparaban para poder sorprenderlos y darles un golpe definitivo. ¿Quién era el indicado para esa misión? ¿Sería mejor enviar a un grupo de guerreros o tan sólo a uno de sus hombres? ¿En cuánto tiempo necesitaban tener conocimiento de esos movimientos? Estas preguntas se hacían los integrantes del consejo de la tribu, que eran como de costumbre los más ancianos. Ellos volcaban toda su experiencia en ayuda de la fuerza de los jóvenes guerreros.

“Chopo debe ser nuestro enviado” dijo el cacique de la tribu. Los demás asintieron en silencio. Chopo era el hombre indicado. Las mujeres de la tribu lo detestaban, pero eso no era ningún problema. El sentimiento venía impulsado por el rechazo del guerrero que no encontraba en ellas ningún atractivo. Su fama de asceta era por todos conocida. Parecía hecho para la guerra. Nada lo ataba. No sentía afecto por nadie más que por el ente abstracto de su nación. Era valiente, fuerte y bien intencionado. Chopo debería infiltrarse en el campo enemigo.

Esa fue la determinación.

Después tenderían sus trampas para atrapar y vencer al enemigo.

Fue llamado Chopo y comunicado de la tarea que los venerables le encargaban. Fue instruido claramente de los objetivos de su misión, sobre cómo llevarla adelante sin peligro para su vida y cómo recoger la información precisa que el pueblo Pyturusu necesitaba.

Chopo orgulloso ante la designación se preparó para su peligrosa misión y sin pérdida de tiempo emprendió el camino. Atravesó arroyos y ríos. Sorteó cerros y planicies hasta llegar a las tierras de sus odiados enemigos. Chopo se apostó en las altas ramas de un árbol durante el día y al llegar la noche bajó a inspeccionar el lugar.

Algunas chozas esparcidas en un claro del monte componían el poblado. Muy cerca de allí habían perdido la olvidable batalla que los llevara a tomar tan drásticas determinaciones. Por ello Chopo se encontraba allí. Cuando la noche absorbió por completo los colores Chopo bajó de su sitio de espía y se aproximó a una de las viviendas en total silencio. A través de una hendidura abierta en el adobe de la choza pudo ver una sola hamaca y en ella a una mujer. Curioso, Chopo penetró en la choza y, primero con mucho sigilo y luego más descaradamente, se puso a observar a la mujer que dormía plácidamente. Era una mujer joven y dormía totalmente desnuda. Los efluvios de la feminidad que antes no habían llamado la atención de Chopo parecían atraerle irremediabilmente. Absorto el espía contempló a la mujer toda la noche. Su blanco cuerpo atraía al guerrero.

Antes del amanecer Chopo volvió a su árbol. Trepó nuevamente a las ramas más altas y se quedó allí viendo aquella choza en la que se había solazado en la contemplación de aquella criatura hermosa. Chopo no atendía, muy a pesar suyo, los movimientos que había venido a vigilar.

Al llegar nuevamente la noche, Chopo esperó que los hombres se retiraran a descansar y cuando lo creyó prudente volvió a bajar. Llegó hasta la choza de adobe y se introdujo en ella para volver a deleitarse en el placer de la mirada. Lo que Chopo sentía era algo nuevo. Nunca antes había experimentado ese estremecimiento en la contemplación de una mujer.

Así, en forma invariable, el accionar de Chopo se repitió día tras día. Cuando llegó el momento del regreso, Chopo inició su viaje con pena. Pensaba en la mujer y pensaba también cuáles serían los informes que llevaría a su gente. Un sentimiento de culpa le invadió y fue por ello y por su ensimismamiento que varias veces extravió el camino.

Cuando llegó a su aldea, lo aguardaban con inquietud, pero Chopo sólo pudo dar informes imprecisos y vagos que en poco ayudaron a su tribu. El viejo mago de la tribu lo llamó aparte y le sugirió que él sabía lo que estaba pasando en su interior. Chopo entonces confesó la verdad de su aventura y por ello fue reprendido severamente. Pero el viejo mago que era un profundo conocedor del alma humana comprendió la situación en la que el guerrero se encontraba.

“Si esa mujer ocupa tu mente tan intensamente, debes ir a buscarla y retirarte a otras tierras para vivir con ella. De lo contrario nunca tendrás paz en tu espíritu”, le dijo el mago. Chopo se alegró de aquellas palabras. Necesitaba ese aliento y la comprensión del viejo se lo había dado.

“No creas que te será fácil. Raptar a la mujer de tu enemigo es tan arriesgado como enfrentarlo en inferioridad de condiciones”, dijo el mago. “Ese no es obstáculo para Chopo”, respondió el guerrero confiado. “Te daré algo para que tu misión no fracase –continuó el viejo– llevarás esta bolsa siempre contigo. Si llegas a encontrarte en peligro puedes usar los talismanes que en ella encierro. Si te persiguen y quieres despistar a tus seguidores deberás usar este huevo de urraca rompiéndolo contra el suelo. Si vuelves a encontrarte en peligro podrás usar el segundo talismán que es el que se parece a la punta de un asta de ciervo. Pero debes guardarte de usar el último. Este que está envuelto en este trozo de caña tiene indicaciones severas, sólo en caso de peligro mortal podrás usarlo. Y para ello deberás plantar esta caña en el suelo. Entonces te hallaré y romperé el hechizo. Deberás llegar a las tierras del Ka’aguasu, sólo allí encontrarás paz. Pero recuerda los peligros del camino”.

Chopo puso la bolsa colgando de su cuello y partió en busca de aquella mujer que le había quitado el sueño. Atravesó los mismos arroyos y ríos. Cruzó los mismos cerros y planicies hasta llegar a aquel árbol que le sirvió tantos días de seguro refugio.

En este punto no está demás decir que Chopo era un hombre apuesto y hubo una época en que fue muy codiciado en su propia tribu por las jóvenes más hermosas. Su apostura siempre le había dado una soltura y seguridad envidiables. Ahora Chopo está subido al árbol y espera que la noche venga en su auxilio. Aún no ha visto a la mujer que le desvela, pero él sabe que está allí. Percibe sus aromas con su fino olfato de cazador. Cuando la diosa de negro tendió sus mantas y oscureció el cielo, Chopo bajó cuidadosamente del árbol. Con paso firme se dirigió a la choza. Espió primero por la rendija y entró luego en la pequeña habitación. Allí estaba la mujer radiante y hermosa. Blanca y reluciente. Desnuda. Chopo contuvo el aliento y cubriéndole la boca suavemente para evitar cualquier grito inoportuno la despertó. Lo primero que vio Chopo en la mirada de aquella mujer fue el miedo ante la posibilidad de ser agredida, mas con palabras tranquilizadoras Chopo le explicó su plan y ella consintió en irse de aquella aldea. Chopo la tomó en brazos y huyó con ella.

En su camino tuvo necesariamente que encontrar peligros que le obligaron a usar sus talismanes. El primero, cuando una horda de salvajes se le echaba encima. Entonces Chopo rompió el huevo de urraca contra el piso y de inmediato sus perseguidores se vieron envueltos en una especie de ceniza azulada y muy oscura que les impidió la visión y los desorientó. El segundo cuando unos bandidos salteadores pretendían arrebatarle a su mujer. Entonces Chopo prendió fuego al talismán que parecía la punta de un asta de ciervo y de inmediato una densa niebla de humo rodeó a sus enemigos. Fue en ese momento cuando el tercer talismán, sin que Chopo se diera cuenta cayó al fuego y comenzó a quemarse. Chopo y la mujer se abrazaron aprovechando la humareda neblinosa y entonces Chopo obtuvo de aquella criatura que él consideraba de una belleza celestial su primer beso. Un beso apasionado que le producía oleajes intensos en la sangre. Chopo gozaba de aquel momento único en su vida mientras su tercer talismán ardía en el fuego.

Chopo no tuvo tiempo de darse cuenta de la extraña transformación que en aquellos dos cuerpos unidos se estaba produciendo. Una fuerza suprema proveniente de las profundidades de la tierra succionaba su cuerpo asentándolo en la tierra. Él mismo se estaba convirtiendo en un grueso y macizo tronco y la mujer en un ramaje ralo y escaso.

Así, unidos para toda la eternidad quedaron Chopo y su amada mujer blanca. El mago de su tribu sintió en las lejanas tierras de los Pyturusu lo que estaba ocurriendo pero nunca pudo ayudarlos pues Chopo no había enterrado el trocito de caña y en cambio se había consumido en aquel fuego del primer y único beso de su vida. Transformados en el árbol que hoy se conoce con el nombre de Chopo o Suinana cuya corteza participa en una mezcla que produce estados de espíritu irreales al igual que el hatchís.

La leyenda de Sa Guasu

La selva extendíase lujuriosa en aquel valle.

De tanto en tanto algún viajero desprevenido aventurábase entre los matorrales, las arboledas y la enmarañada trama. Los que lo veían adentrarse en aquellos peligrosos parajes sabían que ese viajero ya no avanzaría. Ya no continuaría su recorrido. Sabían que Sa Guasu no perdonaba y que inevitablemente quien entrara en aquellos dominios perecería.

Nadie lo había visto jamás pero todos conocían su aspecto.

Sa Guasu era un terrible personaje. Enorme en su totalidad Sa Guasu tenía las piernas muy cortas y los brazos larguísimos y terminados en garras afiladísimas. Su rostro con un solo ojo en medio de la frente producía espanto de tan sólo imaginarlo. Poseía una boca enorme con dos filas de afilados dientes desparejos. Su aspecto hirsuto y mugroso lo hacía aún más terrible. Olía a carroña y se alimentaba exclusivamente de carne humana. Cientos de desprevenidos habían sucumbido en sus garras y habían sido destrozados por sus mandíbulas. La historia lo hizo inmortal y así se mantenía. Muchas veces los hombres de los poblados cercanos intentaron destruirlo. Ninguno de ellos regresó jamás.

Nadie conocía la fórmula para acabar con aquel flagelo viviente que no perdonaba a hombres y mujeres. Nadie imaginaba el fin del terrible monstruo. Era un sueño imposible. Pero un día un aventurero cruzó la selva de ida y vuelta sin que nada le pasara. “Habladurías” dijo el viajero. En esa selva no habita ningún monstruo. La gente del pueblo entonces supo que el monstruo había perecido. Al fin podrían vivir en paz. Ya no tendrían que esquivar aquellas sendas maléficas. Ya no había motivos para temer. El miedo se alejó de los aldeanos de la zona.

Yo sé lo que ocurrió con Sa Guasu y es por eso que quiero contarlo.

Una tarde, el monstruo estaba trepado a un árbol muy alto y, cual vigía de un barco contemplaba los senderos aledaños a su reino de terror. Cada vez le costaba más conseguir su alimento, pero al final siempre aparecía algún distraído que se animaba a andar esos caminos y Sa Guasu podía repetir sus banquetes. En el tiempo del que hablo Sa Guasu estaba con hambre.

Desde lo alto, cierta tarde de verano en que el sol levantaba luces como de polvo y desfiguraba las imágenes de todo lo existente, Sa Guasu divisó a una mujer vestida de blanco que se aproximaba al lugar. De inmediato se le hizo agua la boca al antropófago. Descendió del árbol con la rapidez del rayo aferrándose a una y otra rama con sus enormes garras y sus largos brazos parecían hamacas. El terrible monstruo acechó a su presa y cuando estuvo lo suficientemente cerca se lanzó con fuerza para atraparla. Sa Guasu rodó por la tierra. La mujer se había zafado con un movimiento simple y sus blancos vestidos ondulantes en el aire enrarecido flotaron un instante y se desvanecieron. Nada pudo hacer el fenómeno. La mujer siguió su camino cada vez más aprisa. Etérea. Sa Guasu pensó en un espejismo pero lo descartó de inmediato. Esa selva no era un desierto y allí no había ningún espejismo sino la posibilidad cierta de un banquete.

Sa Guasu fue tras su víctima pero esta corría cada vez más a prisa. Tropezaba el monstruo trepando los cuevas tras la grácil mujer que en ningún momento se detenía ni miraba hacia atrás. Parecía seguir un designio sagrado. La vista al frente. Escondido el rostro bajo un manto blanco.

Sa Guasu la siguió con ahínco. Anduvieron así leguas y leguas hasta llegar a una zona de aridez total. La selva había quedado atrás y ahora Sa Guasu supo que se encontraban en una zona inhóspita. Sospechó nuevamente de la existencia real de su víctima pero ya había andado demasiado como para volver sin su presa. El monstruo se impulsó nuevamente con fuerza. Acometió a la mujer pero cuando parecía tenerla al alcance de sus garras se le volvía a escapar.

Desesperado Sa Guasu reconoció el sitio sobre el que andaban. Cerca de allí estaba el famoso Itakua, la grieta abismal de la que nadie volvía. Pero eso era nada para tan temido personaje. Sa Guasu siguió adelante. La mujer también. Una y otra vez se le escapaba. La mujer se acercó finalmente a la grieta y movida por una fatalidad terrible se lanzó al Itakua. El monstruo no se iba a amilanar ante aquello. Lo suyo era sobrenatural y aquello que era mortal para los humanos no lo era en absoluto para él. Sa Guasu se lanzó tras su futura víctima.

El silencio reinó.

Después de la caída de ambos, sólo el viento.

El viento y algún guijarro que caía empujado por éste a las profundidades.

Aquella extraña mujer, se los digo porque lo sé a ciencia cierta, era el fantasma de una de sus víctimas que volvió para vengarse. Ahora aquel valle donde vivió el monstruo atemorizando a las gentes se llama Mbae Sa Guasu, pero ya no hay ningún monstruo antropófago en él. Plantaciones y Chacras cubren lo que ayer fue la morada del terrible homúnculo de un solo ojo.

La leyenda de Manaka

Marcha por la selva la tropa de indómitos. Mbarakaju lidera a los suyos. Guerrero sin par. No hay quien le iguale en resistencia física, en el tiro de las flechas y el manejo del mbaraka. La madre naturaleza ha sido generosa con Mbarakaju.

Las tropas de Mbarakaju pasan por los poblados y en cada lugar pintan el signo de la dominación. No hay quien se le resista. Mbarakaju, como buen tirador es también un eximio cazador. Prueba de ello es su collar donde ya no caben más colmillos de jaguareté. Ha cazado cientos de estos animales en su corta vida.

Mbarakaju en su plenitud.

Ahora persigue a una fiera que ha herido.

Se aparta de los suyos. Avanza por la selva siguiendo el rastro de sangre.

La noche lo sorprende y Mbarakaju opta por descansar. Busca un buen lugar y allí pasa la noche. Mbarakaju tiene el sueño liviano. La menor señal de peligro y el guerrero está alerta.

Al amanecer continúa su marcha, encuentra al tigre que ruge de dolor y acaba con él. Sigue sumando cuentas en su collar. Pareciera que la cosecha de colmillos jamás acabará.

Una lluvia atropellada y densa cae sobre la selva ahora y lava todo rastro de sangre. ¿Cómo regresar junto a los suyos? La capacidad de orientación del joven indio y su intuición no bastan para vencer a la enmarañada vegetación que frente a él se levanta como una muralla.

Mbarakaju comienza a andar.

Vuelve sobre sus pasos. Le parece estar dando vueltas en círculo.

No. No puede ser. Al fin Mbarakaju, exhausto se tiende sobre la hierba en busca del sueño y el descanso reparador. Duerme el guerrero. Duerme y sueña con una joven hermosa. La niña le habla, ahora lo está llamando: “acércate” le dice en su luminoso sueño.

Mbarakaju despierta cuando el sol está declinando. Un rocío claro y fresco cae sobre su cuerpo. Al incorporarse descubre que el rocío tan claro y perfumado cae de un ysapy, el árbol de la dicha. Buen augurio, piensa el guerrero y avanza nuevamente a través de la selva como guiado por un espíritu más poderoso que su voluntad. Mbarakaju escucha lejanos sonos de tambor. Apura el paso. Ahora ya puede oír voces. Es evidente que se aproxima a una aldea.

El indio, escondido en la frondosidad de la selva observa la aldea. Todo es movimiento allí. Se preparan para una celebración. Reposan los manjares y las bebidas en gran cantidad. Con avidez mira Mbarakaju todo lo que ante sus ojos se extiende como una aparición. Van y vienen las mujeres apuradas con los preparativos. Se encienden las fogatas. La tarde va dejando paso a la oscuridad. Los hombres preparan sus instrumentos. Comienzan a beber.

Mbarakaju decide integrarse a la fiesta. Avanza hacia la aldea. A su paso las gentes de la tribu detienen sus acciones. Mbarakaju llega junto a los músicos. Extiende la piel del tigre que acaba de matar. Arranca de las manos del músico el mbaraka y sentándose sobre la piel comienza a ejecutar el instrumento y a narrar la historia del príncipe Chimboi. Su canto, más allá de la forma en que llega hasta el lugar, ocurrente y misterioso, concita la atención de hombres y mujeres.

La canción relata que el príncipe Chimboi, jefe de los karios, altanero y solitario vivía en un blanco palacio, suspirando permanentemente por una mujer bella y virgen. La habilidad de Mbarakaju para el relato cantado le lleva a mezclar el encantador argumento del príncipe con la tribu en la que se halla cantando. Mezcla la realidad y la fantasía y lo hace premeditadamente. Cuenta en su canción que el príncipe Chimboi cree que va a encontrar a aquella mujer de sus sueños, símbolo de la perfección humana, entre las doncellas de aquella

tribu. Las jóvenes de la tribu se miran unas a otras comparándose. ¿Quién de ellas será la elegida de Chimboi? Pero el príncipe es sólo invento de Mbarakaju, ha nacido de su ingenio y allí vive.

Después de terminada su canción Mbarakaju es aceptado en la fiesta. Se celebra la cosecha de la mandioca y las fiestas de la nubilidad. Las familias de las núbiles han adornado a sus vírgenes y cada una de las que pasan en desfile parece más bella que la otra.

Túrbase Mbarakaju cuando ve avanzar en aquel desfile iniciático a la mujer que ha visto en sueños. Se le ilumina el rostro ya encendido por el calor de las fogatas. Los sueños le han anticipado el encuentro. Mbarakaju siente deseos de actuar. Toma nuevamente entre sus manos el mbaraka y dedica una canción a la joven. El desfile se detiene pero parece suspendido sobre las notas y las palabras de la canción. Es un momento tocado por la divinidad. Al finalizar su canto Mbarakaju, tramosamente dijo: “Esta será la esposa de Chimboi”.

Koeti se llamaba la dulce niña. La abuela de la niña, Chiro, recordó entonces las señales del cielo que el día del nacimiento de Koeti habían señalado un camino sembrado de estrellas. Una vida grandiosa y eterna. La anciana creyó ver en las palabras de Mbarakaju parte de aquel designio divino. “Guíanos hasta el palacio de Chimboi”, dijo la vieja al extranjero. Los hermanos de Koeti se opusieron pero a una palabra de la anciana moderaron su enojo y reprimieron sus decisiones. Mbarakaju, Chiro y Koeti partieron al día siguiente hacia el inexistente palacio blanco donde vivía Chimboi. Avanzaron los tres. Mbarakaju con paso firme, la anciana ágil como una joven y la niña extrañamente torpe. Como si no quisiera avanzar. Con recelo y miedo.

Se detuvieron después de mucho andar. Mbarakaju cazó un venado y lo puso al fuego. Koeti dormía en su hamaca. Cuando estuvo lista la carne comieron en silencio los tres. La anciana preguntó: “¿Cuándo llegaremos al palacio de Chimboi?”. “Cuando yo quiera” respondió secamente Mbarakaju. Inmediatamente la vieja recriminó al guerrero su promesa, tras lo cual Mbarakaju dijo: “¡Yo soy Chimboi, Mbarakaju es sólo mi nombre de guerra”.

La anciana no creía lo que estaba escuchando. Había sido engañada. Tal vez se había apresurado al decidir hacer este viaje con un desconocido.

“Déjame a la niña y vete. No te necesito”, dijo el guerrero a Chiro.

Chiro recupera la calma y unta la frente, las mejillas y el pecho de su nieta con un unguento verde que extrae de un pequeño recipiente. Mbarakaju observa la despedida de la mujer y se alegra de que no oponga resistencia. La anciana se aleja y cuando Mbarakaju vuelve la vista hacia Koeti comprende el sentido de aquellos unguentos. La vieja se va pero deja sus hechizos. Mbarakaju quiere gritarle algo pero la voz no le responde. Algo le marea, le impide la mirada. Koeti se vuelve neblinosa ante sus ojos, desaparece. Se transforma. El guerrero siente que su cuerpo pesa como un elefante. No puede moverse de su sitio. Impotente observa la transformación de la niña. Ahora logra acercarse a la joven. Intenta abrazarla pero se sorprende él mismo de estar abrazado al tronco de un árbol. Sorprendido mira al árbol buscando alguna señal que le indique el lugar de Koeti. Nada alrededor. Koeti ha desaparecido. Chiro también. Solo en aquel desolado lugar Mbarakaju se sienta bajo el árbol, la espalda apoyada en el tronco. Un suave cansancio invade al guerrero. Sus piernas ya no le pesan pero un extraño sopor le invade hasta vencerle.

Mbarakaju despierta.

Es la hora del alba y el sol aparece suavemente.

Mbarakaju se pone de pie y golpea las ramas más bajas con su cabeza. Una lluvia de pétalos cae a sus pies. El árbol estaba cubierto de flores. El guerrero busca por todos lados algún indicio que le guíe hacia Koeti. Infuctuosa es su búsqueda. Vencido, huye de aquel lugar encantado.

Chiro ve que el extranjero se aleja del lugar y vuelve para deshechizar a su joven nieta. La anciana contempla el bello árbol florido y siente un vértigo extraño. La belleza marea sus pupilas cansadas. De pronto, de los árboles vecinos surge un ave pequeña y multicolor. Como una flecha llega hasta las flores y allí, sostenido en

vilo por el rápido movimiento de sus alas, introduce su pico en una y otra flor bebiendo el sabroso néctar. Las flores se tiñen de rosas y leves morados al contacto del largo pico que las ultraja. Se diría que se ruborizan y tiñen su blancura de subidos colores. Chiro no se atreve a dar caza a aquel pequeño pájaro que va de flor en flor. Su nieta seguía siendo bellísima, pero ya no era marane. Así lo entendió la mujer y consideró inútil deshechizarla. Así quedó entre nuestros árboles el manaka que con sus bellas flores se sonroja de haber perdido la virginidad con aquel misterioso pájaro del cual se dice que era un príncipe encantado.

La leyenda de Mua Mua

Las lavanderas en el arroyo Mbokaja.

Trabajan y ríen. Son felices más allá de las desdichas de amor que todas han experimentado alguna vez. Bonichua las observa. Les ofrece filtros para el amor. Las lavanderas cuentan sus historias. Cambian hierbas que atraerán al amado por algunos vestidos. Ofrecen sus productos y se llevan encerradas muy cerca de la piel aquellas hierbas que les traerán la felicidad.

Ahora un hombre baja hacia el arroyo arrastrando un ciervo muerto. Le ha dado caza y viene a lavarse la sangre que le mancha el cuerpo. Asukape es su nombre y lleva un talismán poderoso colgado a su cuello. Una itakaru encierra el talismán, la misteriosa piedra que Asukape ha extraído de las mágicas minas de Juty. La piedra que crece alimentándose como los seres vivos.

Bonichua siente que su cuerpo se estremece ante la presencia de aquel joven hermoso.

Bonichua es una mujer vieja, fea, desdentada y lleva como una condena un enorme bocio en la garganta. Todas las mujeres de su familia han tenido ese aspecto terrible que les da el bocio levantado. Todas las mujeres de su familia han sido hechiceras. Todas han acercado a los amantes con sus hierbas y han destruido a aquellos hombres que quisieron escaparse de su influjo.

Bonichua vive en una cueva cerca del arroyo.

Hasta allí lleva las hierbas que recoge por las noches y en ella hierva sus caldos mágicos en las noches de tormenta propicias para los efectos destructores. Los hombres que se acercan hasta la cueva para pedirle hierbas y filtros que les ayuden a conquistar a sus amadas se quedan en el lugar por uno o varios días y vuelven hoscos y retraídos. Vuelven sin haberse resistido a los encantamientos artificiales de la bruja. Aquellos que osan despreciarla o se burlan de sus poderes amanecen muertos en cualquier parte o quedan idiotas para siempre.

Bonichua, cuando conversa con las lavanderas, se jacta de sus poderes y ríe con ellas.

Las lavanderas saben que es mejor tenerla de su lado.

Pero ahora Bonichua ha puesto sus ojos en aquel joven que se aleja con el ciervo al hombro.

A partir de entonces la vieja intenta atraer al muchacho con toda clase de artimañas mágicas pero extrañamente el joven resiste lo que otros no podrían ni tan sólo por un instante. Varias son las veces que Bonichua encara con soberbia, confiando en sus filtros, al joven. Pero éste continúa su camino como si nada. El secreto del joven es su itakuru y todos los cuidados que pone desde que se percató de la persecución de la bruja.

Asukape tiene una mujer joven y hermosa. Avatiky se llama la joven. Asukape le ha dicho que no se aventure sola por los caminos del poblado. Que no se aleje, pero su naturaleza andariega la lleva a recorrer los sitios del pueblo y a llegar hasta el arroyo. Allí, sentada sobre una piedra, los pies en el agua, entona una canción de amor donde nombra a su amado. La bruja sale de su cueva y observa a la criatura. Sale decidida. Intenta engañarla y atraerla a su cueva pero la jovencita pone reparos así que Bonichua la rapta, arrastrándola con su terrible fuerza hasta lo más oscuro de la cueva.

Avatiky insulta a la vieja, le ofrece sus joyas... pero la bruja quiere el amor de Asukape y no otra cosa. Avatiky le dice que jamás podrá tenerlo ni aunque quedara como la única mujer sobre la tierra. Bonichua enceguecida toma un hacha y le corta un brazo. El grito de la joven retumba con gran fuerza dentro de aquel tenebroso lugar y queda allí rondando, ahogado, sin poder salir al exterior. Es un refugio seguro aquella cueva para la bruja. La vieja completa su obra. Acalla los gritos de Avatiky hachazo tras hachazo. La tritura y al final, cansada envuelve los pedazos en un lienzo y sale al exterior. La noche sin luna brilla como un negro monstruo. Bonichua arroja con fuerza de monstruo la bolsa con los restos de Avatiky hacia la cumbre del cerro.

No había terminado de caer aquella bolsa cuando saltaron mágicamente, del lugar cientos de pequeñas luces intermitentes que parecen flotar en el aire y moverse con vida propia. Bonichua mira con extrañeza el fenómeno. Se asusta. ¿Qué es esto? ¿De dónde salen esas luces como fuegos fatuos pequeñísimos que se mueven por sí mismos? ¿Quién ha ordenado este hechizo? Bonichua temerosa se apresta a destruir las señas del crimen pero en ese momento aparece la luna sobre los cerros. Una media luna blanca y radiante. Ya no podrá destruir aquellas señas. Esas luces que se entrometen una vez más entre ella y el amor de Asukape.

Noche tras noche Bonichua persigue a las pequeñas luciérnagas sin poder alcanzarlas ni destruirlas. Cada día hay más y más luces en las faldas del cerro. Los pequeños insectos, símbolo de la luz del amor que no puede ser exterminada jamás, dan fe del horrible crimen de Bonichua.

La leyenda del avati

Acosados por el hambre caminan por la llanura desierta dos grandes columnas de indios. Buscan mejores tierras donde asentarse. Buscan la salvación.

Muchas penurias han tenido que enfrentar en este tiempo. La sequía se ha comido todo.

Primero se tomó toda el agua de los ríos y arroyos.

Después se comió las frutas de los árboles.

Más tarde se comió toda la hierba verde.

Los animales comenzaron a morir por decenas.

Al fin, Tupi y Avati decidieron marcharse de aquellas zonas en las que vivían. Lo hicieron juntos, para marchar con más fuerza. Unieron las tribus y comenzaron la búsqueda de mejores horizontes. Pero la búsqueda ha resultado, hasta el momento, infructuosa. Nada más que pastos quemados, árboles secos y animales muertos han hallado en el camino...

Apenas un hilo de agua cada tanto o un charco sucio donde algunos calman la sed. Los indios que mueren van quedando en el camino. Ya no se preocupan ni de sus muertos.

Una noche que puede ser esta que estamos viendo ahora, Avati subió a un cerro cercano al campamento que habían levantado y pidió a Tupã que les ayudara en su camino.

“Oh sagrado padre, tú que siempre has guiado nuestros pasos, llévanos hasta las buenas tierras, danos la oportunidad de juntar nuestras fuerzas y ganarnos el sustento”, clamaba Avati en la cumbre cuando de pronto apareció ante él un guerrero lujosamente ataviado, alto y fuerte. Su voz era respetuosa pero amenazante:

“Soy mensajero de Tupã”, dijo el guerrero, “y vengo a decirte que para obtener el alimento que tanto necesitan deberán luchar en mi contra y vencerme. Ese es el deseo de Tupã”. Avatí, aún con las fuerzas reducidas por el peregrinar, bajó hasta el campamento y transmitió lo sucedido a Tupi.

A pesar de no entender el sentido de semejante propuesta, los jefes deciden luchar contra el guerrero enviado de Tupã.

“Del otro lado del cerro”, indicó el enviado cuando estuvieron listos.

La lucha fue sin cuartel.

Toda la noche rodaron por la seca tierra una y otra vez los caciques y el enviado. Una y otra vez se cayeron y se levantaron hasta que el enviado acertó con su ita mara en la cabeza de Avati y éste cayó muerto, aprovechó entonces la ocasión Tupi y terminó con el enviado clavándole una lanza en el corazón. Entonces Tupi pudo observar el milagro. El enviado como si nunca hubiera existido, desapareció y del sitio en el que cayera Avati, se levantó una planta verde y espigada que maduró rápidamente dando unos frutos como mazorka.

Allí, antes sus ojos, creció de una vez el maíz que sirvió de alimento a todo su pueblo. La peregrinación cesó pues a la mañana siguiente la lluvia se descargó sobre aquel sitio y las plantas de avati se reprodujeron rápidamente calmando el hambre de aquellos indios.

La leyenda del Kaure'i

La mañana aún no termina de despertar. Alarga sus brazos apenas luminosos sobre la niebla que se levanta del lecho del río y se pasea por los campos y los cerros. Se despereza lentamente.

Una mujer joven, bellamente ataviada, corre por el monte hacia una choza ubicada en la falda de un cerro poblado de árboles.

En la puerta de la choza un viejecito. Un humo oloroso puebla el interior de la humilde habitación.

El pequeño viejecito, antiguo mago de aquellas comarcas, conocedor de las propiedades de las plantas y capaz de crear filtros que curan todos los males del cuerpo y del alma, bebe ahora una infusión caliente en la fresca mañana. Con calma, en la puerta de su casa, ve venir a la mujer y la recibe. De inmediato sabe que se trata de una mbya y de alto rango. Lo descubre por sus adornos y su vestimenta.

La mujer llega desesperada y le solicita ayuda. Una tribu de salvajes la ha raptado y ella ha podido escapar, pero ahora la persiguen. Desea que el viejo comunique a su esposo, el cacique mbya, el lugar donde ella se encuentra.

La mujer y el mago entran en la choza. Utilizando su magia, el viejo se comunica con el esposo de la mujer y le revela el lugar donde ahora está. Prepara uno de sus mágicos caldos en una vasija adornada de colores que coloca sobre el fogón que arde incesante. Por tres veces hunde su cayado en la vasija y luego unta la frente de la mbya con una sustancia verde, repitiendo palabras mágicas que la mujer no llega a entender porque están pronunciadas en una lengua extraña y antiquísima.

Se escucha el berrinche que, por el camino a la choza, vienen armando los perseguidores de la mujer. Se escucha el grito de guerra que clama por la mujer. Son gritos animalescos. Poco tienen de humano aquellas voces. Poco tienen de humano aquellos salvajes.

La mujer ha desaparecido del interior de la choza. Un pequeño pájaro sale por un ventanuco y se queda mirando la barbarie desde la rama de un árbol. El mago se ha tendido en el suelo como si estuviera muerto. Los salvajes entran en la choza y le destrozan la cabeza con un hacha. Buscan a la mujer. Destruyen todo a su paso. Incendian la choza. Se concentran en su violenta orgía de destrucción. El pequeño pájaro mira la escena horrorizado.

Llegan las tropas del cacique mbya. El esposo de la bella mujer viene en su busca y encuentra la cruel fiesta de los salvajes. Hacen prisioneros a los malvados. Buscan y rebuscan por los alrededores. No hay rastros de la mujer. Sólo el cadáver del viejo mago, con la cabeza aplastada y ahora carbonizado. El mbya manda a azotar a los salvajes, pero ellos no saben más que él. La mujer ha desaparecido. De pronto, el cacique mbya se encuentra con el pequeño pájaro, lo mira y el ave vuela hasta posarse en su mano. El cacique lo contempla

estupefacto. Nunca había visto un pájaro así. Las plumas de colores que lleva sobre la cabeza son idénticas al adorno de su mujer. El mbya lo entiende todo. Llama a sus hombres y emprende la vuelta a su aldea.

El cacique mbya sabe que el encantamiento no podrá desatarse porque quien lo ha hecho ha muerto y no hay nada en la tierra que pueda desatar un encantamiento mágico sino el propio mago.

Vuelve triste el cacique a su aldea.

Al llegar entrega el pájaro a una sierva de la tribu. Una vieja bisca y desdentada. Le pide que lo cuide como su mayor tesoro. El cacique se retira a su lugar de descanso, pero lo único que allí logra es inquietarse aún más. Se levanta y sale a vagar por el bosque.

Día tras día las únicas palabras que dirige, las dirige al avecilla que canta para él bellas melodías como antaño lo hacía su esposa. El cacique se vuelve hosco. Lejano. Ya no quiere relacionarse con nadie. Evita a las mujeres jóvenes de la tribu. Y sólo habla con la sierva a quien da las órdenes para que cuide al pájaro.

Tiempo más tarde, en uno de sus inquietos paseos por el bosque siente la sangre bullir. El deseo lo ha alcanzado. Sabía que tarde o temprano esto pasaría, pero no suponía que fuera de la manera en que se presenta. El cacique arde de deseos por la sierva desdentada y bizca y sin poder evitarlo corre hacia la choza donde ella vive.

Desde entonces las tardes y las noches más ardientes las vive con aquella mujer desdeñada por todos los hombres de la tribu. Las jóvenes de la aldea, indignadas, no comprenden el comportamiento de su cacique y concluyen que la vieja le ha hecho un paje.

Mientras tanto el ave se vuelve cada vez más triste. Ya casi no canta y sale a volar de rama en rama en vuelos cortos sólo durante las noches. Se le ve acongojada.

Las jóvenes indias convencidas de que la vieja ha atraído al cacique con un paje, se dirigen a visitar a una mujer sabia que vive detrás de los cerros. Una vez allí la vieja les revela el secreto. “Quien posea al pájaro o siquiera una pluma de él, poseerá al cacique”. Felices con el descubrimiento y decididas todas a apoderarse del mágico ave, las mujeres vuelven a la aldea. Esa noche, sin tardanza, capturan al pájaro y cada una de ellas se lleva una pluma para sí.

La pasión despierta en el cacique que generosamente se entrega a las indias de su aldea.

Una noche en que el cacique está literalmente tirado en su hamaca, cansado ya de su triste situación y sin poder gobernarse a sí mismo, escucha el canto del ave. El mismo canto de antes pero renovado. Ahora suena con más fuerza. El cacique se levanta y como hipnotizado sigue el sonido que lo conduce por el monte. Camina como un sonámbulo. Ahí va el hombre detrás de las melodías que su esposa le regalara con tanto cariño en los buenos tiempos. Ahí va detrás de la felicidad. Tan concentrado y vivo se siente el mbya que no alcanza a ver el barranco que enfrenta. Al fin pierde pie y cae en el profundo cauce de un torrente seco.

De allí, rasgando el aire de la noche, surge un pájaro idéntico al que había traído de su búsqueda. El pájaro sube y sube hasta encontrarse con su igual que cantando melodiosamente le estaba esperando. Juntos, como siempre estuvieron, como siempre estarán, marchan en la noche. Juntos en la melodía del amor que nadie pudo separar.

La leyenda de Ka'i

Corría por la aldea como ningún otro chico. Parecía siempre disparado por alguna extraña máquina que no le dejara detenerse. Tenía hormigueros bajo los pies o simplemente se trataba de un chico travieso e inquieto. Fuera lo que fuere era siempre él con su cuerpito esmirriado quien lideraba las andanzas de los niños de la aldea por los alrededores.

Aventuras de importancia se contaban entre sus logros.

Muchas veces sus padres debieron reprenderlo por excederse en sus juegos.

Le decían mberu'i porque siempre andaba por ahí zumbando.

Lo cierto es que el chiquilín siempre tenía una contestación simpática a flor de lengua. Uno le decía tal o cual cosa y él le desarmaba a uno con una respuesta que convocaba a la risa.

Así pasaban los días, nadando en la costa del río. Trepano a los árboles. Subiendo a los cerros. Haciendo excursiones por el monte. Robando nidos. Juntando caracoles. Haciendo patitos sobre el agua con piedras planas.

Muchos le habían dicho que esa manera de ser le iba a acarrear desgracias en el futuro pero el pequeño no hacía caso de las palabras de los mayores. Volvía a responder con otro chiste y desaparecía yéndose a proseguir sus aventuras.

Una tardecita descubrieron un gran grupo de árboles de guavira pytã del otro lado del cerro y como era muy tarde calcularon todo para atacar las frutas al día siguiente bien temprano.

Tal como lo habían planeado, al día siguiente el chiquilín y sus amigos se fueron de excursión bien temprano. Llegaron al otro lado del cerro y ubicaron los árboles de guavira pytã. Sin pensarlo ni un momento y haciendo un gran estruendo subieron a los árboles y se pusieron a comer las sabrosas frutas. Acertó a pasar por allí un anciano que venía de otras tierras. Sus provisiones se habían acabado y necesitaba algo con que saciar el hambre. Así que, viendo la turba de chiquillos sobre los árboles se detuvo y en una pausa de las chanzas que se lanzaban unos a otros les dijo: "Niños, vengo de muy lejos y ya no me quedan provisiones, como ven soy viejo y no podría trepar a los árboles, ¿serían tan amables de acercarme alguna fruta para saciar el hambre?".

Una vez que el viejo hubo terminado su pedido las risas se reanudaron. Esta vez el centro de las burlas y chanzas era el anciano. Lo invitaban a subir a los árboles, a jugar con ellos, le faltaban el respeto... Pero alguien los observaba. Allí estaba, no frente a ellos, pues nunca se hubiese mostrado ante los niños, pero sí viéndolos. El ka'aguy póra no pudo soportar más aquello y un sólo rayo de sus ojos lanzó hacia los niños que quedaron convertidos en ka'i. Los chiquilines intentaban aún sin darse cuenta de que habían perdido el habla comunicarse entre ellos. Sólo unos chirridos horrendos salían de sus gargantas. Sus nuevos cuerpos les permitían dedicarse para siempre a la broma, pero no disfrutar jamás de la superioridad humana. Así, una vez más, el ka'aguy póra imponía justicia en el monte.

La leyenda del chahã

Lavan y se divierten las muchachas a orillas del arroyo. Sus risas, antes de perderse en la espesura del monte saltan sobre las piedras del arroyo, se dan un chapuzón que las enfría y se dejan ir de hoja en hoja hasta perderse en las ondas de la brisa.

Las chicas se tiran agua a la cara. Se corren para mojarse. Se persiguen con calabazas llenas de agua espumosa. Juegan y son felices a su manera cantando un estribillo de moda:

"Juegan y se divierten
a su manera.
Esa es la vida
de las lavanderas".

Pero esa tarde la vida de las jóvenes lavanderas cambiaría para siempre. Jasy había decidido bajar a la tierra para dar uno de sus acostumbrados paseos y venía acompañada por Mbyja. Las dos, cuando visitaban los sitios terrenos, se convertían en muchachitas campesinas que iban de viaje por el monte en busca de sus padres.

Jasy junto a Mbyja acertaron pasar por aquel arroyo donde lavaban y jugaban las lavanderas. Extenuadas y sedientas estaban las dos mozuelas y llegaron junto a las lavanderas. “¿Podrían darnos un poco de agua limpia para calmar nuestra sed”, dijo Jasy. Las lavanderas, entre risas le contestaron que allí no había nada para calmar la sed. Entonces Jasy y la pequeña siguieron su camino.

De pronto las lavanderas aparentemente arrepentidas, llamaron a las dos jovencitas mostrándoles dos calabazas en las que supuestamente había agua fresca. Pero al llegar junto a ellas encontraron que las calabazas estaban llenas de espuma y las chicas volvieron a irse, ahora la más pequeña: Mbyja lloraba de sed. Las lavanderas prorrumpieron en risas cada vez más estentóreas. Risas gordas que al pretender saltar de piedra en piedra caían con fuerza en el agua del arroyo desintegrándose, risas espumosas que no podían avanzar ni con la ayuda del viento.

Jasy entonces levantó la vista hacia los cielos como para pedir ayuda y ante sus ojos apareció el gua’ a divino que les dijo: “Allí hay un manantial de agua fresca, vayan y beban” y acercándose a las lavanderas les dijo: “Y para ustedes ahí va este castigo”.

Las lavanderas pretendieron huir asustadas del gua’ a, pero no tuvieron tiempo. Una de ellas alcanzó a decir “jaha” que por el susto le salió como si dijera “chahã” pero en el acto fueron convertidas en dos aves idénticas, de carne fofa como la espuma del jabón y, por lo desatentas que fueron cuando humanas, hoy viven obligadas a prestar vigilancia a los demás habitantes del monte. Es por eso que el chahã vive en pareja y en permanente vigilia, avisando de los peligros al resto de los animales.

Libro Segundo (Parte III)

Las Leyendas Indígenas y Mitológicas

La leyenda de la Mandi

Un temblor extraño recorre la espalda de Mandi.

Mandi es una vestal de la tribu de las marahyva. Una tribu de mujeres que rechazaban el contacto con los hombres y que se mantenían sin mancha en el Pindoráma.

Un temblor extraño y nuevo recorre la espalda de Mandi.

Piensa la joven virgen en un hombre. Pensamiento pecaminoso pero inevitable. Piensa la joven en el castigo a las vestales que infringen las leyes de la castidad. Ella, que cuidaba la pitón sagrada, sabía muy bien como trituraba a sus víctimas la enorme serpiente. Había visto alguna vez como engullía a aquellas que habían cometido alguna falta en el campo del amor.

Inevitable, una y otra vez, el extraño escozor se presentaba en el cuerpo de Mandi al mismo tiempo que la imagen de Mborotúva. Sonaba el nombre del guakara cada vez con más fuerza poblando el alma de Mandi.

La joven estaba exenta de las tareas de la caza y la pesca. Esas eran actividades reservadas para el común. Ella era sacerdotisa y se había entregado en cuerpo y alma al culto de la luna. Sabía que su temblor y el nombre del guakara constituían un imposible para su condición.

Las marahyva aceptaban la unión carnal con los hombres una vez al año y tan sólo con la tribu de los guakara. Ellas adormecían a las serpientes que custodiaban las puertas del Pindoráma y recibían a los guerreros. Los hijos engendrados durante aquella noche de libaciones y amor, si nacían varones eran sacrificados o retirados por sus padres. Las hijas mujeres, en cambio, pasaban a integrar la comunidad de las marahyva y las más bellas se convertían en vestales por designio sagrado.

Mandi, entregada a la luna, había contemplado su fría luz y se había extasiado en su belleza reflejada en las aguas de los ríos de fuertes torrentes que rodeaban el Pindoráma. Mandi pensaba en la luna más que en ella

misma pero ahora sus pensamientos sagrados, su adoración había menguado producto de aquel extraño escozor que le recorría el cuerpo entero cuando la luz del jefe guakara se encendía en sus recuerdos. Lo había visto una sola vez pero eso bastaba.

Mandi miraba a la luna con otros ojos ahora, casi con indiferencia. En aquel disco plateado se reflejaba no el rostro de la divinidad sino el rostro de Mborotúva.

Ha llegado el día del encuentro con los guakara.

Mandi junto a las demás vestales se retira del lugar custodiada por las ancianas de la tribu. Ellas no participan de la jornada de amor y lascivia en la que se sumergen las cazadoras y los guerreros, pero un algo quemante le indica que debe estar allí.

Reluce el Pindoráma a la luz de la luna. Las melenas de las palmeras refulgen en medio de la noche estrellada. Es una fiesta en la que el cielo borda con habilidosas manos y las lágrimas de rocío un manto cristalino que todo lo embellece. El placer se sienta en el trono por una vez en el año y ordena la orgía fantástica. Los guakara se entregan a las jóvenes marahyva a sabiendas de que es su única oportunidad. Sólo Mborotúva está silencioso en un espacio apartado de la fiesta.

Mborotúva siente en su cuerpo el mismo temblor que Mandi siente encerrada en el templo.

Mborotúva sabe que Mandi vendrá hasta él.

Lo sabe desde aquel día en que cruzaron sus miradas por vez primera.

Aquí está. Mandi ha burlado la vigilancia de las confiadas ancianas y llega junto al cacique que le aguarda con impaciencia. sin mediar palabra el jefe guakara le dice: “Huyamos, en el río tengo preparada una piragua más veloz que el viento, nadie podrá alcanzarnos”. La joven siente que su alma se desgarrar. Sabe que no podrá escapar de la serpiente sagrada. Sabe que toda huida sería inútil. Guarda silencio. El jefe guakara, ansioso, camina en círculos a su alrededor admirando la perfecta y única belleza de aquella joven, dispuesta a entregarse, pero rendida al designio que le ha sido impuesto. Al fin ella le contesta. “Jamás podremos escapar, vete”. Mandi huye hacia el templo nuevamente. Regresa junto a las demás vestales. Las ancianas no han notado su ausencia y tampoco la ven reintegrarse al grupo. Pero Mandi sabe que nadie puede engañar a la serpiente sagrada. Mandi se siente condenada y lo único que enciende la luz en su alma es el rostro del guerrero.

Desde aquel momento de tensión, amor y miedo, Mandi ya no puede descansar en paz.

Cada vez que se acerca a la boa esta se agita con movimientos que Mandi presiente destructores. Empalidece día a día la niña. Languidece. Los ojos vidriosos de la pitón han fijado la imagen de la estela que la piragua de Mborotúva ha dejado en el río y el temblor del cuerpo de la niña. Sensible como ningún otro animal, la serpiente espera el momento. Mandi lo sabe.

Pero el desencanto por el amor perdido puede más que las miradas oblicuas de la boa. El desencanto y la pena terminan por matar a Mandi. Mandi muere tumbada en su hamaca. Nadie sabrá jamás de su amor. Nadie sabrá jamás que la misteriosa desaparición de Mborotúva se debió a la persecución de la serpiente sagrada. Nadie sabrá de aquel extraño temblor que se instaló en el cuerpo de Mandi a partir de un cruce casual de miradas. Nadie sabrá jamás que ella perteneció no a la luna, sino al guerrero al que entregó su alma.

Mandi fue puesta en una vasija y enterrada junto a sus pertenencias más queridas.

Tiempo después, en aquel lugar creció una planta hasta entonces desconocida. Las marahyva la llamaron Mandi'óga. La planta poseía unas raíces hinchadas y fuertes. Más que raíces aquellas daban la impresión de ser frutos subterráneos. Con la desaparición de las marahyva, los guarani heredaron aquella raíz casi sagrada que sirvió de alimentación a todo el pueblo. A aquella raíz los guaraníes la llamaron Mandio. El nombre de la

pequeña vestal enamorada se ha eternizado así hasta nuestros días y el amor de aquella niña acude a nuestra mesa renovando esa entrega tan profunda.

La leyenda del mainumby

Concierto de colores en el manantial.

Las azucenas silvestres con sus arboladas coronas. Los helechos de verdes sólo imaginables a la hora de escribir estas hojas. Plantas acuáticas se regodean desparramando sus hojas en la limpidez de la surgente. Enredaderas de flores azules y rojas trepan a los troncos de los árboles que se bañan en el constante salpicar de la naciente. Desde arriba puede uno asombrarse con el espectáculo. Sólo donde fluye el agua se puede encontrar la tremenda variedad que ahora tenemos frente a nuestros ojos.

Las flores más pequeñas, blancas como perlas o los racimos de flores que caen de las orquídeas gigantes, todas las plantas aportan su instrumento como si fuera esto un gran concierto de colores cuyo único rumor saliera del agua que salta de la roca espontáneamente, del agua que sube en la savia de las plantas, del agua que surge en la transpiración de las hojas.

El agua. Siempre el agua.

No lejos de allí, descansa Itakuéra con su dulce hija y dos de sus criadas.

Descansa bajo la sombra de un samu'u que de vez en vez deja caer sus flores blancas y esponjosas sobre la tierna hierba que crece a su alrededor.

Ytakuéra es madre de grandes guerreros. Yvotyjuru es la hija más pequeña de Itakuéra.

Envía la mujer a una de sus criadas por agua al manantial.

Presurosa parte la joven llevando una calabaza hueca para traer el líquido, pero no regresa.

La vemos allí junto a la surgente, como hipnotizada. Se diría que está en trance. Apenas estuvo junto al agua, una sombra juguetona llamó su atención. Una sombra que no es gris como todas las sombras sino multicolor. Lleva prendidos en su plumaje, pues se diría que son plumas tejidas por algún orfebre místico lo que cubre aquel latir pequeñísimo, los colores de aquel lugar hermoso.

La criada no regresa. Entonces Itakuéra envía a su otra criada a ver que ha sucedido, por qué no regresa con el agua fresca, pero ella tampoco regresa. ¿Qué estará sucediendo allí abajo?

Itakuéra y su hija bajan a ver lo que sucede. Llegan junto al pequeño arroyito y encuentran a las dos criadas tal como las describimos. Hipnotizadas por un pequeño pájaro que se mueve inquieto de flor en flor. La fina espada de su pico ya penetra a una azucena, ya a un jazmín, ya los pensamientos de las criadas. Madre e hija se han quedado estupefactas ante el ave de refulgentes colores.

Las cuatro mujeres no responden por sí mismas. Es tanta la hermosura del pajarillo que se han quedado mudas de asombro. Lo ven ir y venir hasta que en un momento de encantamiento el mainumby llega junto a la hija de Itakuéra e introduce el pico entre los rojos labios vírgenes.

Un remolino de luz. Un aleteo incesante. Un roce infinito y la niña traspasa las fronteras de lo humano. Ella también vuela ahora con el mismo aspecto del pájaro que las ha embelesado.

La leyenda de la Virgen de Ka'akupe

Es el bosque sembrado de luces, de sombras, de chillidos y cantos. Es la tarde brillante de oros y verdes azulados. Es el paraíso para el muchacho indio que se ha internado en el monte en busca de maderas apropiadas para el trabajo. El indio ha salido de las misiones con ese objetivo y recorre el monte observando

los árboles, la magnificencia del paisaje, las luces, las sombras, los chillidos, los cantos. Los pájaros y los animales han llamado su atención y se ha alejado de las misiones tal vez demasiado. El indio ha recogido algunas maderas que lleva consigo pero, extasiado ha ido de aquí para allá extraviando el camino. Esconde la madera que ha juntado en un sitio que le parece seguro y comienza a buscar el camino de regreso.

José es el nombre cristiano del indio. Se lo han puesto los misioneros al bautizarlo.

José es joven y fuerte. Avanza seguro de sí mismo. Seguro de encontrar el camino de regreso. Pasan las horas y José no puede hallar el camino, tan denso es el bosque, que se ha perdido.

Ya no podría decir con exactitud ni tan siquiera dónde dejó las maderas que ha recogido para las tallas que se proponía encarar.

Ha aprendido el oficio de tallar la madera y todos en las misiones lo consideran un artista. José es feliz allí. Trabaja para sí mismo y para los demás. Aprende cosas nuevas. Honra a Dios y no le falta nada. ¿Qué más podría pedir?

José y el monte, hermoso y escabroso.

De pronto José siente que alguien lo sigue.

Escucha murmullos. José apura el paso. Trata de alejarse de aquellas voces. ¿Lo han escuchado? ¿Lo han visto? José teme que sí y trata de despistar a quien lo sigue.

Ahora corre. Avanza entre las lianas y los arbustos que le lastiman la piel.

José corre. Desconoce el monte en esta zona y cada vez le parece estar internándose en regiones más lejanas y sombrías.

Lo persigue un grupo de guerreros mbya. La tribu que no se ha hecho amiga de los misioneros. La tribu que rechaza la evangelización. Terribles y poderosos son los guerreros mbya.

José presiente que se trata de ellos. Lo han descubierto y lo persiguen como el cazador persigue a su presa. Lo rodean. Dan gritos. Se comunican en una lengua que José no entiende.

La persecución es larga. José está agotado. No sabría cómo seguir. Se detiene en un claro. ¿De dónde vendrán estos guerreros? ¿Estaré rodeado? piensa José. Y se lanza de nuevo hacia la espesura a ciegas. Ha logrado salir nuevamente del círculo que los mbya le tienden.

A punto de desfallecer, José llega junto a un gran árbol. Se detiene apoyándose en su tronco enorme. Se acurruca. Reza ahora José.

Implora. Clama a la Virgen María. Hace su promesa.

Si salgo con vida de esta te prometo Virgencita que he de tallarte una hermosa imagen con la madera de este mismo árbol que ahora me protege, dice para sí mismo José.

Escucha los pasos de los guerreros. Ellos lo huelen. Está seguro de eso. José se esconde en una grieta que el tronco tiene hacia sus grandes raíces.

Ya se escuchan las voces de los guerreros acercándose.

El círculo se hace cada vez más pequeño.

Ahora José puede verlos. Vienen hacia él. Son siete los guerreros. Están armados y son fuertes y jóvenes. Están furiosos de haber descubierto a un intruso en sus tierras. José reza en silencio.

Los mbya pasan junto al árbol, perciben la presencia del extraño pero no lo ven.

Pasan los guerreros junto a José sin verlo y desconfiados continúan su búsqueda yéndose hacia otros lugares del bosque. José respira aliviado y agradece a la Virgen. Los mbya, a juzgar por sus gritos y señales que se escuchan a lo lejos, han perdido el rastro.

Una vez que los mbya se han perdido en la lejanía, José arranca del árbol un buen pedazo de madera y retoma el camino de regreso. Ahora cree reconocer el lugar donde se encuentra y sin problemas retorna a las misiones.

De inmediato José se dispuso a cumplir con la promesa hecha a la Virgen y comenzó a tallar una imagen con aquella madera. Semanas más tarde José tenía lista dos imágenes de la Virgen. Una, destinada a la veneración pública y otra más pequeña para su culto personal. La primera reposa hoy en el altar de la iglesia de Tobatí y la más pequeña es la milagrosa imagen venerada por cientos de miles de personas de todo el mundo en la Basílica de Caacupé.

La leyenda de Ka'a

Sentada sobre el borde rocoso del arroyo una bella joven juega metiendo sus pies en el agua. Las gotas que levanta vuelven al cauce más brillantes que antes, como tocadas por una varita mágica. Un ave de blanco plumaje bebe a orillas del arroyo. La muchacha observa al ave.

El tiempo parece inexistente a esta hora de la tarde. Nadie más se ve en las inmediaciones. El pájaro bebiendo a sorbos pequeños, picotea el agua. Ka'a juega con el agua. Los pies de la niña y el agua del arroyo son lo único móvil. No hay una gota de viento. Las plantas parecen expectantes.

Del otro lado del arroyo una enmarañada vegetación de verdes fulgurantes. De este lado, las piedras y una amplia extensión de doradas arenas. La tierra parece detenerse a observar la imagen de la chica en el arroyo. De la espesura surge de pronto una pequeña caravana. Va encabezada por un hombre joven, alto y altivo.

Ka'a nota a la caravana porque un momento antes de aparecer, el ave levanta vuelo asustada dejando en el aire un graznido que ahora flota sobre la cabeza de quienes van cruzando el arroyo sobre las piedras. El hombre que encabeza la caravana llama la atención de Ka'a. Es alto y fuerte. Su mirada está clavada en algo con fijeza, pero Ka'a no sabe precisar dónde. Su mirada resulta irresistible para la joven que con los pies en el agua observa a los forasteros. Ninguno de ellos parece percatarse de la presencia en la costa. Pasan muy cerca de donde está Ka'a pero nadie dirige un saludo ni una mirada. Los largos pasos del hombre se adentran en un estrecho sendero y se pierden en un recodo.

Más tarde, Ka'a vuelve a la aldea y cuando cae la noche procura descansar. La fiera mirada del forastero que ha visto durante la tarde le inquieta. Ha perdido su habitual tranquilidad. Hay una vibración extraña en la joven. Nunca se ha sentido de esa forma. Da vueltas en su hamaca sin poder conciliar el sueño durante horas. Cuando la noche ya está muy avanzada el sueño la vence y cae en una especie de sopor. En sueños los negros ojos del forastero le calan el corazón.

El sol alarga su luminoso cuerpo cuando Ka'a despierta. Despierta posiblemente al escuchar una voz desconocida. Su padre conversa con alguien. Ka'a se queda quieta en su hamaca. Su padre conversa con el hombre de la caravana. Y el hombre al que ahora puede ver de cerca está relatando los objetivos que lo han traído hasta las tierras de Ka'a.

“Como avare mbya tengo la misión de recorrer estas tierras en busca de una gran ofrenda para el templo de Mbaeveraguasu. Es bien conocida la riqueza en metales preciosos que se da en estas tierras y los mbya queremos recorrerla sin chocar con nadie”.

“Délo por hecho”, contestó secamente el padre de Ka'a.

Ka'a no pudo evitar la fascinación que la mirada de aquel joven sacerdote despertaba en ella y estuvo viéndolo a través del tejido de la hamaca en la que, ya despierta procuraba ni siquiera respirar para que nadie advirtiera su presencia. En aquella incómoda posición, Ka'a recordó todo lo que de los mbya había escuchado en el pasado. Decían que se creían insuperables y que ningún mbya, mucho menos los avare, se casaban con gentes de otras tribus. Tan elevado era el amor propio de los mbya. Ka'a se dijo para sí misma que eso a ella no debía importarle, puesto que intentaría conquistar a aquel que estuvo mirándola y entró en sus sueños toda la noche.

El avare se despidió del cacique diciéndole que durante aquel día andaría observando los alrededores sin alejarse mucho. Ka'a que era toda oídos se levantó ni bien el sacerdote se hubo retirado del lugar y anduvo recorriendo los alrededores de la aldea con la esperanza de encontrarse con aquel que había venido a visitarla en sueños.

Anduvo así durante varias jornadas y muchas fueron las veces en que los jóvenes cruzaron sus miradas. Ka'a sentía el ardor del avare. Lo notaba en las cosas imperceptibles y misteriosas que sólo se dan a conocer cuando el amor despierta. Varias veces se cruzaron en el bosque y en los arroyos, el avare y los suyos buscaban piedras preciosas. Ka'a buscaba al sacerdote.

Una tarde sombría Ka'a se enteró de que el avare volvería a su pueblo. El dolor atravesó el corazón de la joven. Ante la posibilidad cierta de perderlo para siempre, Ka'a salió en busca del avare a quien pensaba manifestar su amor.

Ka'a marcha decidida. Dispuesta a usar todas las armas de la seducción para despertar la pasión que intuye escondida en el alma del sacerdote mbya. Una extraña fuerza gobierna cada paso de la muchacha que avanza hacia el arroyo como si supiera que allí va a encontrarse con el avare.

Ka'a está frente al hombre.

Todo indica que será correspondida. El mbya siente que su sangre hierve. Se reprime. Lucha contra sus propios sentimientos. Lucha contra la pasión que le inunda el cuerpo.

El ascetismo contra la pasión.

Despiadada es la lucha en el interior del hombre que, por un lado está ennegrecido de amor por la joven y por el otro tiene una misión que cumplir para la cual ha sido adiestrado durante largo tiempo. Ka'a baja hasta la arena y danza para el avare. Su cuerpo se mueve con gracia despertando cada vez con más intensidad el deseo del avare.

Ahora Ka'a se desliza a través de las piedras. Se acerca al hombre. Le confiesa su amor. Lo abraza. Hay un momento que se hace eterno cuando las palabras de Ka'a se enredan en los vestidos del sacerdote. Es en ese instante eterno cuando el ascetismo aprovecha la distracción y aniquila a la pasión. El joven sacerdote toma el hacha de piedra que lleva consigo y sin pensarlo ni una sola vez la azota sobre la cabeza de Ka'a que se desploma sin un solo quejido. La sangre de la joven mancha la piedra. El mbya sin siquiera mirarla guarda su arma y se marcha dando la espalda a la pasión y al amor para siempre jamás.

Han pasado los años.

El dolor de la tribu por la muerte de Ka'a ya casi no se recuerda.

Un viejo sacerdote mbya llega hasta aquella aldea. Viene el hombre con la espalda doblada por los años. Viene el hombre cargando el peso de la muerte de la pasión en su alma. Se detiene en aquella piedra junto al arroyo. Se sienta allí a descansar. Un arbusto de hojas desconocidas para el sabio sacerdote le brinda su fresca sombra en la tórrida tarde de verano. De las brillantes hojas del arbusto se desprende un aroma que le lleva a tomar unas cuantas hojas y masticarlas. El jugo de las hojas penetra en su cuerpo como un elixir de vida. Ya no hay dudas, el viejo sacerdote ha venido a encontrarse con su último momento al único sitio donde conoció la vida con plenitud. Allí donde en sus años de juventud perdiera la posibilidad del amor de una vez y para

siempre. El mbya siente que viaja hacia el amor. La yerba que ha probado por primera vez no es sino la encarnación de aquella dulce joven que le confesara su amor. Ahora el avare viaja su viaje infinito y último para reunirse con su amada. Lleva en su boca el recio sabor de la yerba mate.

La leyenda de Laguna Sirena

El joven indio solía rondar las orillas del arroyo Yhaguy. Hasta allí llegaban a lavar la ropa unas mozas que respondían con risas a las atrevidas palabras de Kavare. Las endulzaba el indio con su facilidad para versificar y contar historias fantásticas de las que eran protagonistas principales las flores, los árboles y los animales.

Una siesta en la que Kavare no encontró a nadie en el arroyo, se alejó un poco de la corriente y se adentró en un bosquecito cercano. Grande fue su sorpresa cuando descubrió que detrás de los árboles había una laguna de quietas aguas. Diestro en la natación, Kavare no perdió ni un segundo y se tiró a la laguna.

Nada el muchacho relajado.

Se desliza mansamente sobre la superficie de plata.

Al llegar al centro mismo, una fuerza extraña lo estira hacia las profundidades. Kavare se deja llevar. Ducho en “remansos” sabe que en unos momentos el agua lo devolverá a la superficie. Pero el fondo de la laguna parece no existir y el joven pierde el conocimiento. Cuando despierta se halla en un aposento nuevo para él. Una joven le habla delicadamente al oído y luego se aleja dejándolo en compañía de varias mujeres que le atienden proporcionándole comidas, bebidas y todo lo necesario para que no se sienta abrumado por el cambio. Cada noche la joven de la exquisita voz le visita y pide sus favores. El joven, encantado con la nueva situación, no se preocupa demasiado por las cosas de su vida anterior.

Cierto día Kavare pregunta a la mujer por qué sólo aparece de noche. Entonces ella le confiesa que si él viera su rostro a la luz del día ella desaparecería para siempre de su vida. Terribles palabras que despertaron la natural curiosidad de Kavare. Los pensamientos del joven indio lo llevan a anhelar lo prohibido. Jamás pensó que sería cierto lo dicho por la joven. Kavare busca dos piedras duras y, cuando llega la noche y con ella la joven a visitarlo, Kavare golpea las piedras entre sí y deja que un montón de paja seca que había juntado previamente, arda con las chispas. La luz de la fogata desata el hechizo: de inmediato la joven desaparece de su vista y un arco iris se instala sobre la laguna. Un arco iris que fulgura como retorciéndose en sus propios colores hasta hundirse en las aguas.

Kavare despierta.

Está ahora en la casa de sus padres.

Cuenta los hechos vividos tan recientemente. Los padres lo escuchan atentos y nerviosos.

“Hijo, dice su madre, has estado preso de una Sirena”. Un tiempo que para él no fue más allá de algunos días, en la realidad humana ocupó un espacio de dos años. “Has tenido suerte en regresar” le dice el padre ahora y se dispone a contar historias viejas de cuando unos tíos suyos fueron raptados por la misma extraña mujer, lejos en una laguna llamada...

La leyenda de Ka'aguy Póra

Un grupo de hombres a caballo avanza por el monte.

Van contando sus hazañas y, chacoteando, se tientan unos a otros. Para quien los observa desde el follaje es claro que estos hombres están bajo el picante efecto de la caña. Han bebido y se han largado al monte en busca de presas. Lo hacen para competir entre ellos. Quien logre la pieza mayor se quedará con la gloria por un momento. Los otros deberán esperar una nueva oportunidad.

Armados de grandes escopetas avanzan por el monte.

Los caballos se muestran inquietos. Presienten algo malo.

Los hombres se detienen en un claro y rodeados de sus perros, dejan sus cabalgaduras y parten a pie entre el chircal. Buscan venados, chanchos salvajes, tapires...Cualquier animal que pueda ser cazado y les de ese momento de supremacía que tanto ansían.

El monte los mira con recelo.

Con sus pequeños ojos de gigante sigue cada paso que dan.

En el poblado, otro grupo de hombres se dedica a seguir los caminos del alcohol y esperan la vuelta de sus compañeros. Han prometido volver cuando baje el sol con las presas atadas a sus caballos. Desde lejos se sabrá quién trae la mayor por la polvareda que levantará.

Ladran los perros y olfatean el aire.

Han detectado algún animal. Corren los perros. Todos en una misma dirección.

Los hombres, achispados, siguen los pasos de los canes cazadores con las escopetas listas.

De pronto los ladridos cesan.

Los hombres detienen el paso, esperan.

Los perros comienzan a chillar como si alguien los estuviera apaleando.

Los hombres quedan como postes, clavados al suelo. En su borrachera entienden que algo grave está por ocurrir. Los perros, efectivamente, regresan dando chillidos lastimeros. Se acurrucan a los pies de los cazadores buscando protección.

Uno de los hombres envalentonando a los demás grita:

“Debe ser una manada de chanchos salvajes. Vamos a cazarlos.”

Y los demás siguen los pasos de quien se ha convertido en adalid. Corren hacia la arboleda de donde vinieron los perros.

“Rodiémoslos”, dice el líder, y los hombres se esparcen formando un semicírculo.

Son cazadores expertos. Muchas veces han entrado en el monte a y han vuelto con buenas piezas. Muchas veces han enfrentado el peligro de los tigres que aparecen de improviso saltando desde los árboles y de las serpientes que nunca se sabe de dónde aparecen.

Ahora entran en la arboleda cerrada por numerosas lianas y helechos gigantes.

El bosque los mira.

“Allí están”, dice el líder, y alza su escopeta para disparar sobre un chanco enorme que le viene a torear de frente. Suena el disparo, potente y seco. Retumba largamente con un largo chiflido por todo el monte. El animal cae y comienza un berrinche agónico que los hombres festejan con risotadas. Los otros chanchos de la manada huyen hacia otro sitio más espeso.

“Difícil que puedan superarme. Es el más grande de la manada”, dice el líder de los cazadores.

Bromas y chacota están en la punta de la lengua de los otros. Todo es algarabía. El cazador pela de su cintura un gran cuchillo y mirando a los ojos del animal le produce un gran corte a la altura del cuello. El chorro de sangre salta bañándole el pecho y los otros festejan con ruidosos sapukái.

El cazador ata las patas delanteras del chanco con una cuerda y ata la cuerda a un árbol cercano. “Para que no se lo lleve el Ka’aguy Póra”, dice malicioso tentando a los otros. Ríen los cazadores. Todos. Todos, excepto uno. El más viejo mueve la cabeza negando y murmulla para sí. “Lo ha convocado” dice el viejo, pero nadie lo escucha.

“Vamos a buscar a los otros”, dice uno de los cazadores.

Y la cacería se reinicia. La manada que se encontraba cerca de allí observando a los hombres desde la espesura, corre alocada hacia otro sitio. Los hombres vuelven a hacer un rodeo.

La caza ha continuado y varias son las presas que traen arrastrando con cuerdas. Tácitamente, el lugar donde fue cobrada la primer pieza ha quedado designado como el lugar de encuentro. Hacia allí marchan los cazadores. Ninguno ha podido cazar un animal más grande que el primero y todos vienen hablando del tema.

Cuando llegan al sitio, no encuentran al gran chanco.

“Ka’aguy Póra” dice el viejo entre dientes.

Los hombres, azorados, no saben qué decir.

“Me robaron la presa” grita el que en un momento se erigió en líder del grupo. Obnubilado por el alcohol y la sangre el hombre busca un culpable. “Ese fuiste vos, viejo”, grita el hombre. “Ka’aguy Póra” vuelve a decir el viejo entre dientes. “Ahora entiendo, cuando desapareciste fue para robarme la pieza. ¿Dónde la pusiste?” increpa al hombre. “Estamos cazando sin necesidad”, dice el viejo. “Eso no te da derecho” insiste el hombre sacando amenazadoramente su cuchillo por segunda vez en el día. El viejo no se defiende. Un rugido terrible se escucha en el monte. Los hombres quedan paralizados, pues de inmediato y detrás del cazador que amenaza al viejo un gigante de cinco metros de altura aparece haciendo a un lado los árboles. En su enorme cabeza los ojos fulgurantes hipnotizan a los cazadores. “Ka’aguy Póra” dice el viejo entre dientes y es lo único que seguirá diciendo por el resto de sus días.

Agita su salvaje crin el gigante y una especie de pipa hecha con una calavera que lleva en su mano. Ruge furioso el monstruo y se abalanza sobre los hombres.

En vano esperaron en el poblado la vuelta de los cazadores a la puesta del sol. Los hombres siguieron bebiendo hasta caer en un profundo sueño.

Al día siguiente, preocupados y sobrios, los hombres del poblado se organizan para salir a buscar a los cazadores perdidos. Los más optimistas dicen que no vale la pena. Que pronto volverán. Que se habrán quedado en el monte para cobrar más piezas. Pero algunos temen. El monte es peligroso.

Ninguno sabe que todos los preparativos serán inútiles.

Por el camino se acerca un hombre de a pie.

Es el viejo.

Es el único sobreviviente.

Delira y repite en su extravío: “Ka’aguy Póra”.

Los hombres del poblado lo rodean pidiendo explicaciones sobre los demás cazadores. Pero el viejo parece saber sólo dos palabras: “Ka’aguy Póra”. Una y otra vez contesta el viejo “Ka’aguy Póra”. Hasta que al fin los

hombres entienden. Conocedores de la leyenda y temerosos de internarse en el monte dejan al viejo en paz. Ka'aguy Póra le ha perdonado la vida pero le ha quitado el juicio.

La leyenda de Mbaeveraguasu

El atlante se siente incompleto en su nuevo hogar. Añora la ciudad dorada en la que viviera su juventud. No puede quejarse de su destino pero tampoco le resulta el más alentador.

Un buen día, de plática con Tume Arandu, su cuñado, Paragua confesó sus penas.

Necesitaba ocuparse en algo grande. Quería construir una ciudad que se pareciera a aquella que sucumbió ante las enardecidas olas del mar. Quería hacer la réplica de Atlántida, su ciudad natal.

Tume Arandu le habla del lugar donde Tupã creó al primer hombre y a la primera mujer, sus padres. El valle entre los cerros, el intenso verde de la vegetación, el cielo azul...

Marchan los hombres hacia la colina de Areguá. Los acompaña el primogénito de Paragua. Arekaja es su nombre y posee facultades extraordinarias para las invenciones. Joven y fuerte, hombre de gran dinamismo, Arekaja es el indicado para iniciar empresas.

Instalados en la colina, los tres hombres observan el majestuoso espectáculo de la naturaleza. El valle luce esplendoroso. Frente a Areguá una hermosa cordillera. "Al pie de aquellos cerros", dice Paragua y los tres hombres inician la travesía del amplio valle.

Surgentes cristalinos caen desde las faldas de los cerros. Los pájaros se multiplican en aquella tierra virgen. "Aquí", dice Paragua a su hijo, señalando una roca que marca el sitio donde levantarán la nueva ciudad. "Aquí levantaremos la nueva Atlántida".

Días más tarde cientos de aldeanos de la tribu de Paragua se incorporan al trabajo frente a la colina de Areguá. Verlos trabajar desde la distancia es una maravilla para los ojos. Arekaja dirige las obras. Las maderas que traen desde el otro lado de los cerros. Las piedras pulidas. Los hornos que cocinan el barro. Máquinas extrañas producto de la invención de Paragua y su hijo que alivianan el trabajo de los hombres. En medio del vergel, la presencia del hombre.

No tardaron mucho tiempo en terminar los trabajos.

La ciudad, nueva y limpia, lucía como una aparición cuando la luz de la mañana rebotaba contra las blancas paredes. Resplandecía la nueva Atlántida, pero Paragua aún no estaba contento con el trabajo. Apreciaba el esfuerzo y la colaboración de su pueblo pero deseaba darle a aquella ciudad luminosidad nocturna. Deseaba que brillara tanto como cuando el sol le daba a pleno.

Paragua ordena ahora, con la ayuda de Arekaja, que se inicie la excavación de un pozo. Señala el lugar, muy cerca de la casa que ha elegido como su residencia. Pocos días después los excavadores han perforado la tierra varios centenares de metros. Ya no se puede ver el fondo de aquel pozo. Ahora brota de las entrañas de la tierra un líquido lechoso, blanco y espeso. con él pintaron los edificios más imponentes del poblado, redoblando su poder resplandeciente. Los aldeanos descubren que el líquido es sabroso y comienzan a ingerirlo. Luego de una cantidad determinada, esa extraña leche de la tierra, produce embriaguez y una somnolencia que los transporta a un estado de deleite maravilloso. La leche de la tierra, además, engorda a quienes la ingieren sin medida, pero les debilita los huesos hasta producirles la muerte. Entonces Arekaja decide continuar con la excavación. Buscan el líquido amarillo que en Atlántida se utilizaba como generador de luz artificial. Buscan afanosamente. La excavación sobrepasa el millar de metros. En ese momento, de las profundidades brota un fuego seco que produce una gran alarma en los excavadores. Arekaja ordena el cierre del pozo y dice a todos: "Ibamos buscando el antro de la luz y nos hemos topado con el infierno, hasta aquí hemos llegado".

Lejos de caer vencidos, Arekaja y su padre continúan, ahora en soledad, con sus experimentos a fin de obtener alguna forma de luz artificial. Una y mil veces prueban artefactos que no sirven a sus propósitos. Una y mil veces recomienzan la tarea, hasta que un buen día consiguen armar un extraño recipiente que, accionados sus mecanismos, produce una luz intensa. De inmediato se entregan a la fabricación en gran cantidad y los distribuyen por toda la ciudad. Por la noche las luces emergen, ahora, de las ventanas de todos los edificios con inaudita brillantez. Tanto es así que los aldeanos llamaron a esa extraña ciudad Mbaeveraguasu, la ciudad resplandeciente.

Han pasado los siglos. Mbaeveraguasu es famosa por sus luces. La vista que de ella se tiene desde la no menos famosa colina de Areguá, es maravillosa. Los viajeros llegan hasta allí pasmados de admiración y sus habitantes han conservado el orgullo con el que trabajaron sus creadores.

Ya no existe sobre la faz de la tierra el viejo patriarca Tume Arandu.

Ya no existe sobre la faz de la tierra el nostálgico atlante conocido aquí con el nombre de Paragua.

Ya no existe sobre la faz de la tierra Arekaja, el dinámico hombre inventor.

Y a no existen sobre las faz de la tierra sus hijos ni sus nietos.

Ahora Mbaeveraguasu es una ciudad sagrada para los guarani.

La llegada del karaiete está cerca. Así lo ha dejado escrito Tupã en el destino de la raza.

Una mañana estival, desde la ciudad sagrada se escuchan tres fuertes explosiones. ¿A qué atribuir las? ¿Quién puede haber producido semejantes ruidos? Muy pronto los guarani se enterarían de la llegada del karaiete que entró en aquellas tierras a sangre y fuego. Ellos habían hecho detonar sus poderosos cañones y ahora se acercaban a la ciudad resplandeciente.

En tiempos ya lejanos Tume Arandu había implorado a Tupã para que la radiante ciudad guarani, la cuna de la luz y el misterio, el mbaeveraguasu desapareciera bajo las aguas antes de ser profanada por las plantas del enemigo. Tupã acogió favorablemente aquel ruego del patriarca guarani e hizo que las aguas del Tupã Ykua se enturbiaran y comenzaran a bullir día y noche.

Muy pronto la bellísima ciudad y sus habitantes fueron sólo una leyenda luminosa. Desapareció bajo las aguas como la tierra que la había inspirado. Durante mucho tiempo el Tupã Ykua, luego de cubrir la ciudad, continuó arrojando grandes volúmenes de agua. Tanto que éstas amenazaron cubrir toda la superficie de las tierras de Rupave. Fue entonces cuando llegó a aquel lugar un karaiete bondadoso que bendijo las aguas, bautizó aquellos parajes y conjuró el peligro, pero esa es otra historia y por suerte ya ha sido contada en otra ocasión con lujo de detalles.

La leyenda de Perurima

Mucha es la nostalgia que cae con todo su peso sobre el corazón de Paragua. Guarasyáva hasta aquel momento desconocía la pena que su marido no había podido superar. Fue en un atardecer en el cual mbaeveraguasu brillaba más que nunca cuando Paragua le contó sus cuitas. Guarasyáva reprochó a su esposo el no habérselo dicho antes, pero luego comprendió su silencio y le apoyó en lo que él quería hacer ahora.

“Partir para reencontrarme con Amaraso es lo que quiero ahora. Tal vez eso calme un poco mis penas y termine con mis quebrantos”. Paragua no imaginaba que volvería a su terruño natal y que ya no volvería a ver la bella ciudad que había construido con Tume Arandu y Arekaja.

Pero el poeta hoy está de buen humor y no quiere transitar largos caminos ni contar historias de travesías gigantescas como fue aquella sino ir directamente al grano. Una vez en Amarasoia, Paragua y su esposa fueron víctimas de las chanzas del más pequeño de sus sobrinos que por entonces se llamaba Toryja.

Entabló conversación Paragua con el más pequeño de los hijos de Amaraso, uno al que apodaban Toryja. Toryja era un gran mentiroso, poseía la admirada capacidad de inventar historias de todo tipo. No pasó mucho tiempo de charla y ya Paragua se hallaba completamente enredado con la conversación de aquel chiquillo. Le contó historias fantásticas y le invitó a visitar el lugar donde todas las tardes se dejaba ver un Ypóra de tres cabezas. Paragua creyó en su pequeño sobrino y se dejó guiar, pero después de andar durante horas se dio cuenta de que se trataba de una broma y recriminó duramente al muchachito por su comportamiento. Paragua amenazó con castigar a Toryja si no le llevaba de regreso. En esa discusión estaban cuando apareció un tigre y se abalanzó sobre Paragua. Desesperado, el hombre pidió al sobrino que buscara auxilio, pero el niño se quedó mirando la escena impávido primero y luego abandonó su tío a su suerte y volvió a la aldea.

Al llegar a la aldea, Toryja inventó una historia en la que su tío se había quedado con unas amables mujeres que lo llevaron a su casa y que no había querido regresar. Guarasyáva entonces le prometió al chiquillo una buena propina si le llevaba hasta esa casa donde se había quedado Paragua. El niño aceptó gustoso y de inmediato se pusieron a descansar a orillas de un hermoso lago. Habían andado una gran distancia. Guarasyáva cayó en la cuenta del engaño y se puso a llorar desconsolada. En ese momento apareció ante ella una enorme serpiente lista para atacarla. Guarasyáva huyó de inmediato pero con tanta mala suerte que fue a enredarse en medio de un espinar. Salir de allí sin lastimarse feamente era imposible. Ni siquiera la serpiente se animó a entrar, y Guarasyáva quedó atrapada allí. Toryja no hacía caso de los gritos de su tía pero pensaba en alguna solución. “Si con un susto enorme fue a meterse allí, con otro susto podrá salir”, se dijo para sí el chiquilín y prendió fuego al espinar. Ardían las ramas chisporroteando y presa del terror, Guarasyáva salió de aquel lugar. ¡Lo había logrado! No se puede decir que el remedio fuera peor que la enfermedad pero le andaba cerca. Guarasyáva salió arañada y chamuscada de aquel sitio tan parecido al infierno, pero al menos pudo regresar a la aldea.

Tupinambá escuchó el relato de su hermana que iba recorriendo sus desventuras con lujo de detalles y tuvo que apenarse con ella. Los aprietos en los que Toryja le había puesto eran realmente graciosos y, como había regresado sana y salva, el rostro chamuscado y el cuerpo así tiznado provocaron la risa en Tupinamba. ¿Cómo le había creído a aquel chiquillo malcriado?

Pero la sorpresa mayor de la aldea fue ver llegar a Paragua. Cansado, arañado por las garras del tigre y sucio penetró en la aldea. Lo primero que quería hacer Paragua era castigar al mocoso que le había estado tomando el pelo todo el tiempo. Tupinamba se interpuso a Paragua y le explicó la desventura de su esposa. “Nos ha tomado del pelo a todos”, dijo Paragua y la aldea entera estalló en una carcajada. Los mismos protagonistas de las desgracias no pudieron contener la risa festejando la habilidad del chico para tender trampas, mentir e inventar historias.

Toryja marchó en la comitiva que su padre y Paragua organizaron en busca de Halánte, su ciudad natal, perdida entre las aguas del mar. Muchos años anduvo Toryja con su padre y su tío en busca de la perdida Halánte, hasta que los dos hombres encontraron al fin la ciudad de sus nostalgias y se recogieron en ella que yacía en el fondo del mar. Toryja, único sobreviviente de aquella expedición regresó a Amarasoia, la tierra de su padre con cientos de historias que contar.

“¡Traigan primero algo para comer!” decía Toryja sentado en una especie de trono que le prepararon cuando arribó a la aldea de su madre. Toryja con su estilo fuera de juicio pedía y pedía. “Coloquen una hamaca y háganme descansar columpiándome. Que me hamaquen las más hermosas doncellas de la aldea. Traigan un poco de chicha para beber. Quiero estar alegre para así contarles mejor las aventuras de nuestra expedición”.

Las indias que le rodeaban se reían de él y remedaban su forma de pedir. “Pedir y pedir, pedir más es lo único que sabe el indiecito...”, le decían al oído. “Es tan insaciable que desde hoy le llamaremos Perurima”, dijo una de ellas en voz bien alta.

Tres días estuvo pidiendo y pidiendo. Cuando el recién “bautizado” Perurima se sintió satisfecho, recién ahí comenzó el relato. Perurima se hizo famoso en poco tiempo y de todos lados llegaban gentes que le pagaban para que les relate aquellas fabulosas historias. Perurima se hizo un experto en la narración. Dominaba aquellos pasajes en los que la emotividad o la comicidad se hacían protagonistas llevando a los oyentes a prorrumpir en llanto o a desternillarse de risa según fuera el caso.

Días después Perurima decidió irse con su tía Guarasyáva a conocer Mbaeveraguasu. Allí llegó a ser muy famoso. Muchas invenciones realizó Perurima en los propicios aires de Mbaeveraguasu, pero de él han quedado sobre todo el increíble repertorio de chistes y cuentos llenos de ingenio y vivacidad. Narraciones que aún hoy son recreadas por el pueblo.

Libro tercero

Las Leyendas Tradicionales, Populares y Religiosas

La leyenda del Ykua Bolaños

El nombre de Fray Luis Bolaños está inscripto con letras de fuego en la historia paraguaya. El franciscano, en su tiempo, ha realizado un trabajo evangelizador ejemplar. Pero ha perdurado en la memoria del pueblo por ser instrumento de Dios en la concreción de un milagro cuya obra se ha quedado para siempre entre nosotros.

Marcha Fray Luis Bolaños al frente de un numeroso grupo de indígenas apenas convertidos a la fe católica. Hace ya varios días que avanzan por tierras chamuscadas. El calor se hace cada vez más y más insoportable. Las reservas de agua se agotan y no hay cómo reponerlas.

Ni un bañado, ni un estero, ni un arroyo, ni unas míseras gotas de lluvia.

Nada de agua.

Las hierbas son mudos testigos de la sequía y se quiebran con sonidos tristes al paso de los hombres. La fe se debilita. Desde la conversión los nuevos católicos sólo han pasado penurias y creen ver en ello una venganza terrible de sus antiguos dioses.

Fray Bolaños les habla, trata de apaciguarlos, les pide calma. Siente el franciscano mucha pena por la situación que deben atravesar estas gentes pero a la vez les demuestra una fe inquebrantable que no podrá ser doblegada por ninguna sequía por más terrible que fuese.

Les habla de los sacrificios que tuvo que hacer el hijo de Dios para salvarnos del pecado. Les habla y más que nada él mismo se da fuerzas para continuar. El camino agobia y ya las fuerzas desfallecen. Es hora de detenerse y volver a empezar con las palabras para que los recién iniciados puedan entender que no se trata de un castigo de sus antiguos dioses sino simplemente de un fenómeno de la naturaleza. Al dar un rodeo para ubicar un mejor lugar de descanso Fray Bolaños se encuentra con tres de los más importantes caciques de la zona que vienen a su encuentro.

El más anciano llega junto al fraile y dialogan.

En realidad el cacique intima al fraile. Si no consigue agua invocando a su Dios será atravesado por las flechas de su tribu. El fraile pide unos momentos a solas. Recorre el lugar lentamente. Cerca de unos arbustos hay una piedra grande. El fraile pide ayuda para mover el peñón. Lo retiran de su lugar y como si hubiesen arrancado la tapa a un interminable recipiente, la surgente deja escapar un chorro de agua cristalina y fresca en medio de aquel polvaredal.

Las tribus de aquellos tres caciques también se convirtieron al catolicismo y Fray Bolaños siguió adelante con más confianza que nunca en su campaña evangelizadora.

La leyenda de Kurusu Isabel

Cruces que se encuentran en el santuario que la población levantó para recordar el sitio de la muerte de Isabel. leyenda

de Kurusu Isabel.

Marcha la diezmada columna rumbo al norte. Pocas esperanzas habitan los corazones de los soldados. Piensa el Mariscal en su Patria. Quiere reunir a su gente, juntar fuerzas e iniciar el contraataque. Sus deseos van más allá de las fuerzas que le restan. Se niega aún a admitir la derrota. Un país en ruinas va quedando atrás. Marchan en la columna las esforzadas residentas y entre ellas marcha también Isabel con su pequeña hija en brazos.

Atraviesan los bañados con el agua casi hasta la cintura. Los insectos se hacen el festín hundiendo sus lancetas en la costra de aquellos cuerpos cansados.

Descalzos marchan. Ahora sobre un campo sin árboles, llano y hostil que se extiende sin fin ante los nublados ojos de la tropa. Lloro la niña en brazos de Isabel, ahogado el llanto por el sofocante viento norte que extiende su manto caliente sobre la columna. Nadie escucha los lamentos que se alzan constantemente. Nadie habla. Es un ejército de muertos rumbo al purgatorio. Trastabilla Isabel pero aún logra levantarse y proseguir. La joven madre se va rezagando pero el grupo harapiento no está para atender a los que se quedan y sigue su marcha.

Quiere gritar Isabel pero el grito se queda pegado en la sequedad de su garganta. Cada diez metros Isabel cae y vuelve a levantarse. Con cada caída la maltrecha columna se aleja un poco más. Confía Isabel en darles alcance cuando caiga la tarde y se arme el campamento. Una pareja de tigres siguen atentos los endeblés pasos de Isabel. Rugen cada tanto los tigres avisando a la presa indefensa el terrible final que le espera como si fueran enviados de la más profunda oscuridad.

Detrás de aquellos árboles se ha perdido la columna de hombres y mujeres. Isabel ya no los ve. Sus fuerzas se agotan. ¿Cuántos días lleva caminando con su hija en brazos? Una terrible puntada en la espalda la tira una vez más al suelo. Quien viera ahora el desolador paisaje no vería más que campo. Isabel yace cerca de un árbol entre el chirral.

Se ha quedado dormida la mujer. Su pequeña hija prendida a su pecho. Los tigres caminan en círculos cada vez más estrechos a su alrededor. Sólo los lomos amarillos refulgen con el sol a ras de los yuyales. El inhóspito lugar les ha entregado un bocado fácil. Rugen ferozmente y el sonido vuela hasta un lejano grupo de árboles y se cuelga entre las ramas haciendo huir a las aves. Pasa la bandada en silencio sobre el escenario de la muerte.

Los tigres están a un paso de la mujer dormida. Huelen la carne que aún late. Escuchan los quejidos de la criatura. Clavan su mirada amarilla en la mujer y su hija. ¿Acaso los impulsa el instinto de conservación o están cebados con la carne de los muertos de la guerra? Nadie nunca podrá responder a este interrogante. Se agazapan los tigres. Arañan el aire con sus zarpas sucias de lodo. Olisquean el cuerpo de la mujer. Demoran el acto final. La presa no se defiende.

Templete donde se venera a Isabel.
Está ubicado a 15 km de Concepción,
capital del departamento del mismo
nombre, y es un sitio abandonado de
las comunicaciones.

Sueña Isabel en su desmayo y en su sueño se ve entrando a un palacio. Dos tigres enormes, sujetos con cadenas de oro custodian la puerta. Ella sube las escaleras del pórtico principal de la mano de una niña. La niña pregunta por los tigres y la madre le tranquiliza diciéndoles que son sus protectores. En efecto a su paso los tigres se echan y esperan. Nada hay que temer dice Isabel en el sueño. En una sala de mosaicos blancos Isabel deja a la niña jugando con unas hermosas muñecas de porcelana que visten coquetos atuendos de fiesta. Ella comienza a andar por un pasillo pintado de cielo. Sólo el piso por donde camina parece real. El resto es cielo. Como si se deslizara sobre una alfombra cuadrículada y recta. Camina Isabel hacia el extremo más alejado de aquel pasillo celestial. Camina y termina por perderse en ese cielo con el que ahora se funde. Isabel siente que vuela.

Una luz fortísima rodea a la mujer y a su hija. Los tigres retroceden como ante la luz del Poderoso y se echan cerca de ellas.

La niña sigue prendida al pecho de su madre. Se alimenta. Su madre, desde el estado de inconsistencia la acaricia con su mirada, calma sus momentos de miedo.

Vigilan los tigres con la luz del día.

Vigilan los tigres bajo las estrellas.

Pasan los días.

La tropa ya está muy lejos.

Ahora, en el horizonte una vaga nube de polvo se levanta acercándose. Son dos jinetes que avanzan por el desolado campo. Al galope van pasando cuando divisan algo que se mueve en aquella quietud. ¡Tigres! dicen al unísono y espolean sus caballos para dar caza a los animales, pero los tigres no se mueven. De pie sobre los chircales los miran avanzar. Los miran de frente como quien ve llegar a dos viejos amigos. Sólo cuando están muy cerca los tigres corren hacia un lado y parecen desaparecer. Los hombres sorprendidos divisan a la mujer y su hija. Se acercan apeándose de sus caballos. ¡La niña está viva!

Mientras uno cuida a la criatura, el otro cava una fosa.

¡Por suerte los tigres no le han hecho daño!

Duro trabajan los hombres para dar una digna sepultura a la mujer que ha alimentado a su hija aún después de muerta. Los hombres le construyen una pesada cruz con la cual señalan aquel lugar. Al final, sobre el llanto de la niña, rezan unas breves oraciones y se marchan en busca del poblado más cercano.

¡Ni rastro de los tigres!

¡Ni rastros de la crueldad de la guerra!

Han pasado los años y las gentes que pasaron por aquel lugar de la cruz, fueron alimentando la leyenda de la mujer que salvó a su hija después de muerta. Las voces populares le han tejido infinidad de historias hasta el punto de perderse aquella verdadera que sólo fue presenciada por la pareja de tigres. Hoy en día aquel lugar es conocido como Kurusu Isabel. Los viajeros que llegaron hasta el lugar han ido quitando astillas de aquella cruz primigenia hasta casi hacerla desaparecer. Astillas que guardan como amuleto de la buena suerte. Un templete fue alzado por las manos del pueblo y nuevas cruces fueron puestas en aquel sitio a donde hoy en día acuden los promeseros en busca de algún milagro.

La leyenda de la muerte de Guido Boggiani

Yo que estuve ahí no le veo ningún misterio. La gente se empeña en que las cosas parezcan mágicas. Yo no sé adonde quieren llegar con esa manía enfermiza. Las cosas existen o no existen. Para qué vamos a andar con vueltas. Con la edad que yo tengo para qué les voy a mentir. He contado esta historia siempre que me lo han pedido pero ya he perdido las esperanzas de que alguien la escriba tal como es. Siempre le agregan cosas que yo no dije.

Mucho años me guardé la historia, pero como siempre hay alguien que insiste al final cedí. Después, cuando me di cuenta que todos la modificaban ya me dio bronca, pero no puedo negarme cuando se trata de contar qué pasó con Guido Boggiani.

Aquella vez yo me encontraba de casualidad como miembro de su expedición. No tenía en mí ese espíritu aventurero innato que tenía el italiano y seguramente, no me acuerdo bien, no había podido oponer fuerzas suficientes a su insistencia. Eso ocurría a menudo. Boggiani tenía un poder de convencimiento extraordinario.

Nadie podía detenerlo en sus investigaciones. Era de esos hombres inquietos por naturaleza, me entiende. Si él en Italia lo tenía todo, relaciones con gente influyente, destaque como pintor, músico y poeta, una mujer hermosa, hijos...

Yo me hubiese quedado donde estaba pero él no, él estaba poseído por una intranquilidad esencial que lo llevaba a iniciar una y otra vez aventuras cada día más difíciles. Y bueno, yo estaba en aquella expedición de la que no volví. Estaba ahí de pura casualidad.

Nos habíamos adentrado en la selva y plantamos nuestro campamento en un lugar protegido de los vientos y de difícil acceso. Nos llevábamos bien con los indios con lo que nos topábamos andando por aquellos lugares, pero siempre cabía la posibilidad de una agresión, así que tomábamos recaudo eligiendo sitios que nos dieran cierta ventaja en caso de que tuviéramos que defendernos.

Con nosotros iban dos guías indios y eso nos evitaba sorpresas.

Una de las cosas que más le gustaban a Boggiani era fotografiar a los indios en los que veía los rasgos más puros. Eran reacios los nativos, sentían un temor extraño ante aquella máquina, pero al final siempre terminaban por aceptar los regalos con que Boggiani los sobornaba, sobre todo las mujeres que se derretían ante las telas que se les daba.

Una tarde llegó hasta el campamento, junto a otras nativas, una joven esbelta y muy graciosa. Inmediatamente, Boggiani puso sus ojos de científico en ella y tras muchas vueltas pudo convencerla de que pose para él. Boggiani la dibujó pacientemente durante poco más de dos horas. Cuando el trabajo estuvo terminado, la india que no tendría más de 16 o 17 años, salió corriendo con sus telas y Boggiani sonrió satisfecho por el trabajo que había realizado.

No fue esa la última vez en que aquella muchacha nos visitara en el campamento. Venía casi todos los días, a tal punto que uno de los guías ya suspiraba por ella. Es que era realmente bonita. Pero ella venía a ver a Boggiani, eso se notaba. Mas el interés que Boggiani dispensaba a los indígenas era meramente científico y en cuanto a su relacionamiento humano con ellos, se podría decir que los quería como quería a todos los seres que con él se relacionaban.

Boggiani andaba por aquellos días melancólico y pensativo. Bueno, ése era su carácter habitual, sólo cuando estaba en medio de un trabajo se mostraba con interés y cuando lo terminaba con éxito era el momento en que se le podía ver feliz, ustedes saben.

La cuestión es que la joven venía y venía al campamento, pero Boggiani no parecía darse cuenta de nada extraño. Todo el mundo sabía que ella estaba allí por él, menos él mismo.

Una noche, mientras todos parecían dormir y Boggiani fumaba retirado de nuestras hamacas, apareció la joven india, alargó sus brazos con la intención de abrazar al científico pero éste le sujetó las manos. Hablaron largamente. Yo no dominaba el lenguaje de aquella parcialidad por eso poco y nada pude entender. Más percibí por las entonaciones que por las palabras en sí. Pero al final la niña india partió a toda carrera y se perdió en la selva.

Boggiani se acostó y aparentemente durmió con tranquilidad. Yo me mantenía despierto, algo me mantenía despierto y no era simple curiosidad sino presentimiento. No sé, la cuestión es que aquella noche no dormí hasta muy tarde.

Poco tiempo después de que la india partiera, con mucho cuidado de no despertar a nadie, y en la misma dirección, partió el guía indio. Ese que estaba totalmente prendado de la muchacha.

Después el sueño me venció y cuando desperté estaba solo en el campamento. Dí unas vueltas y apareció el otro guía que venía con un manojo de leña. Los demás se habían ido de excursión. Pregunté por su compañero y me dijo que también estaba de excursión pero que por la noche él había encontrado el cadáver de la chica

indígena muy cerca de allí. Al verla partir, la siguió –me relató el guía– pero no pudo evitar que se atravesara el corazón con el cuchillo que Guido le había regalado a su padre.

¿Qué había pasado? La joven sintió o creyó que su alma había quedado prisionera de Boggiani desde aquel día en que la dibujó. Ella había visitado aquella noche a Guido para que le devuelva su alma, pero él se negó a devolverle el retrato. Entonces ella le pidió que por favor la tomara por entero para poder regresar junto a su alma. Pero Boggiani también se negó. Como la niña no iba a poder ser nunca más feliz con otro hombre se dio muerte.

Recuerdo el tono sombrío que imprimió a su voz el guía cuando me dijo que los parientes de la joven se vengarían. Ante la advertencia ordené al guía que siguiera las huellas de mi amigo, llevé conmigo apenas el fusil, el agua y un cuchillo. No anduvimos mucho tiempo. En un recodo de una picada yacía tirado de bruces el cuerpo de Guido Boggiani con la cabeza destrozada de un hachazo. Me acerqué a él y toqué sus manos en las que aún se podía sentir la sangre caliente. El guía me sacó de aquel estado de incredulidad al ver al amigo muerto. El instinto de conservación, ante la advertencia del indio pudo más en aquel momento. Yo abandoné el cuerpo de Guido Boggiani. Si no lo hubiera hecho no estaría contando esta historia.

La leyenda de la fuente del amor

Mana el agua del misterioso ykua Bolaños. Así, fluyente, se la ha visto desde hace casi tres siglos. Ahora es verano. Recorre el Paraguay un año desgraciado: mil novecientos sesenta y nueve. Año de guerra. Año de huida hacia el Aquidabán.

Las aguas milagrosas le dan al sitio desde donde nace el arroyo un aura diferente. Mágica si se quiere. Fresca. Propicia para el amor.

A caballo llega un joven hasta el sitio desierto.

De un salto desciende a tierra antes que el caballo se detenga.

Y al tocar el suelo que verdea de una gramilla tierna, en una demostración de habilidad que sólo él disfruta se quita el sombrero y lanzándolo suavemente le hace describir una pirueta combada tras la cual queda apenas colgado de la punta de una rama seca. Se sienta el hombre al pie de un árbol tarareando una cancioncilla suavemente.

Espera a alguien o simplemente disfruta del paraje.

Nadie que venga hasta el ykua con esa alegría inconfundible puede estar simplemente de paseo. El muchacho parece esperar a su amada. Está ansioso. Un buen tiempo ha pasado y el mozo se ha ido adormilando. El mentón le cae ahora sobre el pecho. ¿Estará dormido?

Una jovencita llega al claro desde el monte. Se acerca a la cruz que memora el milagro. En silencio se arrodilla y reza. Enciende fuego a dos velas. Las rodea con piedras y las deja allí. ¿Habrás hecho alguna promesa?

Ahora la muchacha cruza el pequeño puente de piedras tendido sobre el arroyuelo y se dirige hacia el lugar donde el hombre dormita. Con los encajes de su mantilla roza el rostro del muchacho. De inmediato se despierta y se excusa ante la mujer. “¡Oh, gracias a Dios que estás aquí! Como tardabas un poco me he adormilado, pero lo peor no fue eso, estuve soñando que debía partir sin poder verte. ¡Qué alegría!” La toma entre sus brazos y se funden entregados al amor.

Ella sabe que es el final.

Él parece no saberlo. O es que realmente su inocencia es grande o sabe esconder muy bien sus sentimientos. A punto de marchar con las tropas hacia el Aquidabán aparece optimista con respecto a la guerra.

Seguramente no quiere darle un disgusto a su amada.

Las campanas de una iglesia lejana dejan caer sus cansados sonidos sobre las aguas del arroyo. Se diría que aquellos sonidos vienen a morir en el ykua. Los pájaros van llegando desde todos los puntos cardinales para quedarse en los árboles que rodean al arroyo. Con empujoncitos leves, la noche aparta al sol y va ocupando su sitio de reina de las sombras. Antes de aquietarse para el descanso, la vida da muestras de su enorme poder.

“Tengo sed”, dice la joven.

El hombre le entrega la guampa orlada de oro que lleva atada a su cintura y le acompaña hasta la vertiente. La mujer carga el agua y bebe. “Volveré pronto, ya verás. Y entonces estaremos juntos para siempre”, dice el hombre. “Para siempre”, dice ella devolviéndole la guampa de donde bebiera. Queda aún un poco de agua en su interior. El hombre mira el recipiente. La marca de los labios de su amada. Se lleva el objeto hacia la boca. Apoya sus labios en el lugar marcado y bebe el agua que resta en el interior. Un beso sobre otro beso.

Al fin se despiden tiernamente. La mujer desaparece en el monte y el hombre emprende el camino de la guerra sobre su caballo. Ya no tiene dudas. Volverá junto a la mujer que ama. Y esta vez no es inocencia ni lástima. Es una fuerza extraña. Se diría que viene del agua y del fuego. De aquellos cirios que ardían lentamente frente a la cruz y del agua que bebió del mismo vaso con su amada.

El hombre fue uno de los pocos sobrevivientes de la guerra.

Logró burlar a la muerte y a las prisiones enemigas para llegar sano y salvo junto a su amada.

Desde entonces el ykua Bolaños sumó un milagro tras otro pues se inició la creencia de que si dos enamorados beben del mismo vaso agua del ykua ya nada podrá separarlos.

La leyenda del Chingolo

Dorado y brillante el pájaro desciende sobre la torre y camina picoteando aquí y allá algún grano que el viento ha traído hasta las alturas del edificio. A pesar de su tamaño, relativamente pequeño, el pájaro se mantiene en equilibrio enfrentando el fuerte viento de las alturas. Está sobre una torre mohosa que ha soportado el paso de los siglos sin inmutarse. Sus paredes han vivido más de cien tormentas sin un ¡ay! Los hombres la han rodeado, la han sitiado y han guerreado en su derredor, pero las flechas y las balas no le han hecho mella. Impertérrita, la torre continúa altiva, elevándose hacia el azul, símbolo de la búsqueda del infinito que el hombre siempre ha perseguido.

Allí anda el pájaro dorado con su paso elegante y el brillo inaudito de su plumaje.

De pronto su voz se eleva en el aire de la tarde en un gorjeo enamorado.

Ante la presencia de una compañera –las hembras eran en aquella época de un color plata sin igual– el chingolo hace alarde de gracia y vivacidad. Gira alrededor de la torre rozando las campanas y haciéndolas temblar para que emitan un rozar de metales apenas audible para ellos. Da la vuelta y roza el suelo con el pecho dorado. La pajarita le mira atenta, gozando con la demostración que no tiene otro objetivo más que impresionarla.

El chingolo da otra vuelta y va a pararse firmemente sobre la veleta que adorna la torre. Entonces mira a la pajarita que está más abajo y dice: “Si lo quisiera, derribaría esta torre de una sola patada”.

La pajarita sonríe maliciosamente ante la exagerada afirmación de su pretendiente.

Una nube negra aparece de pronto cerca de la torre y con gran velocidad avanza hacia la veleta. La pajarita mira horrorizada el fenómeno y no puede menos que pensar en un castigo. El chingolo le hace frente pero la

fuerza de la tormenta le arrastra en sus remolinos. Nada puede hacer. Su alarde de fuerza y poder no tiene ningún sentido ahora. El castigo divino a la soberbia llegó en menos de lo que canta un gallo.

El chingolo rueda por tierra malherido y sus plumas doradas se convierten en una mezcla de ceniza y tierra. Toda su belleza ha desaparecido. Su bello gorjeo no aparece en su garganta y ya no puede sostenerse con gracia sobre sus finas patas. Desde entonces el chingolo se mueve con esos ridículos saltitos y se confunde con la tierra. El presuntuoso, el engreído y el soberbio siempre tienen un triste final.

La leyenda de Karai Octubre

Este hombre que ahora trenza su látigo de ysypo resguardado en las anchas alas de su raído sombrero de paja vive solo en el monte. Nadie lo ve sino una sola vez al año. Aparece para comprobar que se cumpla la tradición de siempre el primer día de octubre. Viene preparado, con su rebenque listo para castigar a quienes se atrevan a desafiar la costumbre.

Le interesa sobremanera la cocina de cada casa. Pasa hasta donde las ollas están hirviendo sin importarle nada más. Lo ha hecho durante siglos. ¿Quién podría cuestionar su actitud?

Malhumorado y hombre de pocas pulgas el Karai se pasea por los poblados haciendo sonar su látigo para anunciar su llegada. Las mayoría de las mujeres le ceden el paso y le dejan espiar en las ollas. Pero aquellas que no han seguido la tradición, pretenden ahuyentarlo, temerosas. Esas no se salvan del castigo.

Karai Octubre le llaman. Medio petisón es el hombre y su ancho sombrero lo achata aún más. Lleva puestas unas ropas roñosas y, como ya dijimos, hace sonar su rebenque antes de entrar a espiar en las cocinas y en las ollas.

Karai Octubre es la pobreza, la miseria, las penurias.

Se le ahuyenta solamente con una olla repleta de comida.

Si no encuentra suficiente se queda con esa familia para todo el año y, además de los rebencazos, la miseria les acompañará por todo el año, con sus nefastas consecuencias.

De ahí que en todas las casas, cada primero de octubre, no falte el puchero bien servido. De esa forma la conciencia de toda la familia quedará tranquila por el resto del año. En cambio aquellos que se resistan y mezquinen la comida de ese día tendrán que convivir con el hambre por el resto del año. Esta tradición enseña al campesino a prever el alimento para los suyos durante los meses de “vacas flacas”, época que se inicia en octubre y que abarca los últimos meses del año.

El premio es para los previsores.

El castigo, para los haraganes.

La leyenda de Mala Visión

Llevaban más de tres años conviviendo en matrimonio. Habían sido felices en los primeros tiempos, pero el monstruo de los celos les había arrebatado la risa. La mujer con sus sospechas fue empujando a su marido hacia la infidelidad y éste, cansado de los reproches que recibía en su casa, optó por buscar consuelo en otros brazos. El hecho de celar sin motivo terminó por producir lo que se temía. El hombre, a pesar de su infidelidad, seguía viviendo con su mujer.

Pero la mujer ya no vivía para construir una familia sino para destruir el matrimonio.

Cada paso que daba tenía siempre un propósito destructivo.

Se pasaba la vida pensando en cómo hacer caer a su marido en las trampas que a menudo le tendía. Sus pensamientos fueron cayendo en la locura hasta que un día la idea terrible ardió en su mente enferma. “Y si alguien me pregunta por él, le diré que se fue con otra”, se decía la mujer en plena efervescencia de sus macabras ideas.

No tenían hijos así que eso le evitaba cualquier inconveniente.

No habría testigos.

Una noche la mujer esperó pacientemente a su marido. En el lugar de la cama donde ella debía estar acostada acomodó unas viejas cobijas que formaron un bulto parecido a su cuerpo y con un garrote bien pesado se sentó a esperar a su marido. Lo esperaba como esperan los sabuesos que han rodeado a su presa: tranquilamente, sin apuros.

Cuando el hombre llegó, la mujer no tuvo inconvenientes con su plan. Lo recibió con un terrible garrotazo en la cabeza. Crujieron los huesos y el hombre se despidió de la vida. La mujer, por las dudas, arremetió con su primitiva arma y le dio unos cuántos golpes más impulsados por la fuerza del odio que había alimentado durante tanto tiempo.

Arrastró el cadáver del hombre hasta una carretilla, lo cargó y en medio de la oscuridad de la noche lo llevó hasta una cueva alejada de su casa. Allí, en el fondo de la gruta, volcó el cuerpo sin vida y cubriéndolo con ramas secas le prendió fuego.

Aún se tomó el trabajo, la mujer, de borrar las huellas de la carretilla. Hizo todo esto con gran paciencia y nadie la vio. El crimen había resultado perfecto. Su rostro ahora se veía distendido, casi feliz. Cuando, en los días siguientes sus vecinos preguntaron por el marido, ella contestaba alegremente: “Terminó yéndose ese sinvergüenza, con alguna loca por ahí”.

La mujer no esperaba lo que iba a suceder.

Una semana después que el marido ardió en la gruta, la noche se presentó tormentosa. Negras las nubes se podían divisar cada vez que los relámpagos iluminaban la escena. La mujer, tarareando una canción, preparaba la cena. Siempre había tenido la costumbre de cantar mientras hacía las labores. Un ventarrón violento y repentino vino a incomodar su paz. Saltaron los vidrios de la ventana. La mujer se dio vuelta asustada y vio suspendido en el aire el cuerpo de su marido, echando chispas, cubierto de brasas. Un aullido espeluznante se escuchó en toda la región. La mujer cayó muerta de espanto en el acto.

El alma en pena del marido muerto había regresado al hogar.

Un gran incendio se desató más tarde en aquella casa y nadie supo lo que había sucedido. Sólo encontraron el cuerpo sin vida de la mujer. Pero el alma de aquel hombre, que también tenía su culpa, aún vaga por los caminos y cuando ve viajeros solitarios o desprevenidos, suele lanzar sus aullidos. Si alguno responde a sus gritos, entonces se presenta y con su imagen terrorífica, lanzando chispas, enloquece o mata.

La leyenda de Kurusu Bartolo

Corre el año 1816. Corre Pai Bartolo hacia la iglesia. Ya es hora de la misa. El sacristán ya ha llamado a los feligreses haciendo sonar la campana y los pocos hombres y mujeres que pueblan los viejos bancos están ansiosos de cumplir con la obligación cristiana de la santa misa.

Pai Bartolo viene de los campos sembrados. Ha estado hablando con los campesinos pero antes visitó a dos familias que se dedican al trabajo del tejido.

Ahora está en el altar sudoroso pero feliz de haber llegado a tiempo para cumplir con su obligación. Las lecturas las hace el sacristán y Pai Bartolo se reserva el sermón. Habla Pai Bartolo del escaso interés que en la población despierta la palabra de Dios. Hace responsable de ello al gobierno del El Supremo que difunde el

materialismo y se olvida del alma de las gentes. Habla con pasión y devoción. Habla convencido de que sus palabras transmiten la verdad.

Así es Pai Bartolo, un hombre apasionado.

Un hombre que anda por los caminos de la vida contagiando a la gente con su entusiasmo.

Esto es Villarrica del Espíritu Santo y aquí Pai Bartolo es como de la familia. De todas las familias que viven, sueñan y trabajan en esta ciudad. Es que Pai Bartolo recorre casa por casa con la esperanza de lograr que se sumen a la escasa feligresía que asiste y colabora con la iglesia. No son buenos tiempos para la iglesia en Paraguay. Por eso mismo hay que andar el doble, dice Pai Bartolo.

Es un poco acelerado el cura, eso hay que decirlo. A veces le pide cosas a la gente que la gente no puede dar. No, nada material, es con respecto a las actividades de la iglesia. Las cosas espirituales. El compromiso. Esas cosas.

Pero eso es lo mínimo que se puede pedir a un católico, dice Pai Bartolo.

En estos tiempos es distinto, le contestan a veces. Dios no solamente está en su iglesia Pai, le dicen otros. Dios está más en nuestros campos que en esa su iglesia, dicen. Para qué me voy a ir, para que digan que soy un chupamedias del cura. Las cosas que Pai Bartolo escucha habitualmente son para un hombre de fe a veces terribles, pero sin embargo sigue adelante.

Algunos campesinos reconocen que el entusiasmo de Pai Bartolo es capaz de hacer brotar los almácigos más rápidamente. Las plantas crecen más rápido cuando cruza por las quintas Pai Bartolo con su paso inquieto. Los tejidos parecen avanzar el doble cuando él habla con quienes operan los telares.

Claro, esa inquietud, ese dinamismo, ese aceleramiento tienen un precio. Más de una vez lo ha visto el sacristán sofocado y ahogado en sus preocupaciones, pero Pai Bartolo rechaza cualquier tipo de ayuda. No más que un vaso de agua que a veces era insuficiente para salir del trance en que sus propios nervios le encerraban.

No se sabe bien cuando, pero Pai Bartolo un día olvidó el camino de la iglesia y un campesino tuvo que acercarlo con buena voluntad. Otro día se le encontró divagando por el campo. Pai Bartolo empezó a hablar solo por las calles. La gente primero pensó que era producto de su natural forma de ser, pero cuando comenzó a pasar frente a sus conocidos sin dirigirles la palabra se dieron cuenta de que alguna grave enfermedad le estaba aquejando.

Los familiares de Pai Bartolo entonces decidieron hablar con el sacristán el cual confirmó sus temores. Decidieron entonces llevarlo a su chacra y cuidarlo de que no salga pues todas las cosas se tornaban peligrosas ante el comportamiento que por su enfermedad demostraba Pai Bartolo.

Pai Bartolo no aceptó esta situación de buenas a primeras y una noche de tormenta logró escapar a los cuidados de su familia y salió a caminar por los campos cercanos. En el camino intentó cruzar un arroyo pero cayó en él y murió ahogado. Los lugareños le dieron sepultura junto a aquel arroyo y señalaron el sitio con una cruz.

La cruz fue ganando fama de milagrosa y parece que escuchaba particularmente los ruegos de los campesinos que llegaban a pedirle que les enviara la lluvia. Tiempo después la cruz fue retirada y llevada a un oratorio que a efecto de adoración le había construido don Hilario Meaurio en su domicilio. Aún hoy se le adora cerca de allí y cada 3 de mayo, día de la cruz, se acostumbra a hacer el sabroso Chupa Kurusu. Cuando los campesinos acuden a ella ansiosos de lluvia para sus sembrados es infalible. El noveno día de la novena, según cuentan, la lluvia siempre llega. Lo curioso es que cada tarde, entre cánticos y sones de tambores suelen llevar la cruz en procesión para darle un baño en aquel arroyo donde Pai Bartolo encontrara la muerte.

La leyenda de Santo Tomás

Recuerdo que un día de lluvia en que viajábamos por la zona del Guairá tuvimos que quedarnos a pasar la noche en un pequeño poblado a la vera de la ruta. Volvíamos hacia la capital luego de visitar a unos parientes de la campaña y nos quedamos en una especie de pulpería. Allí se daba de comer y además nos ofrecían, por poco dinero, un lugarcito donde dormir. La noche era fría y como no queríamos arriesgarnos hicimos el alto y nos quedamos.

Comimos un caldo ava riquísimo que la dueña de casa había preparado durante horas. Y después de la cena, casi todos los que allí habíamos parado, nos quedamos en la mesa charlando largamente acerca de las leyendas de nuestra tierra.

Surgió entonces la famosa leyenda de Santo Tomás, el santo de los agricultores.

Algunos sugirieron que la leyenda era antiquísima y que en realidad no era de Santo Tomás sino del primogénito de Rupave y Sypave, el patriarca Tume Arandu, cuyas hazañas al trascender las épocas le fueron variando el nombre así se conocen historias de Paí Tume, Pai Zume o Chume. Hay quien le llama karai Zume o sus variantes. Decían éstos que los evangelizadores que llegaron a América aprovecharon la similitud fonética y entonces hicieron creer a los indios que se trataba de su Santo Tomás, aunque otros sostienen que se trata de San Bartolomé. Las similitud fonética de los nombres fue lo que posibilitó la apropiación de una historia con raíces indígenas con fines evangelizadores. Coincide esto conque al parecer, Pai Tume (yo prefiero llamarlo con su nombre original Tume Arandu) fue quien enseñó a los guarani el cultivo de la mandioca y sus preparados. En otros lugares dicen que en realidad lo que enseñó fue el cultivo del maíz y en otros que fue él quien enseñó las propiedades y usos de la yerba mate. Démosle chance a todas las posibilidades.

La confusión adquiere ribetes de acertijo cuando nos encontramos con los cientos de textos que al tema se refieren de manera diversa. Inclusive el famoso Pai Tume o como se llame se convierte en personaje serial protagonizando los famosos “casos” que abundan en la literatura oral de nuestro país. Así las cosas la discusión se planteó larga y distendida. Todos parecían tener la razón y todos parecían no tenerla. ¿Cómo encontrar un punto de concordancia más o menos sensato tratándose de un tema de origen legendario, mitológico, fantástico y espiritual?

Hay quien dice que Pai Tume en realidad fue el Santo que habría llegado a América por caminos diversos según las fuentes. La historia ubica al santo en la época anterior a Cristo. Las condiciones históricas entonces entran a tallar y por descarte se llega a la conclusión de que el santo no pudo haber llegado por mar sino a pie a través del estrecho de Bering. Esta teoría “razonable” se desbarata cuando se buscan los antecedentes locales. Casi todos coinciden en que el santo habría llegado desde el Brasil y aún han mostrado el camino que siguió a través de las selvas.

Hay quien dice que todas esas discusiones de folkloristas y literatos no tienen ningún sentido y son un verdadero mamarracho. Pero hay quien afirma que todas las historias conocidas tienen una parte de la verdad. Pero, ¿cómo armar ese gigantesco rompecabezas?

Tarea improbable y casi imposible.

A través de Rosicrán, uno de los más informados folkloristas paraguayos de este siglo, sabemos por su Ñande Ypy kuéra que Tume Arandu, hacia el final de su vida se refugió en una gruta donde se unió por primera y única vez a una mujer y donde poco después murió.

En fin, aquella noche se la dedicamos al, llamémoslo así, Santo Tomás criollo.

Discutimos y nos divertimos mucho con las diferentes versiones que de la huella de un pie impresa en la roca de un cerro aún existe. Nos reímos porque algunos autores dicen que es una patada de furia dada por Tau para anunciar su venganza a los guarani, otros dicen que la famosa huella es del pombéro y los más audaces que es la huella de Pai Tume.

No hay manera de construir un relato definitivo sobre este tema.

Lo cierto es que la imagen de un hombre diferente que dejó sus enseñanzas a los guarani ha sobrevivido durante siglos en el inconsciente colectivo. Haya enseñado a plantar y usar la mandioca, haya enseñado a plantar y usar el maíz, o haya conjurado la yerba mate sacándole el veneno que Aña había cargado en ella, Pai Tume, Pai Sume, Karai Chume o Zume o Tume Arandu, o Santo Tomás, o San Bartolomé, siempre se hallan vinculados al hombre de campo, a su trabajo y al desarrollo de las tareas que ayudan a cultivar el espíritu.

La leyenda de Karai Vos

Casi sin responder, el viejo echa en su bolsa vieja y raída el pan que en aquel rancho acaban de darle. Karai Vosã anda por las calles constantemente.

Nadie sabe lo que lleva en su bolsa de arpillera pero allí mete todo lo que encuentra. Seguramente un entrevero de cosas. Se le ha visto meter la comida que en las casas le regalan, las latas viejas que por ahí encuentra y que levanta quién sabe para qué, tornillos y clavos en desuso, algún cachorro abandonado también ha ido a parar a la bolsa del viejo.

Se dice que está loco porque habla solo.

Se dice que no tiene casa ni sitio donde dormir porque siempre se lo ve vagando por las calles.

Se dice que es un asqueroso porque casi nunca se baña y se encima unas ropas con otras.

Se dice que se alimenta de sus perros a los que tiene a su alrededor por medio de hechizos.

Se dice que cuando encuentra un niño solo por las siestas lo mete en la bolsa y se lo lleva, para luego matarlo y comerlo. El Karai Vosã, el hombre de la bolsa o el señor de la bolsa es un personaje infaltable en todos los pueblos. Los niños le temen y huyen de su presencia.

Mentando al karai Vosã, las madres logran que sus hijos desobedientes se queden en casa en las pesadas siestas de verano. La hora que más le gusta a Karai Vosã. La hora en que sale especialmente a cazar niños. Si te encuentra solo en la calle, estás perdido. Hay que tener cuidado porque con su mirada ladina te puede paralizar. No lo mires mucho si es que te topás con él por ahí.

La leyenda de la Niña Francia

Es domingo. En la iglesia de Trinidad la gente se arremolina a la salida de misa.

Un muchacho alto y de elegante porte avanza con paso firme hacia la arboleda del fondo de la Iglesia. Por la otra galería una niña ha salido de la iglesia y con pequeños pasos también se dirige hacia allí. Van a encontrarse en secreto.

Están enamorados y si tuviéramos que remitirnos a los inicios de este amor diríamos que todo comenzó cuando el muchacho levantó el pañuelo que la niña dejó caer a la salida de misa un domingo, hace ya algunos meses. La pasión ha ido alimentándose en secreto y el amor fue creciendo. Ahora los jóvenes hablan sobre la posibilidad de comprometerse. El muchacho no se anima a enfrentar al tutor de la niña sin que ésta hable antes con él explicándole sus sentimientos. ¡Nada más y nada menos que el Supremo! Don José Gaspar Rodríguez de Francia, en el apogeo de su gobierno, se muestra inaccesible aún para la niña. Aunque suele visitarla es parco. Parece haber perdido el don de la elocuencia que lo llevó a encabezar el primer grito de independencia americano.

La niña promete hablar con su tutor a la brevedad.

El mozo promete volver a verla a través de la reja de su casa y llevarle flores silvestres.

En los breves minutos que están juntos experimentan el goce juvenil de amor sano y sincero. Sus miradas, sus breves caricias y un furtivo y delicado beso engalanan el encuentro.

Días más tarde el Supremo visita la casa de la niña, se interesa por su estado de salud, conversa con las criadas que tienen la misión de cuidarla. Vela, celoso, porque en esa casa no falte nada. La niña debe criarse con las necesidades satisfechas.

La niña pide hablar con él.

Se sientan ambos en sendas sillas de asientos de mimbre. La niña tímidamente pero decidida le cuenta que tiene un pretendiente y que el joven desea hablar con él. ¡Cómo se atreve! piensa Don Gaspar. Pero su semblante se mantiene serio escuchando a la niña. Pregunta con interés fingido el nombre del muchacho. José Antonio Rojas de Aranda, responde la niña. Pregunta en dónde se ven. A la salida de misa, los domingos en Trinidad, responde la niña. Pregunta si está segura de su amor. Y la niña sonríe sonrojándose. Ya no pregunta: Puedes retirarte, dice ahora y la niña avergonzada pero feliz de haber confesado su amor va hacia sus habitaciones.

El Supremo llama a las criadas y sentencia con voz grave y alta, como para ser escuchado por la niña. Ninfa, la niña no volverá a salir de esta casa. Se prohíbe terminantemente las misas del domingo y cualquier otra actividad. Dicho esto, Don Gaspar sale al patio, desata su caballo, se acomoda en la silla y emprende la marcha hacia su quinta de Yvyrai.

La niña, que ha escuchado las palabras del tutor, rompe a llorar amargamente.

A su mente venía la conversación con el Supremo. No se había explicado bien. No había insistido. No había demostrado la suficiente pasión. Se culpó de estas y otras muchas cosas. Las horas fueron apagando el llanto y encendiendo nuevas esperanzas. La noche se iba cerrando sobre la arboleda de naranjos que rodeaba la casa y con la noche llegaría el amado. El siempre tenía una salida para las situaciones más difíciles.

Allí va el Supremo. Precedido a buena distancia por los guardias que van anunciando su paso. Las ventanas de las pocas casas que se levantan en el camino corren las cortinas, cierran las persianas. Apagan las luces.

El trote lento de su caballo lo lleva a perderse en sus pensamientos. Marcha solo el animal. Ya sabe el camino de memoria. Fiel compañero aquel caballo. El Supremo recuerda sus años mozos. Sus aventuras amorosas. Aquellos Rojas de Aranda tenían en sí mismos el poder de la seducción. Uno de ellos se había interpuesto en el amor que José Gaspar profesaba por una joven y lo había humillado conquistando a quien él tanto amaba.

La soledad había vuelto agrio al Supremo. El poder lo había aislado de la gente.

Ahora otro Rojas de Aranda en su camino queriendo llevarse el único afecto de su vida. Pero esta vez era él quien podía evitar la concreción del amor. El destino había dado una vuelta completa. Jamás permitiría que uno de aquellos se entrometiera en su vida. ¡Jamás!

Diez de la noche. Un jinete llega hasta el naranjal y se apea de su caballo. Lo esconde entre los árboles y se dirige a hacia la casa. El perro guardián, Sultán, sale a recibirlo con festejos. Se diría que es el dueño de la casa pero no enfila hacia el portal. Da un rodeo y se acerca hacia una de las ventanas enrejadas. Allí lo espera la niña. Se echa el sombrero hacia atrás, cruza su brazo entre los barrotes y toma por la cintura a la prenda de su amor. Impaciente por saber las noticias de la entrevista inquiere a la niña: “¿Qué pasó con nuestra petición?”. La niña relata la entrevista con el Supremo. “Traerán otro perro guardián”, dice la niña. “No te preocupes, me haré su amigo, ya ves que con Sultán no me ha sido muy difícil”, dice el mozo acariciando la cabeza del perro que está a su lado.

Las palabras de amor de José Antonio borran las amargas huellas que dejaron las palabras de el Supremo. “Todo se arreglará muy pronto”, dice el muchacho antes de marcharse.

Nunca más se supo de él.

¿Acaso fue secuestrado por los guardias del Supremo?

¿Acaso fue enviado a otras tierras?

¿Acaso fue asesinado?

Lo cierto es que el joven desapareció como por arte de magia. Nunca más volvió a visitar a la niña y la niña nunca más volvió a salir de aquella casa. Los días que pasaron por su vida fueron todos iguales. La niña no dirigía su mirada a nadie. Apenas si probaba bocado de las comidas que les servían las criadas de Francia. No hablaba nunca con nadie. No contestaba las preguntas que se le hacían. Pero por las noches, se pegaba a la reja de su ventana y miraba la luna añorando a su amado. De pronto le parecía que asomaba entre los naranjos la esbelta figura, pero todo se reducía a su imaginación. El hombre de sus sueños no volvería a aparecer. Sultán ya no hacía fiestas a nadie. Ladró, eso sí durante muchas noches desconsoladamente. Ladró insistente una noche nublada en la cual las estrellas se escondían en los oscuros nidos de las nubes. El Supremo estaba allí. Había pasado largo tiempo desde aquella noche aciaga en la que pronunció su sentencia. Ahora volvía. ¿Qué extraños designios lo traían nuevamente a la casa? Nadie lo sabrá jamás.

“Tu padre quiere verte”, anunció Ninfa a la niña.

La niña enloquecida por la furia contenida durante tanto tiempo le respondió con gritos bien entendibles. “El no es mi padre. Es un monstruo. Me quitó el amor. No quiero verlo”, gritaba la niña mientras las mulatas del servicio la arrastraban ante la presencia del Supremo. La niña se paró frente a él con toda la arrogancia de la juventud: “Te odio. Te odiaré toda la vida. Tú no eres mi padre”, le dijo mirándolo a los ojos. La niña escupió en el suelo: “Me das asco”, le dijo y luego inició una carcajada terrible en la que ya se podía entrever la demencia. El Supremo dio media vuelta y se retiró. Nunca más volvería a aquella casa.

A la muerte del dictador, en su testamento no se encontró ninguna mención a la niña. Nadie sabía su verdadero nombre excepto él, así que la niña quedó sin nombre para la eternidad. A la muerte de Ninfa, la celadora, las mulatas se hicieron cargo de la niña. Se mudaron a una casa del centro y allí continuó su eterno encierro.

Las mulatas se turnaban para el trabajo de la casa y también para las salidas, en las cuales vendían productos casa por casa. La gente deseosa de conocer los secretos de la niña preguntaban por ella, pero las mulatas se guardaron siempre de hablar. Vendían sus productos, contestaban amablemente lo que podían y callaban cuando les hacían preguntas indiscretas.

La niña Francia murió, tal vez de pena, tal vez de locura de amor, una mañana soleada... Nunca pudo caminar libremente por las calles. Cuatro soldados llevan su ataúd y las fieles mulatas le acompañan como único cortejo.

La leyenda de Ka'a Iary

Gira el mate espumoso y caliente en la rueda que forman los hombres alrededor del fogón.

Son mineros y reponen sus fuerzas luego de una jornada de duro trabajo. La cosecha de la yerba mate es la actividad de los mineros. Algunos son particularmente hábiles, pero todos saben que deben moverse con respeto en las plantaciones, cosechando sólo aquellas hojas que ya estén bien sazonadas. Nadie destruye el árbol que le da de comer, es el dicho entre ellos.

Ahora es hora de cuentos en la rueda que forman los hombres. En la oscuridad rojiza los mineros se transforman en voces que se van alternando en el relato. Historias de aparecidos, de hadas, de jinetes sin cabeza, de fantasmas, historias fantásticas que mueven la adrenalina de los mineros.

En el rincón más oscuro Julio y Taní escuchan en silencio. Son recién llegados. Apenas tres días llevan en la cosecha con el raído en la espalda. No es mucho lo que Julio y Taní han podido cosechar pero al menos tienen casa y comida.

Julio y Taní son jóvenes y tienen ambiciones.

Julio y Taní se preguntan para sí mismos si será cierta la leyenda que tanto repiten los mineros sobre la Ka'a Iary y ambos se duermen esa noche con la idea de comprobarlo.

Aún no cantan los gallos y Tani sale del galpón donde duermen los mineros. Sale en silencio, sin despertar a nadie. Un concierto desparejo de ronquidos le acompañan. Taní sale y enfila hacia la iglesia. Quiere estar de vuelta sin que nadie lo haya notado. Quiere hacer una promesa ahora que ya es Semana Santa. Ahora que es el momento oportuno para probar si es que esa hada del monte existe o no. Taní conoce la fórmula. La escuchado muchas veces. Entra en la iglesia y jura vivir siempre en los montes, amigarse con Ka'a Iary y no tener trato con otra mujer.

Ahora Taní sale.

Una sombra se escurre detrás de sus pasos.

Taní corre hacia el monte.

La sombra entra en la iglesia y jura vivir siempre en los montes, ser amigo de Ka'a Iary y no tener trato con mujer alguna.

Julio sale de la iglesia y marcha hacia el monte. El juramento le ha dado nuevas fuerzas. Lleva un papel en el que ha escrito su nombre y una fecha. Lo aprieta en su mano derecha. Está emocionado. Busca una mata de yerba donde dejar su mensaje. Al fin encuentra una que le parece apropiada y disimula el papel entre sus hojas. Volverá el domingo. Así lo ha puesto en el papel. Volverá para encontrarse con la bella Ka'a Iary. Sabe que antes deberá pasar otras pruebas, pero sabe que entonces será protegido por el bosque, cubierto su sueño por las verdes alas del hada.

Julio y Taní confundidos con los otros mineros trabajan esa semana con ahínco. Al final del día su frente está marcada por la vincha del raído que llevan sobre las espaldas. Ahora le van tomando la mano a la cosecha y el kilaje de lo recogido aumenta días tras día.

Julio espera con serenidad el domingo, el día del encuentro.

Taní está agitado por la posibilidad de descubrir la verdad... ¿existe la famosa Ka'a Iary?

Taní no sabe de la promesa de Julio.

Julio presiente que Taní también ha hecho la promesa al hada del bosque.

Hace frío a esta hora de la madrugada. Taní va en busca del lugar donde dejara su mensaje. Se detiene frente a la mata de yerba. mira hacia todas partes. El silencio abismal de la noche lo recoge en sus brazos. Lo mira de reojo la luna que se recuesta en su propio creciente hundiéndose en el oeste del monte tras los árboles que miran fijamente al joven como guardianes altísimos e invencibles. Un viento hablador corre alborozado trayendo las conversaciones del más allá.

De pronto dos luces pequeñas y amarillas surgen con un rugido feroz entre las plantas. Encendida la mirada de un tigre enorme enfrenta a Taní que queda clavado al piso. El tigre lo mira y avanza hacia él. Taní sabe que es la prueba de fuego. Debe mantenerse tranquilo pero no puede evitar el miedo y el temblor de sus rodillas. Cuando el tigre está dispuesto a saltar sobre el joven una enorme serpiente salta sobre el tigre y con la luz de su escamoso cuerpo comienza a envolverlo. El tigre se debate con todas sus fuerzas. El oscuro aliento de la pelea se queda pegado a los pies de Taní que todo lo observa con profundo temor. Un ejército de escorpiones

gigantes se hace presente en ese mismo lugar iluminado por la inusual gresca. Los escorpiones saltan sobre los animales en lucha y clavan sus agujones venenosos para luego pelear a muerte entre ellos. Una bandada de monos gritones cae de los árboles zapateando sobre los otros y sumándose a la infernal pelea. Los monos tiran al suelo a Taní. Los escorpiones suben a su cuerpo. El tigre intenta alcanzar al joven con sus zarpas. Atropellan los chanchos salvajes. Alrededor de la pelea una nube de polvo luminoso. Grandes papagayos se lanzan en vuelo rasante picoteando a los monos que gritan aún con más fuerza. Ya no se sabe quién ataca a quién y Taní está mezclado en esa horda que destila sangre y odio.

Un frío azul congela la imagen y ante los ojos de Taní aparece una dulce joven de dorados cabellos. Los animales han desaparecido. La joven lo mira con ternura. Taní se levanta y quiere ir hacia ella pero el hada lo detiene suavemente con su voz:

“No te acerques. Has superado la prueba. Tu sinceridad me ha traído hasta aquí y aquí estoy para protegerte. Celebro que estés junto a mí y desde ahora estaré a tu lado. Hay una sola condición que deberás cumplir y seguramente ya sabes cuál es”, dijo al fin Ka’a Iary.

“Si te refieres a que de hoy en más deberé serte fiel, ya estoy avisado”, contestó Taní.

El Hada del Bosque contestó tan sólo con una sonrisa y desapareció al instante.

Taní volvió al puesto donde estaban los mineros de la yerba pero no encontró a su amigo Julio a quien deseaba invitar para concurrir a la misa dominguera. Taní se fue solo a la misa, renovó su promesa y agradeció a Dios por haberle permitido conocer a Ka’a Iary.

Taní volvió al puesto poco después del mediodía y se encontró con un espectáculo terrible. En medio del rancho yacía sobre un catre el cuerpo sin vida de su amigo Julio. Según los mineros que lo encontraron en el monte había sido atacado por las fieras. Su cuerpo desgarrado hablaba por sí solo. Taní pensó en la pelea de las fieras a su lado. En el tremendo entrevero que había sucedido con él como centro y lloró por su amigo. Taní que adivinaba el deseo de Julio de descubrir si Ka’a Iary existía o no supo lo que le había ocurrido a su amigo. La poca fe había hecho que las fieras, en lugar de destrozarse entre ellas lo atacaran y así había acabado. Taní volvió a dar gracias a Dios y se persignó frente al cuerpo sin vida de su amigo.

Desde entonces Taní contó con la ayuda de Ka’a Iary en su cosecha. Se internaba en el monte y reaparecía con el raído repleto de hojas de la mejor yerba. Y cuando se aprestaba a pesar su cosecha Ka’a Iary, subía a la balanza, invisible para los demás aumentando el peso de la cosecha de Taní.

El joven fue fiel al hada por el resto de sus días, pero hubo otros mineros que por falta de fe no superaron la prueba de las fieras a las que Ka’a Iary les sometió en su momento. Muchos otros juraron fidelidad al hada, superaron la prueba pero en algún momento la tentación les alcanzó y rompieron su juramento de fidelidad. Ka’a Iary entonces acabó con sus vidas extraviándolos en el monte y dejándolos a merced de las fieras.

Muchos fueron los mineros que, incrédulos de su existencia, arrancaron las hojas que aún no estaban sazonadas y destruyeron el bosque, ellos también pagaron con el extravío y la muerte. El hada protectora del monte, Ka’a Iary no perdona las ofensas. Taní siempre lo supo y vivió cada uno de sus días enmarcados en el respeto y la fidelidad. Ka’a Iary siempre lo protegió

La leyenda de la campana del Ypoa

Orgullosos de su obra entre los indígenas, el superior de los Jesuitas de las Misiones se pasea bordeando las chacras comunitarias. Piensa el sacerdote en alguna obra material que sirva para acercar las señales de Dios a los hombres de estas tierras. No tardan en aparecer en su mente los sonos de una campana que resuenan en su mente desde su más tierna infancia. Una campana que a esta altura de su vida –el sacerdote posee ya 63 años– no sabe bien si escuchó en la realidad o, simplemente, en sus sueños. Una campana única. El sonido resuena claro y sereno, recio y suave. Es un sonido diferente. El jesuita vuelve a sus aposentos y, febrilmente, escribe una carta. Se dirige a unos famosos fundidores italianos cuyos dones de profesión fueron muy alabados por un amigo suyo que ha regresado a Europa hace muchos años.

Tiempo después recibe la respuesta.

Los técnicos están dispuestos a viajar a este apartado lugar de la tierra.

Dispuestos y ansiosos de fundir esa campana única.

El sacerdote envía expediciones a buscar los metales preciosos que les solicitan los italianos. Deben estar de vuelta antes de que éstos lleguen a las Misiones. Siete meses después los materiales y los técnicos ya se encuentran en el poblado. Todo está listo para la fundición. Los moldes han sido preparados con el mayor de los cuidados. Las inscripciones de la campana dejarán fe del hecho para la eternidad. El sacerdote imagina los sones echados a vuelo en las bellísimas comarcas en las que se asientan los pueblos de las Misiones y sonrío para sí. Con la conciencia tranquila se retira de los talleres donde se realizan los trabajos para completar la campana maravillosa.

Los técnicos italianos, con la ayuda de los indígenas, que fueron adiestrados en el oficio durante un buen tiempo, se preparan para la fundición. Los metales preciosos hierven. La aleación es el paso más importante en todo el proceso pero en el momento culminante los técnicos se dan cuenta de que algo ha fallado. Detienen la tarea. Deben analizar cada paso dado.

Con honestidad comunican al Superior su fracaso y proponen reponer los materiales perdidos. Ahora el trabajo se transforma en una cuestión de dignidad. El dinero a cobrar pierde interés para los directores del proyecto. Pero algo se quiebra en el interior del sacerdote. Con furia recrimina a los especialistas. Les hecha en cara su curriculum, los insulta. Sabe que no debe hacer lo que está haciendo pero no puede evitarlo. Algo superior a sus fuerzas le domina el espíritu. El homenaje al Señor pierde fuerza y se va transformando en capricho de un mortal. Emplaza a los trabajadores. Les da sólo una última oportunidad.

Indalecio es el nombre cristiano de uno de los indígenas que allí trabajan. Indalecio ha sido cacique de su tribu y está avergonzado por el fracaso. Cuando llega a su casa para el descanso nocturno comenta lo sucedido, cuenta el enojo del Superior, dice “yo también me enojaría”. Su hija, a la que todos llaman Ysapy, por el brillo de sus ojos, escucha con atención. Quince o dieciséis años tendrá la joven, esbelta y hermosa. Esa noche Ysapy no puede descansar en paz. Piensa en su padre. En las amenazas del superior. En el castigo que le espera si vuelven a fracasar. En la vergüenza de su padre.

Aún no ha salido el sol pero Ysapy ya está en pie. Ha juntado todas sus joyas y se dispone a partir hacia la casa de un sabio que vive aislado, mucho más allá de los cerros. Quiere preguntarle cómo debe hacerse el trabajo de aleación para que no fracase. Quiere salvar a su padre.

El hombre es europeo pero domina la lengua de los indígenas. Su avanzada edad le obliga a usar unos gruesos cristales delante de sus ojos. En completo silencio escucha lo que la joven india viene a preguntarle y la súplica de una respuesta a cambio de las joyas que le lleva. El sabio consulta sus libros de alquimista, los lee y relee. Ysapy espera. Al fin da su respuesta. La única manera de unir en completa armonía aquellos metales es combinarlos con la sangre de una mujer virgen. La respuesta es de magia pura. Ysapy vuelve contenta a las Misiones. Ya tiene el secreto que posibilitará el éxito del trabajo de su padre, pero muy pronto caerá en la cuenta de que entre las mujeres vírgenes ninguna está dispuesta a la inmolación.

Los técnicos ya han analizado paso a paso el trabajo y no han encontrado falla en sus procedimientos. Hay algo que hicimos mal en la práctica concluyen. Dispuestos a dar una segunda batalla, preparan todos los materiales y vuelven a iniciar el proceso. La gente observa los trabajos. Los metales bullen, cambian de colores. Entre el gentío, Ysapy asiste a los trabajos. Íntimamente ya ha tomado la decisión, espera el momento en que todo está listo para la aleación, entonces salta. Nadie puede detener a la jovencita que se ha arrojado a los enormes recipientes dejando en el aire un brevísimo aullido de dolor. Indalecio quiere arrojarse tras su hija pero los potentes brazos de sus compañeros de trabajo lo detienen. El indio muere de dolor allí mismo. La aleación ha sido posible. Es un éxito. El silencio es total. Nadie se anima a estar feliz. La muerte de la joven no pudo evitar la muerte de su padre. Ambos viajan hacia otro espacio, mucho más sereno. Un espacio

celestial que de hoy en adelante será llenado con los sonos de esta fabulosa campana. El único sonriente es el sacerdote que al fin ve concretado su capricho.

La campana, según estaba planeado, es izada y colocada en una torre en el centro del poblado. Desde allí durante un buen tiempo dejó libres muchos sonos que cobraron vida y se perdieron en el azul del cielo paraguayo. Pero un buen día, otros caprichos, esta vez políticos, producen la huida de los jesuitas. Amenazados, deben abandonarlo todo y retirarse de las Misiones. El sacerdote, ya muy anciano confía la campana a un grupo de indígenas de confianza. Les pide que la escondan en algún sitio seguro hasta que pasen los malos tiempos.

Los indios llevan la campana hasta las orillas del Lago Ypoa. Piensan cruzar el lago y guardarla en un lugar secreto. La suben en una gran canoa y comienzan su viaje sin retorno. Las aguas están quietas. Alguna que otra isla se desplaza de lugar cambiando el paisaje. Los indígenas se desorientan. Ya no saben por dónde ir. Hacia donde remar. Choca la canoa con un raigón y caen al agua sus tripulantes y con ellos la campana celestial. Tanto sonar allá en lo alto y ahora deberá reposar en lo más hondo del lago, entre el barro y las alimañas. ¿Sonará con la misma claridad en esas profundidades? ¿A quiénes dará su voz milagrosa? Cuentan los visitantes del lago y los viajeros que pasan por sus riberas que en las noches, desde los campos cercanos se puede escuchar el tan-tan de una campana. Misterioso sonido que se suma a los misterios del lago Ypoa. Misteriosos y mágicos los sonos que invitan al desprevenido a acercarse y hundirse para siempre en las oscuras aguas.

La leyenda del Cristo de Piribebuy

Maderas y yerba trae la caravana. Suben la última cuesta. El camino no ha sido fácil pero ahora llegan a la posta y ya se nota en los hombres la expectativa. Los movimientos de las carretas parecen agilizarse ante la vista del lugar. Numerosas carretas descansan llenas de mercancías que llevan rumbo a Asunción. Un rancho grande e iluminado es el centro de aquella romería donde los hombres hablan en alta voz y algunos se emborrachan con caña.

Don Taní dirige la caravana. Ahora los peones desenganchan los bueyes, los llevan a pacer hacia una zona de yuyales que han visto al llegar. Don Taní cuenta el ganado. ¡Falta una mula! dice en alta voz. ¡Ramón!, llama Don Taní y al instante Ramón, un muchacho de veinte años, está junto al capataz. Falta una mula, ve a buscarla, ordena Don Taní, habrá quedado en el bajo. Parte Ramón a toda prisa. Quiere volver pronto y sumarse al jolgorio. La oscuridad de la noche no intimida a Ramón. Es joven y fuerte, ¿qué puede pasarle?

Al poco tiempo, escucha el rebuzno grave, se orienta y ayudado por la luz de la luna, encuentra la mula perdida. Intenta llevarla por el sendero más corto pero la mula se resiste. La mula toma el camino que ella quiere. Seguramente habrá olido agua, piensa Ramón. La deja ir. Hay que tener paciencia. La noche es larga. A mitad de camino Ramón cree ver un bulto tirado junto a un árbol, pero no es ésto lo que llama la atención de Ramón, sino unos sollozos que escucha como viniendo de aquel bulto. Lastimeros y ahogados son los sollozos. Ramón escapa del lugar tironeando la mula como puede y llega agitado junto a su capataz. Don Taní, dice Ramón, usted tal vez no me crea pero he visto algo, un bulto, cerca de un árbol allá en el bajo y el bulto sollozaba todo el tiempo. Yo no quise acercarme solo. La verdad que me dio un poco de miedo. Pero, qué jodido, le contesta chancero, el capataz. Andá con José y Ricardo y traigan ese bulto. Mirá si alguien abandonó una criatura. Eso suele pasar. Los tres peones vuelven al lugar y efectivamente encuentran un tercio de cuero al que primero no se animan a acercarse debido a los lastimeros sollozos que escuchan. Al final, Ricardo, el más corajudo, avanza seguido de cerca por los otros dos y abre la bolsa.

!Un Cristo! exclama Ricardo. !Un Cristo! repiten a coro e incrédulos los otros dos.

Efectivamente, dentro de la bolsa de cuero, encuentran un cristo de madera de grandes dimensiones. Al abrir la bolsa los llantos han cesado. Nos estaba llamando, dice Ramón. Y vos no te animabas, le contesta socarrón, Ricardo. Vuelven los hombres llevando al Cristo en andas dentro de la bolsa de cuero. Llaman a su capataz y le muestran lo hallado.

Bien, bien, dice Don Taní mirando la imagen, si Dios quiso que lo encontremos, pues lo llevaremos con nosotros hasta Piraju. Allí le voy a construir un oratorio. ¿Quién sabe quién dejó allí el Cristo? La mano de Dios...

No tardaron en descubrir el hallazgo los parroquianos viajeros que paraban en la posta y quisieron ver la imagen. Al fin Don Taní cedió y la imagen fue vista por todos. Maravillados miraban aquel enorme Cristo tallado en madera con los brazos articulados. Como era de esperar hubo quienes estuvieron de acuerdo en que Don Taní se lleve la imagen y otros que opinaban que debía quedarse allí para proteger a los viajeros. Si allí había aparecido, allí debía quedarse, decían. Pese a la insistencia de éstos últimos, Don Taní se mantuvo firme y al otro día, cuando despuntaba el alba, cargó la bolsa con el Cristo sobre una mula y se dispuso a partir. Extrañamente la caravana toda se puso en marcha pero la mula que llevaba el Cristo se empacó y no quiso avanzar. Cambiaron al Cristo de mula y ésta tampoco quería ponerse en marcha. Así estuvieron todo el día. Don Taní, presionado por el dueño del rancho no sabía qué hacer. Por un lado quería aquel Cristo, pero por el otro parecía milagroso aquello de que las mulas no quieran marchar sólo cuando llevaban cargada la imagen.

Al final se mantuvo en sus trece. Lo llevaré yo mismo hasta Piraju, dijo Don Taní. Dio un día de descanso a sus peones y decidió pernoctar allí mismo.

Esa noche Don Taní comenzó a sentirse mal. Una fuerte descompostura le arrebatava. Sentía dolores horribles en el vientre y no había nada que le calmara. Le prepararon infusiones que ningún resultado daban. Los dolores seguían y Don Taní sufría enormemente. La cosa se agravó al caer la noche. Don Taní maldecía la comida. Pero en realidad la familia dueña de la posta era la que le atendía con mayor cuidado. Le dieron la mejor cama de la casa. Le ponían paños de agua fría en la cabeza... Porque Don Taní volaba de fiebre. Extraño mal, éste que aqueja a Don Taní, no hay con qué pararlo, decía moviendo negativamente la cabeza Filomeno, el dueño del rancho.

Al otro día y después de haber sufrido dolores insoportables, Don Taní, para sorpresa de todos, murió. Lo enterraron cerca de allí con profunda tristeza, pues era asiduo de aquel lugar. Enviaron un mensajero a Piraju para avisar a su familia y la caravana que el dirigía se puso en marcha lentamente llevando sus mercancías ahora con hondo pesar.

Todos interpretaron que el Cristo debía quedarse allí.

Vieron una clara señal en la muerte de Don Taní, el Cristo quiere quedarse, era la voz de la mayoría de los viajeros. No hay vuelta que darle...

Desde entonces, el Cristo se alojó en el rancho de la posada.

Años más tarde y con la colaboración de los viajeros, se construyó un oratorio junto al rancho. Alrededor de estas dos construcciones se fueron multiplicando las casas. Las gentes se asentaban allí para obtener la protección de Ñandejára Guasu, como comenzaron a llamar al Cristo. El caserío formó en poco tiempo un pueblo que fue llamado Capilla Guasu, población que dio origen a la pintoresca Piribebuy, en cuya iglesia reposa la imagen de aquel Cristo de extraña procedencia.